

CRIMEN & CIA.

B.M. Gill
CRÍMENES
INFANTILES



A Zanny Moncrief, la pequeña protagonista, no la han afectado ni la marcha de su padre al frente, ni la violencia de la guerra. Casi puede decirse que vive una infancia apacible en un pequeño pueblo de la costa de Inglaterra. Sin embargo, la llegada a su casa de dos niños evacuados del Londres asolado por los bombardeos, despierta en ella unos celos insoportables y aviva su sádica perversidad innata que la conducirá a un mundo en el que han desaparecido las fronteras entre el candor y el cinismo, entre el bien y el mal, y en el que las angustias normales de la infancia y la adolescencia se convierten en trampas mortales para víctimas inocentes.



B. M. Gill

Crímenes infantiles

Crimen & Cía. - 23

ePub r1.2

Titivillus 05.08.15

Título original: *Nursery Crimes*
B. M. Gill, 1986
Traducción: María José Rodellar
Diseño de cubierta: Jordi París

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



1

CUANDO TUVO LA SEGURIDAD de que Willie estaba muerto, Zanny comenzó a gritar. Gritaba con todas sus fuerzas. En sus seis años de vida, nunca había dado alaridos semejantes. Hasta los pececillos se asustaron. Nadaban en torno a la pajiza cabeza sumergida de Willie como bailarines acuáticos desacompasados. Uno de ellos le mordisqueaba frenéticamente el lóbulo de la oreja hasta que Zanny lo apartó con la sandalia.

Salió del estanque empapada hasta el pecho y volvió a chillar estridentemente con el rostro vuelto hacia el cielo. Unos reactores se balanceaban victoriosos mientras atravesaban a toda velocidad los cremosos cúmulos; los motores emitían un rugido entrecortado, como si lanzaran pequeñas explosiones de ruido. Obligada temporalmente a guardar silencio, Zanny se dedicó a contemplar la marcha de la escuadrilla. Papá también pilotaba aviones. Más grandes que aquellos. Papá pilotaba bombarderos.

Empezó a gritar de nuevo llamando a mamá.

Clare Moncrief estaba en la cama con el médico del pueblo cuando los chillidos de Zanny quebraron la calma postcoito.

Generalmente, Peter y ella hacían el amor cuando Zanny y los dos niños evacuados de Birmingham —Dolly y su hermanito Willie— se encontraban en la escuela de párvulos del pueblo. Pero aquel día hacían fiesta y estaban jugando tranquilamente en el jardín. Hasta aquel momento.

—Parece que me llama mi hija —dijo vistiéndose apresuradamente.

—Y con urgencia —convino el doctor Tolliston, conteniendo su disgusto. Tenía tres hijos y sabía interpretar los diversos «gestos de angustia vocalizada».

Él fue el primero en llegar al estanque, pero Clare fue la primera en mirar hacia el estanque.

—¡Dios mío! —exclamó la mujer.

Aquel mismo día Graham Moncrief pidió permiso para abandonar la base aérea y llegó a su casa de Gales a las siete de la tarde. Zanny lo oyó entrar en el cuarto de Dolly y, después de un rato, fue al de ella.

—¡Hola, papi! —Estaba encantada de verlo.

—¡Hola, Zanny!

Se agachó a darle un beso y ella levantó los bracitos para recibirlo.

—Mami me ha dicho que ibas a venir, por eso no me he dormido. No deberías haber ido a ver a Dolly primero. ¡Te quiero, te quiero, te quiero!

Graham se liberó suavemente y se sentó junto a ella en la cama. ¿Cómo iba a abordar aquel delicado tema sin perder la calma? Saber que Clare lo esperaba abajo angustiada mientras él trataba de averiguar la verdad de aquel escabroso asunto no lo tranquilizaba. La verdad podía no ser deseable. Más bien al contrario, así que, ¿para qué tratar de descubrirla? Sin embargo, debía hacerlo.

—Dolly está muy triste por el accidente de su hermano, cariño. Todos estamos muy tristes. —Hizo un pequeño tanteo con precaución—. Cuando los niños de cuatro años se caen en los estanques poco profundos, generalmente se vuelven a levantar. No entiendo por qué no se levantó Willie.

Zanny se acomodó la almohada más a su gusto sin decir nada.

—¿Lo sabes tú, corazón?

La niña sonrió y negó con la cabeza.

—Veo que Mono ha vuelto a tu camita. —El padre quiso probar un enfoque menos directo. Recordó que aquel muñeco se lo había regalado a Willie como obligada ofrenda de paz después de que el

niño le sacara la lengua a Zanny y esta contestara metiéndole el dedo en el ojo.

—Has de ser amable con tus invitados —le había dicho Clare en tono remilgado.

—Borríco. ¡Y lo he aprendido de él! —replicó la niña.

Zanny comenzó a frotar la oreja de Mono contra su mejilla. Mono volvía a ser suyo. Para siempre. Dijo que lo había ido a buscar a la cama de Willie.

—Willie ya no volverá a dormir nunca allí, Zanny.

—No —convino ella alegremente—. Meterán su cuerpo en una caja como Mick. Y luego su alma irá a encontrarse con Jesús, como Mick. —Mick, el perro labrador, había muerto de viejo hacía seis meses. Le preguntó a su padre si enterrarían a Willie en el jardín.

Graham casi perdió entonces el control y tardó unos instantes en contestar. Le dijo que en el jardín solo se enterraba a los animales y que a Willie lo enterrarían en el cementerio.

—¿Con su mamá y su papá?

Graham dijo que sí. Los padres de Willie habían fallecido en un ataque aéreo y los restos inidentificables no solían enterrarse, pero a una niña de seis años no se le contaban esas cosas.

Zanny se puso a mordisquearle el dedo del pie a Mono. Era un dedo grandote como una mano. Cuando cogió a Willie mordisqueándolo, se lo metió en la garganta y luego se lo sacó rápidamente antes de que se atragantara.

—Entonces, muy bien.

—¿Qué es lo que está muy bien, Zanny?

—Willie estará con su mamá y su papá, y con Jesús, y con Mick.

—Sí, pero... —Graham se levantó de la cama y comenzó a pasear por la habitación. De niño había dormido en aquella misma habitación. Debería resultarle reconfortante. Las paredes deberían estar cubiertas de recuerdos felices y normales. Una vez su padre le había pegado allí mismo a los diez años por beber *whisky*. Los razonables —aunque de vez en cuando dolorosos— días de antes de la guerra. No había evacuados. No había Willies. No tenía ninguna hijita querida con rizos color de miel y ojos de un azul tan sereno como el cielo de una tarde de verano.

«¡Dios santo!».

—Cariño, tú te llevabas bien con Willie, ¿verdad?

Los serenos ojos azules se ensombrecieron en respuesta. El padre interrumpió la verdad antes de que aflorara a los labios.

—Claro que sí. Era un niño muy bueno, a veces un poco torpe; a veces discutíais por algo, lo normal. Pero os llevabais bien, como si fuerais hermanos.

Volvió a sentarse en la cama y le cogió la mano a la niña, una mano ridículamente pequeña, aunque la de Willie todavía era más pequeña.

—Tú sabes lo que son los policías, ¿verdad, cariño?

—Hombres buenos y amables que te dicen la hora y te encuentran cuando te pierdes —recitó Zanny.

Graham le acarició la mano.

—Y hacen preguntas sobre los niños que corren demasiado de prisa y se caen en los estanques. —La miró fijamente y se arrepintió. No podía disimular. Ni siquiera lo intentó—. Zanny, cuando mañana venga un policía bueno y amable y te pregunte cosas sobre Willie, no le dirás tonterías, ¿verdad?

—No, papi. Claro que no.

—Recuerda que os llevabais muy bien. Y no le empujaste ni nada. Estás muy triste por el accidente. Intentaste sacarlo del estanque, pero no pudiste.

Seguramente la policía no repararía en que Willie era bajito y débil para su edad. De todos modos, no esperarían que Zanny lo hubiera salvado.

Parecía que lo más sensato era dejarlo así. Bueno, no se podía hacer nada.

La arropó, le dio un beso y luego le dio otro beso a Mono, pues Zanny se lo pidió.

Una vez abajo, con el sabor del peluche mojado en la boca, Graham se dirigió antes que nada al mueble bar y se sirvió un generoso *whisky*.

Clare, con los ojos enrojecidos por las lágrimas, tenía un gintonic entre las manos. Temía la respuesta, pero debía formular la pregunta.

—¿Lo ha hecho, Graham?

El marido evitó darle una respuesta directa y dijo que menos mal que los padres de Willie no podían causarles complicaciones.

Clare señaló que la abuela sí que estaba viva y llegaría al día

siguiente.

—Por el amor de Dios, ¿qué le vamos a decir?

—La verdad.

Los dientes le castañeteaban contra el vaso.

—¿Qué verdad?

—La única sensata. Willie se ha caído, se ha dado un golpe en la cabeza y ha muerto. Zanny ha corrido a ayudarlo. Se ha asustado y ha empezado a gritar. —De pronto se acordó de Tolliston. En semejante contexto, la infidelidad era un pecadillo menor—. Si Tolliston delata a Zanny en el interrogatorio, yo lo delataré a él. Lo acusaré de mala conducta con una paciente. Y a partir de ahora, lo dejarás.

Aquel no era momento de negar nada. De todos modos, no la creería.

—Entonces crees de verdad que Zanny...

De repente sintieron una compasión mutua, una necesidad de acariciarse. Él dejó el vaso en la repisa de la chimenea y le pasó el dedo por la barbilla.

—Tú le has dicho a la policía que ha sido un accidente. Mañana Zanny también les dirá que ha sido un accidente. Y eso es lo que pensamos, que ha sido un accidente.

—Sí —convino ella—, eso es lo que pensamos. —Pero para sus adentros enmendó la frase: «Eso es lo que pensamos cuando pensamos en voz alta».

Había sido un día terrible. La policía les había hecho muchas preguntas, pero no habían insistido cuando Peter se interpuso entre ellos y Zanny y los instó a dejar a la niña en paz hasta el día siguiente.

—No tiene más que seis años —les dijo—, y está muy alterada. Como médico de la familia tengo el deber de aconsejar que descansen antes de ser interrogada.

Hasta que llegó Graham, había sido un baluarte de entereza. Y entonces, discretamente, se retiró.

La caricia del dedo de Graham en la barbilla resultaba muy sedante. Se le ocurrió que, en circunstancias distintas, una acusación no refutada sobre Peter hubiera terminado en una

barbilla amoratada en lugar de en una caricia. No es que fuera un hombre violento, pero si tenía motivos...

No es que Zanny fuera una niña violenta, pero si tenía motivos...

Le tenía mucho cariño a Mono. Había sido un error darle un juguete tanpreciado a Willie, incluso como merecida ofrenda de paz.

—Zanny ya vuelve a tener a Mono en la cama —dijo él como si le leyera los pensamientos—. Cuando he ido a ver a Dolly, estaba acunando a Miranda y secándose la nariz en su cabello.

Graham le dio un pañuelo y le dijo suavemente lo mucho que lo sentía. Dolly solía tener los ojos y la nariz acuosos aun cuando no hubiera motivo alguno de dolor. Ahora que tenía motivo, a Graham aquellas lágrimas le parecieron más mecánicas que reales. No se llevaba muy bien con su hermano pequeño. Sin embargo, era una posesión y se la habían arrebatado por la fuerza. La consecuencia era evidente. Ahora que ni Mono ni Willie estaban con ella, Dolly se sentía ultrajada, silenciosa y educadamente ultrajada.

—¿Lo has visto caer? —le había preguntado Graham nervioso.

Dolly hizo un ligero movimiento con la cabeza que podía significar cualquier cosa.

—¿Sí o no? —insistió él.

Los ojos de la niña eran cavernas líquidas y constituían el único rasgo atractivo de su rostro. Evidentemente, le estaba preguntando qué quería que le contestara; diría cualquier cosa para complacerlo. «Muchas asias», solía decir. Por cambiarle las sábanas. Por ponerle la comida. Por curarle un rasguño en la rodilla. Y una vez, con un asomo de sarcasmo nada infantil, por una bofetada... de Zanny, naturalmente. Nadie más la había tocado llevado de la ira, ni siquiera de la exasperación. Clare la había besado a ella y a Willie en cada ocasión que le había parecido necesario, saludo cortés que Willie se había limpiado invariablemente y que Dolly había soportado con educación. Ninguno de los dos niños había devuelto nunca ningún beso. La segunda sacudida de la cabeza fue más categórica y lo tranquilizó.

—Pobre Dolly —dijo Clare—. ¿Crees que debería subir a arrullarla?

—No —dijo Graham tajante. Comprendía la unión paternofilial,

y comprendía también su ausencia. Algunos padres adoptivos y algunos evacuados cruzaban el límite y les salía bien. Pero allí no funcionaba. Clare actuaba escrupulosamente. Clare actuaba equitativamente. Clare, a este respecto, como Dolly, actuaba educadamente. Con discreción, les habían quitado la ropa y la habían quemado. Les compraron ropa nueva, incluso unos bonitos pijamas. Los cupones de ropa eran limitados, pero Clare había sido generosa en lo relativo a calidad. Los niños, flacos cuando llegaron, habían empezado a engordar. Allí, en las colinas de Merionethshire, se oían los aviones alemanes que se dirigían a bombardear las ciudades del norte, pero raramente gastaban las bombas en ruta. Por las noches, dormían con considerable paz. Dos evacuados eran la contribución de Clare a la derrota de Hitler. Graham devolvía matanza por matanza. Ella limpiaba mocos y traseros y quitaba liendres. Nada de esto lo hacía con pasión. La que actuaba con pasión era Zanny. Su capacidad para odiar estaba bien arraigada. Pero también lo estaba la de amar.

Se encontraba arrullando suavemente a Mono y meciéndolo en sus brazos cuando en la oscuridad notó que le retiraban las sábanas y que Dolly se metía en la cama a su lado.

Allí estaba la amenaza.

Allí estaba el cambio.

Hasta entonces Dolly no se había metido nunca en su cama. De haberse metido, la hubiera echado. Tenía las piernas más largas que las de Zanny y con ellas le quitó la bolsa del agua caliente y se la apropió. Zanny, rabiosa pero prudente, sujetó con fuerza a Mono. Dolly olía a aceite alcanforado. Mami se lo había aplicado en el pecho la otra noche. Hoy no se lo había vuelto a aplicar. Hoy había muerto Willie y las cosas cotidianas se habían olvidado. Incluidos los baños.

Dolly, calentita con la bolsa de agua, se acomodó y comenzó a elegir cuidadosamente sus palabras.

—Te *colgan* —dijo— y luego te rajan la tripa, y al final te cortan la cabeza y la clavan en un gancho. —Sonrió dulcemente en la oscuridad. Cuando la historia de la Gran Bretaña se introducía en el plan de estudios de un niño de siete años, tendía a ser aburrida. En el patio de recreo, los niños mayores resultaban más pedagógicos.

Zanny se metió el dedo gordo de Mono en la boca y se dedicó a

chuparlo en actitud de contemplación. Lo había entendido todo perfectamente, aparte de «*colgan*». ¿Qué quería decir «*colgan*»?

Se sacó el dedo de la boca. Tenía el estómago revuelto y le daba vueltas la cabeza. Con aire frío y distante, preguntó qué quería decir «*colgan*».

Dolly procedió a instruirla alegremente.

—Te ponen una cuerda alrededor del cuello y te suben en una silla. Luego quitan la silla y la cuerda se pone tirante, y tira, y tira, y tira, y aprieta, y aprieta, y aprieta, y se te salen los ojos y tienes sangre en la cabeza. —Y para adornarlo un poco añadió—: Y los ojos caen en un plato, como dos huevos fritos.

Tras cierta segregación de bilis y náuseas, Zanny pudo digerir esta información.

—Y, ¿quién te lo hace? —se aventuró a preguntar.

—Los buenos y amables policías —dijo Dolly. Al menos parte del aleccionamiento de Clare había sido asimilado. Unas semanas antes los hubiera descrito de manera distinta. No obstante, su función, tanto aquí como en Birmingham, de donde procedía ella, era la misma. Un asesinato, ocurriera donde ocurriera, era un asesinato.

Zanny permanecía tiesa como un palo, oprimiendo a Mono contra su pecho. Era evidente que Dolly había estado espiando desde detrás de alguna mata y había visto la pelea, el empujón, la salpicadura, el chapoteo y la victoria final. No comprendía por qué se la habían llevado del estanque tan de prisa; que nadie, sobre todo los buenos y amables policías, se tomara ningún interés la sorprendía.

También se había dado cuenta de que la charla que papá había tenido con ella no había sido tan trivial como parecía. Trataba de meterle ciertas cosas en la cabeza y de borrarle otras. Como una función escolar de la Sota de Corazones. «¿Dónde estarán mis tortitas?», era la frase que había tenido que aprenderse. «He perdido los panecillos», le apuntó Dolly entre bastidores. El desprecio por la superior memoria de Dolly la había hecho guardar silencio. Dolly, normalmente tan retraída había llamado la atención de la maestra varias veces. Una niña sorprendente, la había llamado la señorita Williams. Más lista que el hambre.

Sorprendente, en efecto.

Lista, en efecto.

«He ahogado a Willie —pensó Zanny—, pero a ti no te puedo ahogar. Eres demasiado grande». Hacía tiempo que pensaba en cómo librarse de Dolly. Ponerle una almohada encima de la cabeza podía resultar... quizá más tarde, cuando se durmiera. Mientras reflexionaba sobre la cuestión, le acarició las orejas a Mono.

La urgencia de librarse de Dolly le producía sudores. Si no se libraba de ella esa misma noche, les diría a los buenos y amables policías cosas que no debían ser dichas, y los buenos y amables policías le harían cosas atroces, como aplastarle la cabeza contra los barrotes de la verja de entrada.

—Matar —dijo Dolly con complacencia— es *pecao*.

—¿Qué quiere decir «*pecao*»?

—Es lo que pone triste a Jesucristo.

Aquella salida bastó para calmar un poco a Zanny. Que Jesucristo estuviera triste no la preocupaba.

—Tienes miedo, ¿verdad? —le preguntó Dolly junto al oído derecho. Zanny apartó la cabeza.

—Tiemblas como un flan, ¿verdad? —insistió Dolly haciendo caso omiso del hecho de que Zanny estuviera rígida de terror controlado.

—Apestas —repuso Zanny vengativa.

—Es el aceite *canforado* de tu mamá. Yo no me hago pipí. Yo no me hago pipí hace días.

—Has echado a perder un colchón —dijo Zanny imitando a mamá una vez que esta la creía fuera del alcance del oído—. Y los colchones no crecen en los árboles.

La imagen a que dio lugar esta frase las tuvo calladas unos instantes.

—De los árboles te *colgan* —dijo por fin Dolly llevando la conversación a su terreno.

De pronto, Zanny comprendió lo que quería decir «*colgan*».

—«Cuelgan» —dijo sarcásticamente—. Las manzanas cuelgan de los árboles. Las castañas cuelgan de los árboles.

—Y las niñas también —dijo Dolly inexorable.

Se arrimó a Zanny.

—Estás gorda, Zanny Gordi. No me extraña que Willie se ahogara. Le pusiste el culo encima de la cabeza.

—No digas «culo», es de mala educación —dijo Zanny, sin

molestarse en negarlo porque de nada serviría.

—Vale más eso que estar muerto.

Aquello era incontrovertible.

Por primera vez en su vida, Zanny se imaginó muerta. Horriblemente mutilada y muerta. Muerta como la cabeza de un cerdo en la carnicería. Con una manzana en la boca. ¿Por qué les ponían manzanas en la boca a los cerdos? ¿Por qué no les ponían pelotas, o tacos de madera, o bolas de Navidad? Si a ella le ponían algo en la boca, ¿qué le pondrían? A pesar del miedo, el sueño le rondaba como un moscardón.

—El cochecito de tu muñeca servirá —dijo Dolly.

Era una bobada. Como diría Dolly, una «bobá». Primero tendrían que desencajarle la mandíbula. Era un cochecito grande con capota.

—No entraría —dijo.

—¿Dónde?

—En mi boca.

Dolly, decidida a apartar a Zanny del umbral del sueño, le dio un golpe en las costillas.

—Estamos hablando de mi boca —dijo furiosa—. De lo que hay que hacer para que no la abra. No quiero comerme tu estúpido cochecito —dijo con una risita—. Eres un poco tonta, ¿no? Tienes la cabeza hueca, Zanny, tontaina. Tú me das el cochecito y yo no les diré nada a los buenos y amables policías mañana. —Zanny, en tanto descendía a las profundidades del sueño, se agarró a lo que parecía una dorada y nebulosa promesa de suspensión de su ejecución. Valía más conservar el estómago, la cabeza y el cuello que un bonito cochecito de muñeca. Dolly se lo podía quedar. No le importaba, demasiado. De todos modos, no lo tendría mucho tiempo.

—Bueno —accedió.

Dolly, contentísima, se inclinó sobre ella y le dio un beso.

—Muchas gracias, Zanny. Muchísimas gracias. —Era una parodia de mamá, no intencionada pero sí clara.

Zanny, desconcertada, se limpió el beso.

Willie siempre se limpiaba los besos.

Willie en una caja muy, muy lejos.

Willie columpiándose en un manzano en el cielo. Cogiendo manzanas para Jesucristo.

Adiós, Willie.

Zanny se metió el dedo de Mono en la boca y se quedó dormida.

A la mañana siguiente, papá bajó a desayunar de uniforme. A Zanny le gustaba mucho el uniforme de jefe de escuadrilla. Pero en los escasos períodos de permiso que tenía, papá se quitaba rápidamente el uniforme y se paseaba en pantalones de pana y un jersey. Zanny intuía que a papá no le gustaba tanto la guerra como a mamá; no es que mamá hubiera dicho que le gustaba, simplemente estaba resplandeciente y sonreía en secreto, aunque le dolía la espalda y su amigo médico tenía que seguir viniendo a curarla. Lo sorprendente era que cuando papá estaba no le dolía. Quizá papá también sabía curarla. Era un papá maravilloso, bueno y amable. Zanny, con un trozo de tostada en la mano, le sonrió cariñosamente desde el otro lado de la mesa.

Dios santo, gruñó Graham para sí mismo mirándola. ¿Qué se podía hacer cuando un gatito cariñoso mostraba repentinamente tendencias de tigre? ¿Sacar una pistola? Aquella noche Clare y él habían pasado varias horas tratando de idear una estrategia a seguir. El acto sexual, normalmente prolongado y placentero, había sido concluido en cuestión de minutos. Quizá el espectro de Tolliston se había cernido sobre ellos brevemente como telón de fondo, pero el drama que se desarrollaba en el centro del escenario era el principal culpable.

Zanny era un problemazo.

Copulabas. Engendrabas un hijo. Todo ricitos dorados y dulzura. Y luego te hacía esto. O más bien se lo hacía al pobre Willie.

Graham le preguntó a Clare si Zanny había mostrado alguna tendencia violenta antes de que llegaran Dolly y Willie. Clare, que hasta entonces había amortiguado la verdad, igual que unas tupidas cortinas amortiguan la luz, consintió en responder abiertamente para que todos los peligros se hicieran patentes.

—Cuando cumplió cinco años le clavó un tenedor a Jean Thompson porque le apagó las velas del pastel. Le tuvieron que dar tres puntos. —Intuyó que Graham sonreía en la oscuridad—. Es verdad, Jean es una niña insoportable y sus padres son peores aún, pero ahora tiene una cicatriz y se le ve.

Siguió relatando varios episodios más, el último de los cuales consistía en introducir el dedo de Marjorie, de ocho años, en la planchadora a rodillo porque se le había comido los caramelos.

Todo era la mar de normal. Eran cosas de niños. Pero todos se detenían antes de matar. Quizá por gracia de Dios. Tal vez Zanny tenía mala suerte. Era demasiado fuerte. Y Willie demasiado débil.

—A mi modo de ver —dijo Graham—, el denominador común es que Zanny se vio privada de un mono, de apagar las velas, de los caramelos. Ahora ya vuelve a tener el maldito mono. Procura que todo lo de Zanny siga siendo de Zanny. Y vuelve a mandar a Dolly a Birmingham.

Clare arguyó que tenía el deber moral de alojar a algún evacuado y que si Dolly se iba le mandarían a otros.

—Y, ¿qué excusa voy a poner? ¿Que mi hija los va a liquidar uno a uno?

Ambos coincidieron en que la verdad, aunque fuera un eficaz factor disuasivo de la molestia de tener a los hijos de unos extraños en casa, más valía silenciarla. El silencio y la vigilancia era lo que se imponía.

El inspector detective Humphreys y el sargento Pritchard llegaron a las once. Su viejo Austin Seven ascendió por el camino de acceso a la casa con cierta reticencia y gran profusión de humos. Zanny, acostumbrada a ver al sargento en bicicleta, llegó a la conclusión de que lo habían ascendido a cuatro ruedas gracias a ella y sintió una oleada de orgullo. Mamá, que le estaba cepillando el cabello como paso previo a colocarle unas cintas color de rosa, le dijo algo por lo bajo que Zanny no alcanzó a oír; luego le anudó las cintas rápidamente y de cualquier manera y le dio un golpecito en la mejilla.

Zanny estaba preciosa, pensó Clare.

Dolly tampoco estaba mal. Llevaba cintas azul oscuro y se había entretenido más con ella.

Mientras arreglaba a las dos niñas para el interrogatorio les había lavado el cerebro lo mejor posible. Lavado de cerebro era como lo había llamado Graham, aunque para ella era una expresión nueva. Sin embargo, era apropiada. Esperaba que funcionara. Accidente, repetía, accidente, accidente.

Graham acompañó a los dos policías a la sala de estar después de que llamaran al timbre un par de veces y se le ocurriera que era él el que tenía que abrir. Sarah, la criada, acababa de dejarlos para ir a trabajar a la fábrica de municiones, donde pagaban un poco más. La guerra había ocasionado ciertas modificaciones domésticas y cambios sociales a los que había que acostumbrarse.

Les señaló el sofá que había junto al ventanal y les indicó con educación que se sentaran. Seguidamente, les ofreció algo de beber. Ellos declinaron el ofrecimiento.

Los tres hombres uniformados se miraron en silencio unos momentos. El hecho de pertenecer a la comunidad le daba a Graham cierta tranquilidad. Su padre, su abuelo y su bisabuelo habían vivido en aquel mismo pueblo y, aun cuando ello no garantizaba una total aceptación (sus orígenes remotos se situaban en Northumberland, no en Gales), sí actuaba en su favor. Y también iba en su favor que aquella casa llevara dos generaciones en la familia. Las familias, como los monumentos antiguos, se convertían en parte del paisaje. No se agredía a los pilares de la comunidad.

Graham se lanzó a pronunciar el discurso de lamentación que tenía preparado y luego se dedicó a adornarlo con anécdotas de las travesuras del pequeño Willie. Los arrabales de Birmingham, sobre todo en época de guerra, propiciaban la dureza de espíritu, incluso en un niño de cuatro años. Estaba acostumbrado a la libertad y a hacer las cosas a su modo. No era posible vigilarlo constantemente. Hizo una relación de todos los pequeños accidentes a los que Willie había sobrevivido y luego prosiguió hablando del principal, al cual no había podido sobrevivir. Concluir que el pequeño Willie, el pequeño y travieso Willie, había salido airoso del Birmingham arrasado por las bombas para ir a ahogarse en dos palmos de agua de un estanque galés era una teoría algo floja, pero tenía que intentar defenderla.

—Iba corriendo bastante de prisa, se cayó y se dio en la cabeza.

—Graham levantó un poco la voz al ver a Zanny en la puerta—. Como les dirá mi hija.

Ambos policías se levantaron cuando Clare, flanqueada por las dos niñas, entró en la habitación. Sam Humphreys, pese a llevar toda la vida en el cuerpo de policía, tenía una vena sentimental, y aquel trío le pareció la imagen más bonita que había visto en

mucho tiempo. La señora Moncrief lucía una melena castaña y un vestido azul exactamente del mismo tono que sus ojos, sus ojos interrogantes, ansiosos y angustiados. Su hija, Susannah, graciosa y regordeta, vestida de rosa y con lacitos a juego, permanecía a su lado muy seria. La otra niña, menos atractiva, pero limpia y arreglada, y evidentemente cuidada con caridad cristiana, se encontraba a su derecha. El mejor y más hermoso exponente del espíritu maternal británico, pensó Sam. En aquel preciso momento no podía ser mejorado ni por el galés, y eso ya era mucho decir.

El sargento Pritchard, que también era lo suficientemente humano para quedar impresionado, felicitó para sus adentros a Peter Tolliston por tener trato con aquella palomita y se preguntó si el jefe de escuadrilla Moncrief lo sabría. Sintió cierta compasión por él. Caramba con la guerra. De un individuo agradable experto en contabilidad te convertías en piloto con un vistoso uniforme (¿por qué lo llevaba puesto?) que repartía muerte y destrucción mientras tu mujer te ponía los cuernos y se te ahogaba el evacuado que tenías en casa. Se imaginó, con bastante acierto, lo que estaba haciendo Clare Moncrief mientras Willie Morton pasaba a mejor vida, y aumentó la simpatía que le merecía su marido. Había engendrado una hijita preciosa. Y al menos sobre la paternidad no había duda.

Sonrió a Zanny.

Zanny, aliviada, le devolvió la sonrisa.

Graham, que temía a Dolly como a una impredecible bomba de relojería, había acariciado la idea de que no estuviera presente durante el interrogatorio. Pero seguramente la policía querría hablar con ella y a fin de cuentas era mejor no separarla del grupo y tenerla al alcance del oído. Quién sabe lo que podía decir en un interrogatorio privado.

¿Interrogatorio?

¡Qué absurdo!

Una tranquila charla con un par de niñas.

Se dio cuenta de que había empezado a sudar.

Sam Humphreys se sacó una bolsa de caramelos del bolsillo.

—Hola, Susannah —dijo—, ¿quieres un caramelo?

Zanny, debatiéndose entre sus deseos y un profundo y casi adulto conocimiento de que debía comportarse con gran precaución

y decir siempre lo correcto, vaciló. Los hombres malos daban caramelos a los niños. Eran hombres malos porque no los conocías. Ella no conocía a aquel hombre. Tenía el cabello blanco y era muy viejo. Además la mandíbula le colgaba. El sargento Pritchard era un hombre bueno. Iba en bicicleta y le saludaba con la mano cuando la veía. Si le hubiera ofrecido un caramelo, lo habría aceptado.

—No, gracias —dijo.

El inspector, sorprendido, le ofreció la bolsa a la otra niña.

—Asias —dijo Dolly cogiendo dos—. Muchas *asias*.

Humphreys, una vez superados los preliminares, volvió a ocupar su asiento. Se quedó mirando a Zanny pensativo. Zanny, consciente de que le hubiera causado mejor impresión de haber cogido un caramelo y celosísima de Dolly, que tenía dos y los estaba mascando con fruición, lo miró cautelosamente.

—Me gustan los caramelos de las personas que conozco —dijo.

Mamá y papá se sobresaltaron.

—Conozco al sargento Pritchard —explicó—. Es un policía bueno y amable. Me dice la hora y me encuentra cuando me pierdo.

Sam Humphreys le entregó los caramelos al sargento y Pritchard le dio la bolsa a Zanny.

—Gracias —dijo Zanny cogiendo uno—. Es usted muy amable.

—Y tú eres una niñita muy educada —dijo Humphreys—. Señora Moncrief, la felicito.

Clare esbozó una leve sonrisa. No sabía si debía explicar que no se trataba de un desaire deliberado, pero luego decidió que con la sonrisa bastaba.

—El señor que te ha ofrecido los caramelos, Zanny, es el inspector detective Humphreys —explicó Graham—. Es un hombre bueno. Un policía bueno y amable.

—No un hombre malo en un campo que te quiere quitar las bragas —dijo Dolly con voz gangosa sin dejar de masticar el caramelo.

Clare se sonrojó.

Zanny se dio cuenta y se indignó profundamente.

—Decir «bragas» es de mala educación.

—Peor es ir sin. —Dolly, que había llegado de Birmingham sin bragas, hablaba sentidamente.

Zanny notó un hormigueo de miedo en el estómago. Pensó si los

caramelos estarían envenenados y luego llegó a la conclusión de que no. El castigo vendría en forma de cuerda y cuchillo. Además, Dolly se estaba comiendo los caramelos impunemente.

Los cuatro adultos empezaron a hablar a la vez, en un intento de canalizar la conversación, y seguidamente se callaron.

—Hemos venido —dijo el inspector detective Humphreys en tono de predicador laico— para averiguar cómo murió el pequeño Morton. Naturalmente, se realizará una investigación oficial, pero es necesario conocer los acontecimientos que condujeron a su muerte. —Aparte de hacerse cargo de los servicios algún domingo en que faltaba predicador, también se ocupaba de una clase de la escuela dominical. Aquí su papel era diferente y pasó de inmediato a encarnarlo.

—No hay nada más bonito que los inocentes juegos infantiles —dijo—. ¿A qué jugabais con Willie, Susannah, antes de que muriera?

Zanny guardó silencio sumida en profunda reflexión. ¿A qué podían jugar? Un juego que fuera bonito y nada peligroso. En la clase a la que iba Willie jugaban a un juego de panecillos en una panadería. Seis niñas compradoras compraban seis niños panecillos. Era una bonita manera de aprender a contar. ¿Tenía que ser un juego?

—Estabais jugando a la peste —dijo papá con firmeza—. Willie y tú estabais jugando a la peste. Tú estabas junto al estanque y Willie se precipitó hacia ti. Tú te apartaste y él se cayó al agua. Eso es lo que me contaste. ¿No te acuerdas?

—No —dijo Zanny.

—Luego me lo contaste a mí —dijo mamá.

—Pues a mí no me lo contaste —intervino Dolly.

—La peste es un juego peligroso; yo no juego a juegos peligrosos.

Un juego tranquilo era por ejemplo pasear a Mono en el cochecito de muñecas, el cochecito que quizá pronto sería de Dolly. La miró contemplativamente mientras esperaba inspiración.

—Tú estabas sentada en el suelo, muy quieta, como enseñándole a leer —dijo Dolly—. Y yo estaba en las matas de *bulea* mirando.

—Budleya, el arbusto mariposa —la corrigió Zanny sin demostrar superioridad. Dolly, pese a sus muchos defectos, pensaba de prisa.

El policía de más edad miró a Dolly con creciente interés. No le habían dicho que la niña se encontraba cerca.

—¿Así que viste lo que pasó, Dolly?

—Mientras leía el libro.

En los pocos meses que llevaba en Gales, Dolly había aprendido a leer extraordinariamente deprisa.

—El de Winnie el osito —explicó, anticipándose al escepticismo del inspector—. Es un libro tonto. —La mayoría de los libros para niños de clase media eran tontos.

—No es tonto. —Zanny dedicó a la crítica el desdén merecido.

—Sí lo es. Lo mismo que el de Alicia. ¿Cómo se va a caer por una madriguera de conejo?

—La gente se cae muchas veces —señaló Zanny—. Willie se cayó. —Era una argumentación literaria, no un retorno al tema inicial.

El inspector volvió a dirigirse a ella.

—¿Te gusta leer, Susannah?

—A veces. —(¿Era malo que le gustara leer?).

—¿Y le estabas enseñando a leer a Willie?

—Sí.

—¿Estabais sentados en el césped un bonito día de verano y tú le enseñabas a leer?

—Sí. —Pronunciando todas las letras.

—¿Y por qué se levantó y fue corriendo hacia el estanque?

Zanny lo pensó un momento.

—No le gustaba aprender a leer.

—Así que os pusisteis a jugar a la peste —apuntó papá desesperado.

—¡Por favor! —El maestro de la escuela dominical y el predicador laico se convirtieron en el inspector detective—. Debe dejar que la niña lo explique a su manera. —Le dedicó una sonrisa falsa a Zanny—. A ver, Susannah, vamos a repasarlo. Le estabas enseñando a leer a Willie y a él no le gustaba aprender. ¿Te enfadaste con él?

—No, no. Yo quería mucho a Willie. —Recordó entonces las palabras de papá—. Como a un hermano.

—Los hermanos siempre reciben. Yo le pegaba. Zanny no le pegaba —añadió Dolly—. No le pegó cuando le metió los pepinillos

por el *vestío*. No lo persiguió alrededor del estanque y no lo empujó; era muy amable con él. Y tampoco se le sentó encima, ni salieron burbujas, y los pececitos no le mordían las orejas. Si los pececitos hubieran ido a sus orejas, Zanny los hubiera *apartao* de un sandaliazo. No los hubiera *dejao* morderle las orejas a Willie, y tampoco lo hubiera *ahogao*.

Era el discurso más largo que había hecho Dolly en su vida y estaba muy complacida con su actuación. El cochecito era de un precioso color fresa. ¿Le daría Zanny también la almohada bordada? Las dos niñas se sonrieron con una complicidad que rayaba en el cariño.

Zanny fue la primera en percatarse de la frialdad del ambiente. Mamá era como una estatua de sal, como la mujer del cuento de la Biblia. Papá parecía dispuesto a decapitar a Dolly y a colgar su cabeza de un gancho. La mirada del sargento Pritchard había dejado de ser alegre. Y el policía viejo tenía un aspecto claramente malvado.

—Zanny —dijo utilizando su nombre cariñoso con falsa amabilidad—. ¿Perseguiste a Willie hasta que se cayó al estanque y luego lo ahogaste?

—¡No, no! —dijo Zanny—. ¡No, no, no! —No era a su pregunta a lo que contestaba, pero el inspector no tenía por qué saberlo. Repudiaba la muerte, su propia muerte, sucia y horriblemente maquinada. Pero entonces, como el sol asoma entre las negras nubes de tormenta, lo recordó y se echó a llorar para desahogarse.

—Se la han llevado —dijo con dificultad—. Se han llevado la barandilla. La han serrado y la han metido en un camión para llevársela a una fábrica y hacer aviones para que los hombres fuertes y valientes como papá vuelen a Alemania, porque hay una guerra mala y horrenda y matan a la gente y mueren millones de personas.

Se levantó, echó a correr hacia papá y se abrazó a sus rodillas. Él no permitiría que le ocurriera nada malo. Lo de la cabeza era tolerable, pero además estaba lo de la tripa y lo del cuello. Si la metían en una caja como a Willie, la meterían entera, con cabeza y todo.

Papá la consoló.

—¡Ea, ea! Claro que no le has hecho nada a Willie. Todos lo

sabemos.

Su negativa había sido espléndida. Una actuación soberbia. Y para rematarlo, Clare había empezado a sollozar también.

Muy bien.

Estupendo.

¿Qué era todo aquello de la barandilla? No es que importara.

Graham miró primero a Humphreys y luego a Pritchard. Comprendió que la batalla estaba ganada. Su uniforme añadía dramatismo a la escena. Había sido buena idea ponérselo. La brillante explosión emotiva de Zanny los había hecho recuperar perspectiva. Estamos en guerra, caballeros. Un pequeño evacuado tiene un accidente. Mala suerte. Pero yo soy dulce, inocente y tengo seis años.

Sacó el pañuelo y empezó a secarle las lágrimas a Zanny. Dolly se mantenía imperturbable.

Lo dos policías se levantaron con intención de marcharse.

—Lamento muchísimo haber puesto nerviosa a la niña —dijo Humphreys. Y mucho más haber puesto nerviosa a la madre, pensó.

—No se preocupe —contestó Graham lacónicamente.

—¿Volverán a hablar con ella? —preguntó Clare a través del sedoso pañuelo.

Humphreys dijo que no. Había decidido dar por buena la explicación de Moncrief. La niña estaba muy confusa. Se había disgustado porque se habían llevado la barandilla. Si fuera culpable no pensaría más que en el crimen. ¿Crimen? ¿Culpable? ¿Una niña de seis años? Todo aquello era absurdo. Un evacuado travieso... jugando a la peste. Nada más. Naturalmente. ¿Qué otra cosa podía ser?

Volvió a sacarse del bolsillo la bolsa de caramelos y se la puso a Zanny en la mano.

—Toma —dijo—. Toma. Ya está todo arreglado.

«¿De veras? —pensó Zanny, sorprendida—. ¿De veras? ¿Ya no importa lo de Willie? ¿Lo sabe y no le importa?».

Afortunadamente, no exteriorizó su pensamiento. Se sorbió los mocos y siguió sollozando sobre el bonito hombro del uniforme azul de papá mientras mamá acompañaba a los buenos, amables e indulgentes policías a la puerta.

La abuelita Morton llegó en el tren de la tarde. La vida llevaba

mucho tiempo maltratándola y ello la había endurecido. No era blanda de corazón ni de carne, y había aprendido a sobrevivir. Tenía la creencia de que el Señor daba, pero poco, y lo que daba luego te lo quitaba. Se imaginó a Willie en el seno del Señor junto con otros tres nietos suyos y lo aceptó. Hacía mucho que había dejado de cuestionar nada, excepto quizá el estanque de pececitos. Los pececitos de colores no se comían. Y había que darles de comer. Contempló con tristeza el estanque acompañada de Clare y Graham. La euforia que siguió a la marcha de los policías había dado paso a una sincera pero cautelosa compasión. La abuela era un pariente directo. A la abuela la afectaba de verdad.

—Lo lamentamos muchísimo —dijo Clare por segunda o tercera vez—. No se puede imaginar cuánto lo lamentamos.

—Un accidente muy desafortunado —añadió Graham.

La abuela Morton, como muchos sordos de edad, mantenía mentalmente conversaciones que a veces se abrían camino hasta la boca en un susurro como de hojas secas.

Clare trató de escuchar lo que decía y supuso que sería una plegaria, aunque oyó con bastante claridad las palabras pez y comida. No sabía qué decir, de modo que dijo:

—Amén.

La abuela Morton, avergonzada por el hecho de que sus pensamientos hubieran salido del recinto cerrado de su mente y hubieran alcanzado el mundo exterior, trató de disimular con un enérgico:

—¡Qué guerra más atroz! —Era su consigna preferida y le resultaba útil en todo tipo de ocasiones, sobre todo en aquella. De no ser por la guerra, el pequeño Willie todavía viviría en Birmingham con su mamá y su papá. La muerte de su mamá y su papá era una tragedia mucho mayor que la muerte del pequeño Willie. A los setenta y tres años una necesita a su hijo y a su nuera para que la sustenten los pocos años que le quedan de vida. Le dolía la muerte del pequeño Willie, pero era un peso menos sobre sus espaldas. Había pasado muchas noches en vela pensando qué sería de él y de la pequeña Dolly cuando ella falleciera. Aquella solución en concreto ni se le había pasado por la cabeza; en realidad había sido un duro golpe.

Levantó la vista al cielo.

—Los designios del Señor son inescrutables —dijo.

Clare, inmensamente tranquilizada por el hecho de que la culpa se atribuyera a factores celestiales, le sonrió levemente a Graham. Con perceptible alivio, este le devolvió una triste sonrisa. Era una suerte que la abuela fuera tan sorda. De esta manera, lo que Zanny o Dolly dijeran pasaría inadvertido. Bueno, eso esperaba él. Habría que compensar de alguna manera a la anciana. Quedarse con Dolly y hacer por ella todo lo que pudieran era la única compensación que se le ocurría. A pesar del peligro que representaba, había que hacerlo. Darle dinero, aunque era evidente que le hacía falta, sería un acto ofensivo. Una cesta de comida de estraperlo no tendría implicaciones tan siniestras. En las granjas de los alrededores abundaban la mantequilla, los huevos y el tocino. No resultaría difícil despertar la compasión del vecindario. La vieja regresaría a Birmingham cargada de regalos.

Entre tanto, aquella tarde había que hacer frente a la investigación oficial; y luego al funeral.

La abuela Morton, que en toda su vida había ido a muchos funerales, no había asistido nunca a ninguna investigación. Durante el rato que duró el acto permaneció sentada medio adormilada, después de un copioso almuerzo, sin enterarse de una palabra, hasta que, una vez finalizado, una Clare radiante le informó de que había sido una muerte accidental, cosa que ella ya sabía. Le extrañó que Clare pareciera tan complacida. El jefe de escuadrilla también parecía contento, pero de un modo más comedido. Le dijo que lamentaba no poder quedarse hasta que se celebrara el funeral, pero tenía que regresar a la base aérea.

—Qué guerra más atroz, ¿verdad? —dijo ella, disculpándolo, y él hizo un gesto de asentimiento. En un momento de brillante afirmación de carácter, le entregó a hurtadillas un botellín de ginebra para que se la tomara en la cama si le resultaba difícil conciliar el sueño.

—Para ahogar mis penas —dijo ella, interpretándolo a su manera.

Dolly, que había observado la clandestina entrega, frunció el ceño en señal de desaprobación. Los elegantes papás de Zanny no se emborrachaban nunca; o, si se emborrachaban, se emborrachaban educadamente. No se sentaban en la cama a media noche y

cantaban a voz en grito para luego romper el orinal tropezando con él en la oscuridad. Había escuchado atentamente con las mejillas sonrojadas, cómo Clare se llevaba a su abuela al cuarto de baño para lavarla. Zanny, que se había despertado con el estrépito, salió a ver qué ocurría. La única abuela con la que había tenido contacto era la mamá de mamá, a la que llamaba abuelita. Se ponía un postizo blanco para disimular la calvicie y por la noche metía la dentadura en un recipiente de cristal con tapa. Usaba jabón transparente y antes de acostarse se limpiaba la piel con crema. Llevaba un camisón de lana blanco con encajes en cuello y puños y los pies limpios. Olía muy bien.

La abuela Morton era distinta.

Zanny, sin que la viera mamá, que estaba demasiado alterada para darse cuenta (¿por qué había hecho Graham aquella locura?), repasó mentalmente todas sus diferencias y luego se fue al dormitorio de Dolly a presentar un informe detallado.

Se sentó a los pies de la cama y se envolvió en el edredón.

—A mi abuelita no le hace falta bañarse —dijo.

Dolly guardó silencio.

—Y no hace tonterías por la noche.

Dolly se cubrió mejor con las sábanas.

—Cuando canta, canta en la iglesia. Y no necesita que le pongan plásticos en el trasero.

Dolly, pese a la vergüenza que sentía, se río. Esperaba que la abuela regresara a Birmingham inmediatamente después del funeral y no se quedara a hacer más cosas que no debía. La mamá de Zanny no la había despiojado aquella noche, y si la había bañado había sido debido a las circunstancias, pero había puesto un hule debajo de la sábana cuando pensaba que no miraba nadie. Después, la abuela lo había quitado y lo había escondido en el armario.

—¿Qué se cree que soy? —le había preguntado a Dolly afligida.

—Los colchones no los regalan —le contestó Dolly, dejando a su abuela perpleja.

Dolly podía estar ligada con lazos de sangre a su abuela, pero la sangre suele escasear cuando no se alimenta satisfactoriamente. El lazo que la unía a Clare era el de un entorno agradable. En la vivienda de Birmingham había ratas, aquí había un hámster monísimo. El pan con margarina y grasa de carne no tenía

comparación con la bien provista despensa de Clare. En Birmingham a veces pasabas hambre y con frecuencia frío. Los alemanes te echaban bombas encima. Aquí tu hermanito se había ahogado en un estanque pero tú estabas caliente y bien alimentada y tenías un camisón con rosas amarillas. Una asesina de ricitos de oro ocupaba los pies de tu cama, pero la cama estaba en una habitación muy bonita de una casa preciosa con un hermoso jardín... que tenía un estanque. El estanque lo podía soportar. Y podía soportar a Zanny. Zanny le había dado el cochecito de muñecas color de fresa, tal como habían acordado.

—¿Vas a volver con tu abuela? —preguntó Zanny esperanzada interrumpiendo el hilo de sus pensamientos.

—¡Un cuerno! —exclamó Dolly—. ¡Y quítate de mis pies!

Clare llegó a la conclusión de que no era conveniente, en realidad era demasiado perturbador, que Zanny asistiera al funeral. Tampoco estaba segura de que Dolly debiera ir, pero no podía impedirlo si la abuela Morton insistía. El servicio no torturaría a Dolly, que tenía una mente clara y bondadosa. La conciencia de Zanny escapaba a su comprensión. Seguramente a esa edad ni siquiera se tenía conciencia. Recordó entonces su infancia católica. A los siete años se había confesado por primera vez; a los siete años ya sabías lo que hacías. Era bastante obvio que Zanny, a los seis, no lo sabía. Y con considerable suerte, no lo sabría nadie más.

Fue una ceremonia muy emotiva. Todo el mundo, incluida Clare, lloró.

Zanny, que había pasado la tarde al cuidado de una vecina, regresó a tiempo para asistir al té que se sirvió para el funeral. El té estaba dispuesto en la mesa del comedor. Había bandejas de jamón y ensalada y unos platitos de cristal con macedonia de frutas y nata. Mamá le sirvió con frialdad, casi de mala gana, y Zanny sintió carne de gallina en los brazos y las piernas. La única persona que le prestó atención y se ocupó de ella fue el reverendo Daniel Edwards de la capilla baptista. Se la sentó en las rodillas, le peló una manzana y le enseñó a contar en galés. El aliento le olía a tabaco y tenía las

rodillas como carcasas de pollo muerto, pero cuando te encontrabas de repente en la selva abrazabas a cualquier Viernes que se te presentara. Se comió la manzana delicadamente, con la cabeza un poco inclinada, y adoptó una actitud de complacencia.

—Eres una niña buena —le dijo—, una niña muy buena.

Mamá, que lo oyó, no demostró interés. Habían bajado un ataúd pequeñísimo a un agujero profundísimo. Quizá Zanny sí debería haber ido. Quizá hubieran tenido que llevarla atada y haberla obligado a verlo todo.

El día siguiente al funeral mamá comenzó a preguntarse si la abuela tendría intención de quedarse. La reparación de los horrendos pecados del propio vástago no incluía soportar indefinidamente una larga visita. Sin embargo, no había motivo de preocupación a ese respecto. Los valores de la abuela Morton eran algo distintos de los de Dolly. El dulce ambiente de aquella casa estaba tan enrarecido que al respirarlo le dolían los pulmones. Las sábanas inmaculadas invitaban a ensuciarlas. La cómoda cama sin sábanas de su casa, cargada de mantas viejas, era como un abrazo propicio al sueño de un viejo amigo balarrasa. La comida era buena y abundante, pero si se te metía una miga en el hueco de la única muela que te quedaba, no te la podías sacar en acatamiento de una dolorosa educación. En casa, te metías el dedo, te la sacabas y en paz. Era muy cómodo no tener modales, ir sucia y cantarle himnos de borrachín a un Dios que estaba allá arriba, por encima de los aviones alemanes, y dirigía las bombas a su destino. La abuela Morton tenía la implícita convicción de que la vida estaba trazada con anterioridad. No dudaba de que su propia vida continuaría en un bloque de viviendas de Birmingham entre amigos que iban con ella al refugio antibombas y compartirían con ella la cartilla de racionamiento si se daba la necesidad. Los que tenían poco, por lo general eran liberales. Se trataba de una comunidad tolerante, dura pero consciente. Le sorprendía que Dolly estuviera tan contenta por haber salido de ella para entrar en esta. Había venido preparada para llevársela a casa si quería ir, pero se sentía aliviada al ver que no lo deseaba. La separación sería definitiva en el futuro y, sin duda, Dios sabía lo que hacía disponiendo que se quedara. La señora Moncrief no era la imagen de la madre ideal, pero Nancy, la mamá de Dolly, tampoco lo había sido. Era una lástima que la

señora Moncrief no tuviera el mismo tipo ni fuera de la misma talla que ella. El abrigo de invierno que le había ofrecido no le venía y los zapatos eran feísimos. Como último gesto de cortesía, decidió ponérselos para ir a la estación y luego, una vez en el tren, cambiárselos. Eran de una piel flexible y de calidad y seguro que sacaría algo por ellos.

La estación estaba a medio kilómetro de distancia por una carretera sinuosa bordeada de espesos matorrales de brezo y madreSelva. Los montes, sombríos como capillas calvinistas dominaban el paisaje bajo el cálido sol. Dolly, orgullosa poseedora del cochecito color de fresa, lo empujaba contenta. Contenía una bolsa de lona llena de productos lácteos y de huevos cuidadosamente envueltos en un jersey de angorina. Su abuela y la mamá de Zanny andaban detrás sin prisa; la velocidad, o falta de ella, venía determinada por la presión que recibían los juanetes de la abuela. Zanny, muy resentida por haber perdido el cochecito, disimulaba recitando cantinelas sobre pajaritos y gatitos que se caían al pozo.

—¿Quién lo vio morir? —canturreó—. Yo, dijo la mosca, con mis diminutos ojos. —Al percibir la expresión de su madre, empezó a saltar y a recoger florecillas—. Ding, dong, toca el mozo, el gatito se ha caído al pozo —siguió cantando—. ¿Quién lo empujó? El pequeño Tommy...

La abuela Morton, que solo oía la melodía y no la letra, no entendía por qué la reñía la señora Moncrief. Quizá tenía miedo de que se rompieran los huevos y estropearan el jersey de angora. A lo mejor pensaba que era su hija la que debía empujar el cochecito. Dolly había dicho que ahora era suyo, un regalo. Si se lo creía, es que la cabeza empezaba a fallarle. Aquello era lo peor de vivir en un lugar como aquel, comenzabas a ver el mundo como si se tratara de una película. Dejaba de ser real. Y dejabas de prestarle atención. Te arrellanabas en el mullido asiento del cine, cómodo y calentito. Y con el tiempo te dormías.

Empezó a pensar en todas las películas que había visto. Zanny parecía Shirley Temple. Dolly, a pesar de ir tan limpia, podía haber sido un personaje de *Oliver Twist*. Le lavaban el cabello una vez a la semana, la bañaban cada noche y aun así quería quedarse. Pues buena suerte.

Hablaba en voz baja, jadeaba, maldecía los zapatos y de vez en cuando se quejaba de la guerra y del calor y decía que a ver si aún se le iba a escapar el tren. Clare, haciéndose eco del temor, se adelantó al ver que el ómnibus esperaba en la estación. Una de las ventajas de vivir en un pueblo era que se podía retener el tren el tiempo necesario para que subiera una anciana. Con la ayuda del mozo que sustituía al jefe de estación, la señora Morton subió al vagón y su equipaje fue cargado tras ella.

—Dale un beso a tu abuela —le ordenó Clare a Dolly, pero ni Dolly ni la abuela le hicieron ningún caso.

—Si no se porta bien, dele un buen azote —dijo la abuela con cariño mientras se quitaba los zapatos. Menos mal que ya volvía a casa, el sucio y apestoso Birmingham. Aquí, hasta la estación estaba limpia. El vapor de la locomotora se alzaba hacia el cielo azul—. Y no te olvides de lavarte los dientes, Dolly —añadió con un humor teñido de amargura. «Castillos de marfil», los llamaban por aquellos parajes. ¿Hasta dónde podía llegar su estupidez? Ahora se sentía más alejada de Dolly que de Willie. Él, al menos, se había marchado al seno del Señor tal como lo recordaba, incluso le parecía verlo moqueando.

Se asomó por la ventana y acarició el cabello de Dolly. Observó que Zanny, astutamente, se retiraba hacia atrás por si se le ocurría hacerle lo mismo a ella. Una niña extraña. Su madre debería dejar de atiborrarla de aceite de hígado de bacalao y de malta. También atiborraba a Dolly, pero no servía de nada. Dolly era como un fideo. Y siempre lo sería.

Las últimas palabras fueron para Clare cuando el tren se ponía ya en marcha.

—No está bien tener pececitos de colores. El hule está en el armario. Adiós.

Clare, incapaz de articular una respuesta racional, se limitó a agitar la mano sin decir nada mientras el tren se alejaba humeante.

El abatimiento que se había apoderado de su espíritu desde la muerte de Willie comenzó a borrarse lentamente. Todo había salido muy bien. Con el tiempo quizá podría convencerse de que había sido realmente un accidente. Y, aunque no lo hubiera sido, se había tratado de un acto impulsivo, no premeditado. La aversión que había sentido hacia Zanny después del funeral había sido una

reacción vergonzosa. Zanny no era más que una niña. Y casi siempre una buena niña. Si fuera una niña pendenciera, respondona y perversa, estaría armando un gran alboroto por el cochecito que llevaba Dolly. Se lo había dejado durante todo el camino hasta la estación y ahora le dejaba llevarlo en el camino de regreso. Quizá se arrepentía de lo que había hecho. Claro que se arrepentía. Dejarle el cochecito a Dolly era su manera de demostrarlo.

Le ofreció la mano a Zanny en gesto conciliatorio.

—Dale la mano a mami, cariño, mientras Dolly lleva tu cochecito.

Zanny se negó educadamente. Empezó de nuevo a entonar un lento canto fúnebre.

—Tres ratones ciegos... mira cómo corren... —Eché a correr por delante de Dolly y subió a la cima de la cuesta—. Córtales las cabezas con un cuchillo de trinchar. —Se detuvo—. Córtales las colas con un cuchillo de trinchar. —Las cabezas era mejor. No se podía aplastar las cabezas contra las verjas cuando no había verjas. En la distancia divisó el camión verde de Evans, el panadero, que se acercaba por la carretera. Evans el panadero era un buen hombre. El año anterior le había dado un bollito para Semana Santa. A Dolly también le había dado uno. A Dolly no debía haberle dado, porque iba y cogía cosas.

Eché a correr otra vez hacia Dolly y el cochecito color de fresa.

—¿Habías oído semejante cosa en tu vida, tres ratones ciegos? —gritó.

Las fuertes manitas de Dolly agarraban la empuñadura del cochecito cuando Zanny la alcanzó. Dolly, cautelosa como una criatura del bosque, percibió cómo le fluía la adrenalina y se le erizaba el vello de la nuca mientras se preparaba. La camioneta estaba ya muy cerca, avanzando pesadamente a buena velocidad. Zanny, en el momento preciso, se arrojó contra Dolly, pero esta, todavía más oportunamente, giró sobre sus talones, trató de mantener el cochecito agarrado, no lo consiguió y lo soltó. Evans el panadero vio horrorizado cómo casi atropellaba a un niño, viró bruscamente, un objeto color rosado se estrelló contra el capó y el camión perdió el control, atravesó la valla de protección y se estrelló contra un viejo roble. El depósito de gasolina explotó y unas llamaradas de seis metros de altura prendieron en las ramas.

Zanny percibió un olor a pan quemado, ¿o sería a Evans el panadero quemado? Lo veía sentado en el asiento del conductor, encaramado en el árbol. Estaba negro como una de esas brujas condenadas a la hoguera. Luego buscó con la vista el cochecito y no lo encontró. A Dolly sí la encontró. Estaba sentada en la cuneta mirándola airadamente.

—Me has roto el cochecito —gritó—. ¿Pa' qué has hecho eso, vaca gorda? —Luego se volvió a mirar el árbol en llamas—. ¡Jo!

Clare, que había guardado silencio hasta entonces, fue presa de la histeria. Tuvo un acceso de risa al tiempo que las lágrimas le rodaban por las mejillas. Se arrodilló junto a la hierba y hundió el rostro en una mata de helechos. Reía y lloraba. Cuando por fin se incorporó, vio a Zanny mirándola.

—No quería matarlo —dijo Zanny—. Y tampoco quería romper el cochecito. —Le temblaban los labios.

—No —dijo su madre con calma y frialdad—. Ya lo sé.

2

EL CONVENTO, que tenía dos siglos de antigüedad, estaba construido con piedras vetustas y se levantaba al sur de la península de Lleyn, formando una hermosa estampa. Era un internado femenino muy selecto regentado por monjas de una orden dedicada a la docencia. En el folleto explicativo del plan de estudios se hacía hincapié en el hecho de que cada niña recibía una atención particular y el número de alumnas raramente rebasaba la cincuentena. Asimismo, uno de los principales objetivos del colegio era la formación del carácter. Se vigilaban con especial esmero los aspectos espirituales y académicos a fin de que el producto final, según se desprendía del folleto explicativo, fuera una muchacha de costumbres refinadas. Sería buena en el más amplio sentido de la palabra. Incluso era posible que llegara a ser monja, si bien no se ejercía presión alguna en tal sentido.

—¿Las dos niñas serán, naturalmente, católicas? —inquirió la madre Benedicta.

Clare, católica no practicante, ya esperaba la pregunta y había decidido que, al menos temporalmente, regresaría al redil. A Graham, que teóricamente pertenecía a la Iglesia de Inglaterra, lo mismo le daba una cosa que otra. Mientras Zanny se dedicaba a asesinar al panadero, él se dedicaba a bombardear Colonia. Su propia actividad era justificable, pero a su queridísima hijita no podía perdonarla. Estaba dispuesto a mandarla a cualquier sitio, aunque fuera a un monasterio budista, si eso servía de algo. Era evidente que Clare no podía dominar a la niña; quizá las monjas

pudieran. La madre Benedicta, a quien él consideraba la jefe religiosa femenina, parecía lo suficientemente temible. Era una orden francesa y la llamaban *ma mère*, aunque en realidad ella era irlandesa. Graham pensó que ojalá le ofreciera una jarra de Guinness de su tierra, o, mejor aún, un *whisky*. Las últimas semanas habían sido un infierno, y no pensaba precisamente en la guerra. A eso se acostumbraba uno.

—Mi esposo y yo —decía Clare— deseamos que ambas niñas sean educadas en la fe católica.

Era una hábil evasiva y así la identificó la madre Benedicta.

—En el caso de Susannah, sus planes religiosos son aceptables, pero la otra niña me han dicho que es refugiada. Creo que sus padres tienen derecho a dar su opinión al respecto.

—Es huérfana de guerra —explicó Clare—. Ahora ya no sabemos ni dónde está su abuela.

Aquello era cierto. Para la abuela Morton debía de ser un misterioso deseo del Señor que una bomba destruyera la mayor parte de la calle donde vivía poco después de la destrucción que llevara a cabo la propia Zanny. Graham, que había pasado el período de permiso en una continua situación de crisis, había tratado de conseguir noticias de ella, pero no había obtenido nada, y comenzaba entonces a mirar con alivio el hecho de que pronto lo mandarían al extranjero, seguramente al norte de África. Que Clare se acostara cuanto quisiera con su amigo el médico. Que Zanny diezmara la población con sus inimitables métodos. Él pilotaría sus bombarderos en paz.

—Pero ustedes no son los tutores oficiales de Dorothy Morton —señaló la madre Benedicta.

«A Dorothy Morton usted no la conoce —pensó Clare—, ni yo tampoco. Ni nadie. Conocemos a Dolly y todavía se limpia las narices con la manga».

—Si la aceptan ustedes —dijo—, estamos dispuestos a pagar las cuotas, a comprarle ropa y a hacernos responsables de ella hasta que pueda valerse por sí misma. Si para ello hemos de ser sus tutores oficiales, lo seremos, ¿verdad, Graham?

Este asintió. Todo aquello lo habían acordado ya antes de ir a ver a la monja. Graham había comenzado a darse cuenta de que Clare estaba madurando a la velocidad de una planta tropical en la

selva. La mujercita bonita como una margarita de unas semanas antes se estaba convirtiendo en orquídea. Tenía las mejillas sonrosadas y había aprendido a imponerse. Todo ello debido a la desesperación. No podían librarse de Dolly. No podían encerrar a Zanny en solitaria reclusión. El convento era la única solución intermedia. El convento era terreno neutral. Allí no tendría a Mono. Ni el cochecito rosa. No era probable que Zanny codiciara las cuentas del rosario de Dolly. Y, si las codiciaba, pues mala suerte. Que la madre Benedicta se encargara de arrebatarse el puñal. Su verdadera madre ya estaba harta.

—Las dos niñas son muy pequeñas —señaló la madre Benedicta—. ¿Seis y siete años, me ha dicho?

—Sí, pero en su folleto dice que acogen a niñas incluso más pequeñas.

—Pero eso se debe a que sus padres, por diversas razones, principalmente relacionadas con la guerra, no pueden ocuparse de ellas. Ustedes viven en un pueblo pequeño bastante cerca de aquí. A diferencia de muchas familias, no están en un área de intensos bombardeos. Mandando a las niñas al colegio tan pronto se está usted privando de muchas de las alegrías de la maternidad.

Clare evitó deliberadamente mirar a Graham.

—Estoy dispuesta a renunciar a las alegrías de la maternidad —dijo.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Porque para las niñas es mejor estar aquí. Yo no puedo ocuparme de ellas todo lo bien que quisiera. No tengo el temperamento adecuado. Y estoy segura de que usted y las demás hermanas sí. —«Incluso llevan llaves como si fueran carceleras y he visto las bonitas celdas y las imágenes del Sagrado Corazón sangrante. Ustedes sabrán dominarla. Por favor, Dios mío; por favor, Virgen María y todos los santos, que sepan dominarla».

Los ojos ligeramente bulbosos de la madre Benedicta parecían un par de antorchas que dirigieran a un avión en una pista de aterrizaje. Volvió la vista hacia Graham.

—¿Por qué cree su esposa que no tiene temperamento para educar a dos niñas pequeñas? ¿No piensa usted que podría hacerlo perfectamente?

Cuando te captura el enemigo, le dices tu nombre, graduación y

número, pero no desvelas información innecesaria. Era perfectamente aceptable inventar. No obstante, la verdad, si no perjudicaba, era siempre lo mejor.

—Nuestra hija, Zanny, está celosa de Dolly. Nosotros no sabemos qué hacer; pero estamos seguros de que ustedes sí.

La madre Benedicta se levantó, se dirigió a una campanita que había junto a la chimenea y tiró de ella. Al cabo de unos minutos entraría la hermana Bernardette con té para tres personas. Resultaba evidente que el problema no tenía ninguna importancia. ¿Qué niño no estaba celoso de otro niño? La madre era demasiado sensible. Ahora ya no abrigaba duda alguna sobre la admisión de las dos niñas. Habían de ser educadas para que se amaran en el Señor. Entre tanto, tenían que ocuparse de la cuestión de las cuotas. Seguramente, la niña refugiada estaría muy retrasada y sería necesario darle unas clases especiales de lectura. Empezó a pasar revista a todas las cuestiones financieras. Al fin y al cabo, el dinero era un detalle importante.

—Estamos en tiempo de guerra, tenemos que arreglarnos con los cupones de ropa. Antes el uniforme era un vestido azul oscuro con cuello blanco; ahora es un pichi, por suerte también azul oscuro, y una blusa blanca. El abrigo de invierno, que antes era gris, es ahora azul marino. ¿Podrán proporcionárselo a las dos?

Clare, que de ser necesario hubiera saqueado Harrods, dijo que sí.

Las habían admitido, eso era lo importante. Empezó a sonar el ángelus. «Tocan a victoria», pensó Clare. Alargó el brazo hacia Graham y le cogió la mano. Este se la apretó.

A Dolly no le pareció justo que la encerraran a ella en un convento porque Zanny hubiera tratado de matarla. Pensó que preferiría estar muerta. Le gustaba la escuela del pueblo. Le gustaba el olor a tiza y las flores silvestres de las ventanas. Allí también había flores, muchísimas, alrededor de estatuas descalzas o con sandalias de tiras metidas entre los dedos. Las flores eran naturales pero parecían de cera, como las estatuas, y no olían a nada. La iglesia despedía una peste extraña. Salía de una cosita dorada que colgaba de una cadena y un niño la balanceaba mientras andaba detrás del cura. No

le veía la gracia a tenerse que ahogar en aquella peste deliberadamente. Si a Jesús le gustaban los perfumes, ¿por qué no ponían esencia de rosas o algo así? Aquello tenía un olor asqueroso. Se lo había sugerido a una monja y esta, perpleja, le había contestado que rezaría por ella.

—*Asías* —contestó Dolly con amargura—, muchas *asías*.

Zanny, en conjunto, se adaptó al nuevo entorno casi con resignación de adulto. Tenía que ocurrirle un día u otro. Todos los Moncrief se habían educado en un internado. Los Brady, por el lado materno, habían ido a conventos, que más o menos era lo mismo. Estar interno en un colegio era lo correcto de pequeño; quizá no tan pequeño, pero pequeño. Lo único que diferenciaba su caso era que mamá se había cansado de ella antes de lo normal. El desagrado de mamá tenía el mismo efecto que si se apagaran todos los fuegos de la casa, te quedabas helada de frío. Zanny era lo suficientemente lista para deducir que el trágico fin de Evans el panadero tenía algo que ver. No es que nadie hubiera armado revuelo alguno al respecto. Los buenos y amables policías no le habían preguntado nada. Aquí no se percibía ambiente de censura. Aquí la aceptaban. Hablaba como todo el mundo. Usaba el tenedor y el cuchillo correctamente en el refectorio. No escupía. Y en las raras ocasiones en que sonaba la sirena de ataque aéreo y todo el mundo corría al sótano del convento, las niñas mayores se turnaban para tenerla en el halda. Era una adorable niñita de rizos de oro, según decían.

Dolly, sentada en el extremo más ancho de una barra de equilibrios, puesto que estaban ocupadas todas las sillas, veía todo esto y no le daba importancia. Que se quedaran embobadas con Zanny si querían. Si aquello fuera un zoo y no un refugio antiaéreo, emitirían «ooohs» y «aaahs» al ver a los mimosos ositos, leopardos y orangutanes. Si las tarántulas no tuvieran aspecto de tarántula, probablemente también proferirían exclamaciones de admiración al verlas. Esta última idea le vino a la mente al ver una gran araña que subía por la pared detrás de la hermana Filomena. Se la quedó mirando con la esperanza de que cayera sobre la rígida toca blanca que llevaban las monjas en la cabeza para animar el negro del hábito.

La hermana Filomena, interpretando erróneamente la intensa mirada de Dolly, le propuso que se sentara en su halda. Era

evidente que la niña estaba asustada. Seguramente, habría tenido experiencias horripilantes de bombardeos en Birmingham. Aquí nadie tenía miedo. Hasta el momento, no había habido nada que lo justificara. Uno acababa acostumbrándose al característico zumbido de los bombarderos alemanes. Hacía unos meses, uno de ellos había descargado sus bombas en un combate con un caza y habían destrozado un campo de nabos, pero nada más.

Dolly rechazó la invitación.

—Querida niña —dijo la hermana Filomena en tono consolador—, no debes tener miedo.

—No es que me den miedo —dijo Dolly—, es que no quiero que se acerquen. A mi abuela no le daban ningún miedo.

—Una abuela muy valiente —dijo la hermana Filomena, que estaba al corriente de lo de la abuela desaparecida, seguramente muerta—. El buen Dios la bendijo con un corazón animoso.

Era lo suficientemente valiente, pensó Dolly, para cogerlas y aplastarlas. Lo que le sorprendió es que su valentía para matar arañas fuera un don de Dios.

—Yo una vez le tiré un ladrillo a una —dijo—. Y casi le di.

La imagen de una niña desafiante lanzando un ladrillo probablemente solo en su fantasía, a un bombardero enemigo, llenó a la hermana Filomena de cariño. Era una pequeña marginada, huérfana, de quien sus compañeras se apartaban o burlaban. Era una buena causa, una buena obra, un alma que adornar y pulir para convertirla en bonita y deseable. Era un motivo para estar en aquel convento de Gales, para estar en cualquier convento. No hacía mucho, Satán había estado buscando razones. Y allí tenía a una posible gema. Difícil, sin duda, pero un gran desafío. Un gran desafío.

Lentamente, una vez superaron la primera impresión que se habían formado de Dolly, las monjas se empezaron a dar cuenta de que se encontraban ante una persona excepcional. La maestra de párvulos de la escuela del pueblo lo sabía, pero nadie le había pedido que redactara un informe sobre la niña. La mente de Dolly, como una tierra virgen, tenía un gran potencial. Todo lo que se plantaba en ella florecía. Aunque también era cierto que su criterio de aceptación o rechazo de determinadas simientes era muy selectivo. Leía con facilidad la mayoría de los libros y era propio de

ella preferir un ejemplar de *Drácula* que alguien había introducido furtivamente en la biblioteca a cualquiera de los demás libros que esta albergaba. Lo leyó en un par de noches, debajo de las sábanas, con la ayuda de una linterna, y luego lo repitió en forma de serial a quien quisiera escucharlo. Con el tiempo, fueron muchas las niñas que deseaban oírlo. La marginada, a quien no le importaba ser una marginada, había encontrado el modo de integrarse.

Las sesiones narrativas tenían lugar en uno de los compartimientos destinados a estudiar música. Había en el colegio diez de ellos, con un piano en cada uno, y estaban insonorizados. En el espacio abierto del centro había una joven e inocente novicia detrás de una mesa que observaba como eran aporreados todos los pianos al otro lado de los cristales y cómo en el último compartimiento un pequeño grupo de alumnas hacían un examen de teoría sentadas en el suelo. Cuando de vez en cuando abría la puerta para ver cómo iban, era saludada por un coro de preguntas sobre negras, corcheas y semicorcheas. Se dio cuenta de que un par de niñas estaban pálidas de terror, pero pensó que quizá le hacían falta unas gafas nuevas. La teoría musical no era una asignatura fácil; requería una mente matemática.

Zanny no asistía nunca a estas sesiones. En el lenguaje de Dolly, las consideraba «una bobada». Que Dolly tuviera acólitos le molestaba un poco, pero dentro de unos límites emocionales no peligrosos. Aquel era terreno neutral y ella tenía amigas propias. Muchas. Pero entre ellas no había ninguna monja. Dolly tenía a la hermana Filomena. Quizá ello no la hubiera perturbado tanto si hubiera sabido lo que Dolly pensaba al respecto. Gustosamente, Dolly le hubiera regalado a Zanny la hermana Filomena, que no era Mono ni un cochecito rosa. Que esta fuera una «desagradable molestia» y no un «maldito incordio» se debía a las lecciones de elocución de la hermana Filomena, los miércoles de seis a siete de la tarde, es decir, después de la hora de los deberes y antes de la cena, que oficialmente era el período dedicado a los juegos. Dolly lo soportaba de mala gana.

Las clases tenían lugar en la sala donde se recibía a las visitas. Las sillas eran de terciopelo rojo cubierto de fundas blancas. En el centro había una reluciente mesa ovalada con un tapete bordado redondo en medio. Y en el centro del tapete había un jarrón de

culantrillo. Durante la primera visita de Dolly había una rosa junto al jarrón. La hermana Filomena le dijo que la cogiera.

Dolly, buscando desconfiadamente las espinas, así lo hizo.

—Eso —dijo la hermana Filomena, con los ojos brillantes por la engañosa euforia de los que creen que están siendo buenos de verdad— eres tú, Dolly.

En su vida, Dolly había tratado con borrachos y con locos, pero hasta entonces no se había encontrado con aquel tipo de aberración y no sabía cómo clasificarla, de modo que no dijo nada.

—¿Se te ha ocurrido alguna vez —prosiguió la hermana Filomena— que eres hermosa, como esa rosa es hermosa, una criatura de Dios, delicadamente formada, creada con amor?

—Sé lo que hicieron mi papá y mi mamá, si se refiere a eso —dijo Dolly. Cuando se vivía en una sola habitación era imposible no saberlo. Pero el producto final era siempre una criatura llorona y no una rosa roja con pulgón verde. Cogió el pulgón con los dedos y lo echó al suelo. ¿Es que no sabían nada aquellas monjas? ¿Por eso estaban allí?

—¿Es que no sabe nada? —preguntó.

La hermana Filomena notó cómo se sonrojaba. La tarea iba a ser más formidable de lo que esperaba. Siguió adelante rápidamente, antes de que Dolly le soltara un discurso sobre la copulación.

—Ahí fuera —dijo señalando con la mano los jardines del convento— oímos cantar a los pájaros. Cantan muy bien. Dios les ha dado una voz preciosa y saben utilizarla. Tú también tienes buena voz; tú también puedes producir sonidos hermosos.

—No tengo oído —dijo Dolly. En la obra de teatro que habían representado en el colegio del pueblo le habían dicho que solo fingiera que cantaba y no osara soltar ningún gallo. La señorita Williams era muy práctica y sensata. Se había ganado el respeto de Dolly.

—Los que tienen oído —dijo la hermana Filomena— permiten que oiga. Tú tienes oídos, Dolly, dos oiditos preciosos, como conchas de una playa. Son unos oídos maravillosos, como los oídos de cualquiera. Escuchan los sonidos y luego tú los reproduces. Tomemos, por ejemplo, el sonido «ado». A-ca-ba-do. «Ado». ¿Puedes repetirlo? A-ca-ba-do. Fíjate en el «ado».

—¡Ay, Dios mío! —dijo Dolly por lo bajo.

Lo que no se podía evitar había que soportarlo; se lo había enseñado su abuela. El ahínco de la hermana Filomena era tan persistente como cualquiera de las imposiciones que se había visto obligada a soportar en el pasado. Después descubrió que la hora se convertía en una hora y media si no obedecías. Y terminaba antes si pronunciabas todas las letras. Cuando veías venir un punto conflictivo, lo evitabas, si no querías quedarte otros diez minutos. Si te decían que debías parecer una rosa, hablar como un ruiñeñor y andar como una princesa, debías tener cuidado de no echarte un pedo de exasperación (el castigo impuesto consistió en una hora adicional la tarde siguiente). Había que aprender a hacer concesiones.

Hacia el final del trimestre, Dolly había bajado lo suficiente la bandera de la rebelión, al menos en la superficie, para ser socialmente aceptable. Empezaba a hablar con corrección. Estaba en el primer peldaño de la escalera de la clase. Ahora se hurgaba las narices en privado. Tenía las uñas limpias porque cada día las revisaban y si no estaban limpias tenías que volver a limpiártelas. No revisaban las orejas, pero ahora estaba obsesionada con los oídos, lo cual no era de extrañar. Era la única parte de su anatomía que se limpiaba por voluntad propia.

Zanny, a quien no le interesaba la metamorfosis de Dolly, que había pasado de gusano a criatura viscosa con alas, se ocupaba en encontrar su propio nivel. Académicamente, se encontraba un par de clases por detrás de Dolly. Antes solía corregirle la pronunciación con gran placer. Ahora Dolly era una maestra de las palabras difíciles. Perder la sensación de superioridad era como perder la camiseta; se quedaba uno un tanto desnudo. En general, el plan de separación de Clare estaba saliendo bien; las dos niñas apenas se veían, principalmente por elección propia. Pero los preparativos de la primera comunión cambiaron las cosas.

La madre Benedicta le escribió a Clare para comunicarle que, puesto que se acercaba el séptimo cumpleaños de Zanny, iban a comenzar a prepararla para la primera comunión, que iría precedida de la primera confesión. Dolly también iba a ser aceptada en la Iglesia. Quizá la señora Moncrief desearía mandarles vestidos blancos a las dos. El convento les proporcionaría los velos blancos. En cuanto al pastel, resultaba bastante difícil conseguir los

ingredientes necesarios. Quizá la señora Moncrief lo habría previsto y habría apartado una cantidad de azúcar a tal fin.

Clare, tranquilizada por el hecho de que la población del convento no hubiera menguado hasta el momento, estaba bastante satisfecha. Graham, como esperaba, había sido enviado al norte de África y escribía con toda la frecuencia que le era posible. Le mandaba besos a Zanny y Clare se los transmitía. Aparentemente, todavía eran unos padres que se querían y que querían a su preciosa hijita. Que la preciosa hijita fuera a entrar en el seno de la Santa Madre Iglesia después de confesar todos sus pecados era un sobresalto. Clare no sabía qué hacer. Escribiendo a Graham no arreglaría nada. En este caso, una preocupación compartida no era una preocupación reducida a la mitad. No se atrevía a decírselo a Peter. Todavía seguía «curándole la espalda», como decía Zanny. Ambos eran amantes y ninguno de los dos se planteaba otra cosa. Las complicaciones del amor, de la familia, del futuro, estaban excluidas de su relación.

El futuro de Zanny en un confesionario asomaba en el horizonte de Clare como una cruz de perdición. ¿Estarían de verdad sellados los labios del sacerdote? Y si no estaban sellados, ¿la expulsarían? Después de pasar varias noches en vela, Clare decidió esperar a ver qué ocurría y no anticiparse a los acontecimientos. No podía hacer nada. Una corta visita a Zanny para decirle que no abriera la boca no sería de ninguna utilidad, puesto que ahora, sin duda, le estaban inculcando que hiciera lo contrario. No sabía coser, pero había guardado el traje blanco de cuando se casó y decidió encargarle a la modista del pueblo que hiciera un par de vestidos de comunión con él. El pastel lo hizo ella misma. El mazapán no era auténtico, pero no le costó demasiado reunir el resto de los ingredientes. La esposa de un campesino incluso consiguió unos frutos secos. Podían ser obstinados inconformistas galeses con una desconfianza innata hacia las prácticas papistas, pero cuando se trataba de que un par de niñas, una de las cuales había perdido a su hermanito tan trágicamente, tuvieran pastel de comunión, estaban dispuestos a ayudar todo lo que pudieran.

Entre tanto, ni Zanny ni Dolly entendían a qué se debía tanto alboroto. Dolly absorbió el catecismo como una esponja. Cuanto antes aprendías las cosas, antes te dejaban en paz. Zanny, que no

tenía tan buena memoria, descubrió que sonriéndole dulcemente al padre Donovan alcanzaba similares resultados. El viejo sacerdote estaba encantado con ellas. Aquellas preciosas hijitas de Dios. Una tan lista y rápida; la otra tan guapa y buena. Dos princesitas. Las monjas no dejaban de acariciarlas, vestidas con sus trajes blancos, con los misales blancos en la mano y los blancos velos sobre el cabello.

Clare, que se encontraba entre los feligreses para el acontecimiento, sintió que le invadía el recelo y luego unos inesperados deseos de llorar. Zanny estaba guapísima. Estaba angelical. ¿Por qué no podía ser lo que aparentaba? Dolly, en cambio, estaba hecha una facha. Tenía una carita simiesca con unos enormes ojos oscuros. El vestido le estaba demasiado largo y tropezaba continuamente. Alguien le había dado un pañuelo grande ribeteado con puntillas y le asomaba por la manga izquierda.

Dolly fue la primera en dirigirse al confesionario. No estaba segura de a quién estaba complaciendo sometiéndose a todo aquel ritual. Si la abuela no había escapado a la bomba y en aquellos momentos estaba revoloteando allí arriba, se le saldrían los ojos de las órbitas.

Cuanto antes lo dijera, antes habría acabado.

—Protéjame padre porque he pecado.

El padre Donovan, al otro lado de la celosía, recitó la respuesta.

—Que el Señor esté en tu corazón y en tus labios para que confieses honrada y humildemente tus pecados, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

—Amén —dijo Dolly.

El sacerdote la instó dulcemente.

—¿De qué te acusas?

Dolly recapacitó. Había pensado mucho sobre ello. Había observado cómo se arrodillaban las monjas antes de confesarse. Se soltaban el velo para que les cubriera el rostro. Pero ¿qué confesaban? ¿Qué crimen podía cometerse en un lugar como aquel? Debían de ser bobas.

—De nada —dijo.

—¿De nada? Piensa, niña, piensa.

—No he hecho na. —En momentos de tensión, y aquel se estaba convirtiendo en un momento de tensión, Dolly regresaba a su

lengua natural.

El padre Donovan, recordando lo despierta que era para las clases de catecismo, estaba un poco desconcertado. No la había oído nunca hablar así.

—Si no has hecho nada —dijo—, quizá has cometido pecado de omisión. Se puede pecar dejando de hacer algo que debías hacer en una situación determinada.

Dolly recordaba vagamente una conversación similar, pero más sencilla, mantenida con él, algo relativo a tener que ayudar a un ciego a cruzar la calle, que era pecado si no lo hacías. Allí no había ningún ciego, y no salías a la calle casi nunca.

Esperó que le hiciera alguna otra sugerencia.

Le hizo varias más, incluido el orgullo espiritual, pero Dolly lo negó todo. Ni siquiera sabía lo que quería decir orgullo espiritual.

Ambos empezaron a sudar.

Dolly quería marcharse. Ya era suficiente. No le veía la cara, pero por la voz parecía malhumorado. Si no se le ocurría pronto un pecado, saldría de su escondite y la abofetearía.

Entonces se acordó de algo y sonrió aliviada. Claro que había pecado. Al entrar en el confesionario le había dicho una mentira colosal.

—Protéjame Padre porque he pecado —dijo. Le había dicho que había pecado cuando en realidad no había pecado.

—Padre, he pecado por decir una mentira.

—Bueno, gracias a Dios —dijo el padre Donovan ásperamente—. Y gracias a la Virgen por ayudarte a recordarlo.

Decidió no preguntarle cuál era la mentira; llevaba diez minutos con ella y ya era hora de empezar con la otra jovencita, que quizá resultaría más fructífera. Fríamente, le indicó que rezara tres avemarías.

Zanny, que esperaba a que saliera Dolly, se estaba poniendo cada vez más nerviosa. ¿Qué le estaría contando que tardaba tanto?

Por fin salió Dolly, con evidentes signos de tensión. En la prisa por salir del confesionario, tropezó con el vestido y cayó cuan larga era ante Zanny.

—¡Maldita sea! —exclamó por lo bajo avergonzada. Seguidamente le dijo a Zanny en un susurro que le había puesto tres avemarías.

Mientras Zanny se acomodaba en el confesionario, el padre Donovan dijo una breve plegaria para que esta fuera más fácil. Cumplieron con preliminares y entraron en materia.

—A veces es un poco difícil acordarse de los pecados, pero has tenido tiempo para pensar. ¿De qué te acusas?

Transcurrieron unos momentos de silencio; se oyeron unos crujidos del vestido de satén y luego un murmullo misterioso.

—Padre, ¿me oye si no lo digo en voz alta?

—Te oigo perfectamente.

—Yo ahogué al pequeño Willie.

—¿Cómo?

—Que yo ahogué al pequeño Willie en el estanque.

El padre Donovan se metió el dedo índice en la oreja por si tenía algo que le impedía oír bien.

—¿Has dicho «empujé»?

—No, «ahogué». Me senté sobre su cabeza.

«Dios Todopoderoso —pensó el padre Donovan—, ¿qué broma es esta?». Siempre había atribuido cierto sentido del humor al Santo Dios, pero nunca le había gastado bromas como aquella. Primero una niña que no ha cometido ningún pecado y finalmente se rinde después de sonsacarla con suma paciencia. Y la otra niña va y se inventa un pecado colosal. Sin concesiones.

—Mentir es malo —dijo severamente.

—Lo sé, padre, pero también es malo no decir la verdad.

Un atisbo de duda penetró en la mente del padre Donovan. Parecía muy segura de sí misma. Muy seria. Sin un asomo de risa. No estaba fuera de lo posible.

—¿Cuántos años tenía el pequeño... Willie?

—Cuatro.

Perfecta y asombrosamente posible.

Dejó de fingir que no sabía quién se encontraba al otro lado de la celosía.

—¿Zanny?

—Sí, padre.

—¿Me estás diciendo la verdad, Zanny?

—Sí, padre.

—¡Por Dios Santo! ¿Por qué te dejó?

—¿Por qué me dejó?

—Sí, ¿por qué te dejé sentarte sobre su cabeza?

—Lo perseguí hasta que se cayó en el estanque, se dio un golpe en la cabeza contra el fondo y antes de que se levantara, yo me senté sobre su cabeza. Intentó apartarme, pero no pudo. Había muchas burbujas, y peces. Cuando mamá y el doctor lo sacaron estaba muerto.

Una explicación clarísima. El padre Donovan la creyó. Apoyó la cabeza en las manos y sintió un repentino deseo de ir al lavabo, pero se contuvo. Durante sus años de sacerdocio había oído una gran gama de pecados, y algunos bastante peliagudos, pero ninguno tanto como aquel. No sabía qué hacer ni qué decir.

—Padre.

—Dime, Zanny —contestó con voz ronca.

—¿Tengo que decir mis pecados de golpe o uno a uno?

—¿Quieres decir que has hecho algo más?

—Sí, padre, he matado a Evans el panadero.

—¿A quién?

—Al señor Evans, el que repartía el pan. Lo hice explotar. Se quedó colgado de un árbol, todo negro y con llamas. Se murió.

—Ah —dijo el padre Donovan. Su vientre recuperó la normalidad. El Señor tenía hoy un día de gran actividad. Casi había conseguido que se lo creyera. ¿Qué pecado había cometido él? ¿Ser petulante? Había acusado a la otra niña de orgullo espiritual y ahora Dios le estaba tomando el pelo. Le había mandado aquella niña, que tenía una imaginación desmesurada y durante un minuto había creído lo que le contaba. De pronto comprendió que aquella criatura de cabellos de oro era un instrumento del Señor, que le había sido enviada para que se riera, para que se riera de sí mismo. Su único pecado era leer los tebeos inadecuados y luego identificarse con ellos. Las monjas no deberían permitir que ese tipo de literatura entrara en el convento. Evans el panadero, ¡eso era nuevo!

Le acometió un acceso de risa, pero hizo todo lo que pudo para reprimirlo.

—¿Sabes, Zanny, que está mal decir mentiras?

—Sí, padre.

—Muy mal.

—Sí, padre.

—Y no volverás a decir más mentiras, ¿verdad, Zanny?

—No, padre. —(¿Cómo iba a decir más mentiras si no había dicho ninguna?).

—Zanny.

—Diga, padre.

—Ya sabes que hay libros que no debes leer. ¿Qué tipo de libros lees?

—*Peter Pan* —declaró Zanny con precaución. Tratar de adivinar lo que tenía el cura en mente la fatigaba.

—¿Y los tebeos?

—*Para chicas* y *Arco Iris*.

—¿Has leído alguna vez esos tebeuchos para niños?

—No, padre.

—¿Los que hablan de gente como Evans el panadero?

—No, padre.

—Y, si has mentido, no lo volverás a hacer, ¿verdad, Zanny?

Zanny, absolutamente confundida, dijo que no.

—Entonces, reza tres avemarías. Que Dios te bendiga.

—¿Nada más? —En sus momentos más pesimistas, Zanny había imaginado que la ahogarían en agua bendita o la quemarían en la hoguera.

—No —dijo el padre Donovan contento—, nada más. A no ser que quieras rezar alguna oración por mí.

Aquella noche, una vez en la cama, Zanny comenzó a deshacer el rompecabezas y lo volvió a montar de modo que tuviera más sentido. El inspector detective Humphreys le había dado una bolsa de caramelos por matar al pequeño Willie. El padre Donovan le había impuesto tres avemarías por matar a Willie y a Evans el panadero. Tres avemarías era una penitencia, no muy grande pero señal de desaprobación. Matar estaba mal, pero no muy mal. Por una muerte te perdonaban completamente. Por dos te reprendían ligeramente. Siempre que no te excedieras de un límite razonable, no tendrías demasiadas complicaciones. Tres avemarías por dos muertes. Tres avemarías por una mentira (la de Dolly). Al principio había mirado a Dolly con considerable curiosidad. ¿Habría matado a alguien también ella? ¿Cuándo había tenido oportunidad? Y, ¿a quién? Era bastante evidente que a Dolly le apetecía librarse de la hermana Filomena, pero la hermana Filomena todavía estaba viva.

Cuando se lo preguntó, negó categóricamente haber matado a nadie. Dijo que había mentido; si no lo hubiera hecho no hubiera salido del confesionario hasta que ella y el padre Donovan se murieran. Vaya bobada. Había que ir por ahí cometiendo pecados para complacer al padre Donovan.

A Dolly no le parecía justo que los horribles crímenes de Zanny fueran tratados con tanta indulgencia. Quizá el hecho de que Zanny fuera tan mona tenía algo que ver. Si ella, Dolly, hubiera hecho tamaña confesión, en aquel momento estaría siendo torturada en un calabozo. Quizá después de todo la hermana Filomena no era un enemigo. Tener que pulirse era un incordio, pero si confesabas tus crímenes con voz melindrosa, como un maldito ruiñón, salías impune. Así pues, en la siguiente visita a la hermana Filomena, se comportó con extraordinaria sumisión.

—Hija mía —dijo la hermana Filomena encantada—, estamos progresando.

Y continuó progresando durante los dos años siguientes. Aparentemente, Dolly pasaba por una niña de clase media. Incluso se inventó una tata que la había cuidado en los años anteriores al parvulario. Los que no conocían su origen la creían. Le divertía referirse a sus padres fallecidos como «mi estimado papá» y «mi queridísima mamá». La abuela Morton era «mi maravillosa abuela, que en paz descanse». Y, después de dos años de silencio, seguramente así era. Dolly todavía pensaba en ella de vez en cuando con aflicción. En momentos de soledad, se abrazaba a la almohada de la cama y enterraba la nariz en ella tratando de conjurar el olor de la abuela Morton, un olor vulgar de sudor y ginebra mezclado con una especie de esencia destilada de afecto. Birmingham había sido real. La mayor parte del tiempo desagradablemente real. La realidad del convento era menos incómoda, pero a veces se lloraba sin saber por qué. Un buen sopapo en la oreja propinado por la abuela Morton o por papá o mamá en aquellos días lejanos era señal de cariño. Quizá cuando te pegaban te odiaban, y tú los odiabas a ellos, pero la emoción también tenía su cara positiva. Aquí te apreciaban, moderadamente, o te despreciaban, con la misma moderación; pero ninguno de esos sentimientos era profundo.

También Zanny estaba atravesando una fase desapasionada.

Nada la perturbaba demasiado. No era capaz de hacer las sumas, pero generalmente podía copiárselas de alguien. Si hubiera estado en la misma clase que Dolly, quizá hubiera sentido celos de la capacidad de esta; pero no es posible arrebatarse el cerebro a su propietario. La cabeza de Dolly y su contenido estaban perfectamente a salvo.

Clare, que había despertado la ira de las monjas por no llevarse a Dolly a casa para las vacaciones, empezó a pensar si sería sensato arriesgarse a tenerla unos días. Pero decidió que mejor era dejarlo. Mantenía la promesa pagando las cuotas del colegio y comprándole ropa y regalos para su cumpleaños y Navidad. Si durante las vacaciones no se hubiera quedado ninguna niña en el convento, se hubiera visto obligada a correr el riesgo, pero no era la única. Las demás tenían razones excelentes, había dado a entender la madre Benedicta en tono de censura. «Yo tengo un motivo más que excelente», pensó Clare. De cualquier modo, seguramente no corría peligro alguno llevándose a las dos niñas de compras por el pueblo cercano; y el gesto apaciguaría a las monjas. Zanny se daría cuenta de que el cariño materno proseguía durante el curso igual que en vacaciones (después de todo, la quería, ¿no?), y Dolly no se sentiría demasiado abandonada. (Lástima que su abuela no hubiera aparecido; pero, aunque apareciera ahora, por ley de vida no sería más que una breve aparición).

La excursión transcurrió sin incidentes, aparte de la alarma antiaérea. Se refugiaron en una librería próxima y Clare les dio dinero para que se compraran un libro cada una. Ambas eligieron un anuario de cine y en un raro momento de complicidad le aseguraron a Clare que a las monjas no les importaría en absoluto. Contenía bonitas fotografías. Tarzán era como una ilustración de historia natural, con todos aquellos árboles. Al ver el torso de Johnny Weismuller, Clare no se dejó engañar, pero le complació ver cómo se reían juntas. Parecía que empezaban a llevarse bien. Además, los libros eran inocentes. Se acordó de Peter, que todavía era menos parecido a Tarzán que Graham. La guerra estaba durando demasiado. Sin duda, Graham la estaría corriendo por ahí. ¿O acaso las matanzas continuas quitaban el apetito? Y, si no quitaban el apetito y no lo podías satisfacer de la manera normal, ¿lo satisfacías de la otra manera? Cuando Johnny regresara a casa,

¿vendría seguido por otro Johnny? No era un pensamiento agradable. Lo apartó de su mente.

Hubiera sido mejor que la hermana Clemence hubiera apartado también de su mente un pensamiento similar referente a sus pupilas. Era una francesa de cuarenta años y cuerpo exuberante que llevaba el hábito con fortaleza más que con entusiasmo. Aborrecía la vigilancia de los dormitorios; sin embargo, la efectuaba con denodado celo, que era como lo hacía todo. En lugar de pasearse por la sala rezando el rosario en voz baja, o murmurando con dulce nostalgia anécdotas de su juventud, muy anterior a Hitler y a la guerra, sus pensamientos no se apartaban del presente. Cumplía su deber al pie de la letra y más. A las nueve apagaba las luces. Cualquiera que se retrasara un poco en el baño o hubiera hecho una visita nocturna al lavabo tenía que volver a la cama como pudiera. No se permitían linternas. Las conversaciones a media voz a través de las divisiones de los compartimientos estaban prohibidas. La ropa tenía que estar bien doblada sobre la silla de al lado de la cama. Se podía tener fotografías de los parientes próximos en el estante que había junto al armario. Las demás fotografías estaban proscritas. Clive Brook y Clark Gable haciendo temporalmente de papá antes de marcharse a la guerra podían engañar a alguna de sus más inocentes compañeras, pero no a la hermana Clarence. Cuando estaba de guardia, las fotografías de las paredes iban a parar debajo del colchón. Las páginas de los libros de Zanny y Dolly, arrancadas y cambiadas por caramelos, pasaban a la clandestinidad como la resistencia francesa y se trasladaban peligrosamente de compartimiento a compartimiento. Puesto que el número de páginas era limitado, las niñas viajaban corriendo un peligro todavía mayor para contemplarlas bajo las mantas de dos en dos. En un mundo carente de hombres, había que proteger a Franchot Tone y Melvyn Douglas de los ojos de la malévola autoridad empujándolos a los pies de la cama cuando la hermana Clemence andaba al acecho. Si eras la visitante, cogías la linterna y tratabas de esconderte mientras la propietaria de la cama fingía estar dormida inocentemente ante sus ojos fisgones. Una vez había pasado, las dos se metían debajo de las sábanas con la linterna y el galán cinematográfico, y el mundo se llenaba de hombres, hombres guapísimos.

¿Qué era una lesbiana?

¿Por qué se ponía histérica la hermana Clemence?

Incluso las mayores pensaban que su reacción ante el crimen rayaba en la paranoia. ¿Para qué las mandaba a ver a *ma mère*? ¿Podían expulsarlas? ¿Por qué? ¿Por hablar en la oscuridad? No se les ocurrió que enseñar las fotos podía arrojar nueva luz a la cuestión.

La hermana Clemence, temblando de emoción, llevó a una docena, en camisón, al despacho de la madre Benedicta y luego fue a buscar a la autoridad superior.

Zanny y Dolly, las más jóvenes, se miraron con los ojos hinchados. ¿Qué pretendía? Estaban contando las fotos que les quedaban y calculando su equivalente en caramelos. Tenían los bolsillos del camisón llenos. Como vendedoras de fotografías, habían subido mucho en la estima de las niñas mayores, y ahora se preparaba una tormenta sobre sus cabezas.

La madre Benedicta llegó hecha una furia y las mandó a todas a la cama. Dijo que ya hablaría con ellas a la mañana siguiente. Era una mujer equilibrada que sabía muy bien que la hermana Clarence no lo era. Si había una explicación, no necesariamente la de la hermana Clarence, ya la desvelarían a la luz del día.

Recibió a las niñas de dos en dos. Parejas lesbianas, las llamaba la hermana Clarence. La madre Benedicta no.

Empezó por las mayores y vio en ellas desconcierto en vez de lujuria. Si habían pecado, no era pecado de la carne. Cuando llegó a Zanny y Dolly, les hizo las preguntas que les había hecho a las otras, pero movida por un sentido de la equidad más que por convicción.

—Zanny y Dolly, estabais juntas en la cama, ¿por qué?

—Para hacernos compañía —dijo Dolly que era la que pensaba más de prisa.

—Y, ¿qué hacíais?

—Nada.

—Contéstame tú, Zanny. ¿Qué hacíais?

—Nada —dijo Zanny repitiendo lo que había oído.

—¿Os tocabais una a otra?

¿Cómo iban a estar las dos metidas en una cama de ochenta centímetros sin tocarse?

—Sí —contestaron al unísono.

—¿Dónde os tocabais?

Ambas supieron instintivamente que no debían haberse tocado. Pero ignoraban por qué.

—Zanny me tocaba el dedo del pie con su dedo del pie dijo Dolly.

—Dolly tenía el brazo izquierdo pegado a mi cuello —explicó Zanny.

—¿No os tocabais en ningún otro sitio?

Del tono de la pregunta dedujeron que era sumamente indeseable haberse tocado en ningún otro sitio. No entendían nada. En esta ocasión ambas respondieron a coro.

—No.

Entonces les explicó severamente que era pecado infringir las normas del colegio. Una de las normas era que una vez estabas en la cama no debías salir de ella. No se podía salir de la cama y meterse en la cama de otra niña por ningún motivo. Cuando se confesaran, debían recordar lo que habían hecho y decírselo al padre Donovan.

Dolly y Zanny llegaron después a la conclusión de que sería más conveniente decirle al padre Donovan que se habían metido juntas en la cama para besarse, porque el beso era el mínimo contacto, y era evidente que el pecado residía en tocarse. Podían guardarse ese pecado en reserva por si les hacía falta la próxima vez que se confesaran.

El sacerdote las escuchó conmovido —todas las demás confesiones carecían de implicación carnal alguna— y les puso como penitencia rezar dos veces el rosario. Que el buen Dios solucionara aquello él mismo, pensó. La cruz de la madre Benedicta era la hermana Clemence, y ahora comenzaba a comprender por qué. Los pecados individuales confesados por monjas y alumnas encajaban como un mosaico y ello permitía contemplar el convento en conjunto. Era normal. Era humano. Se alegraba de que El Que Estaba Allá Arriba fuera el árbitro final. Él, el padre Donovan, como instrumento, con frecuencia se sentía aliviado por poder trasladarle las decisiones a Él. Y había ocasiones, como aquella, en que se las trasladaba sin demora.

Rezar dos rosarios enteros implicaba un pecado de cierta magnitud y una vez más la búsqueda por parte de Zanny de algún

tipo de guía moral topó con un muro. ¿Quién se había inventado todas aquellas penitencias? ¿Tenía el padre Donovan algún libro de referencia? Si le hubiera puesto una almohada en la cabeza a Dolly y se hubiera sentado encima, ¿le hubieran hecho rezar tres avemarías? ¿Cuatro? ¿Cinco? Unos pecados se llamaban mortales y otros veniales. Por los del primer grupo ibas al infierno. Hasta entonces, todos los pecados que había cometido eran veniales, y matar era más venial que la mayoría. Matar no parecía grave. Sin embargo, tocar sí. Sus recuerdos del pequeño Willie y de Evans el panadero se estaban desvaneciendo como una tenue puesta de sol en el suave velo grisáceo del olvido. Dolly, que fingía rezar el rosario, le dio un codazo a Zanny y, regresando a su habla populachera por mero gusto, dijo que todo aquello era una absoluta bobada.

—Nada de esto tiene sentido.

Zanny estuvo de acuerdo.

En aquel momento juró no volver a buscar razones. No había ninguna guía más que tu propia cabeza. El pecado no era sino una gota de mercurio que adoptaba formas distintas y no se podía asir. Más valía olvidar tal concepto. Borrarlo. Vivir. Para ella, sus propias palabras eran más sencillas; y muchas veces ni siquiera recurría a las palabras. Se imaginaba sentada en una playa, desnuda. Brillaba el sol. No había confusión. No había alboroto. Su mente era como el interior de una concha. Una madreperla, rosada y hermosa, criando preciosas perlas.

En 1945, el mismo día en que terminó la guerra, Zanny tuvo la menstruación por primera vez. Repicaron las campanas del convento, así como las del pueblo, se lanzaron serpentinas y todo el mundo se abrazó impunemente. Zanny sintió aquel líquido caliente entre las piernas y dio un alarido llevada de la perplejidad y de cierto grado de miedo a ser mujer. Todo el mundo estaba demasiado contento de que por fin hubieran aplastado a Hitler para darse cuenta. Se aplicó una de las toallitas que le había preparado mamá y se tumbó en la cama a esperar acontecimientos memorables. Resultaba extraño ser mayor (casi tenía once años). Sentía unos horribles retortijones en la barriga y tenía la sensación

de que se estaba desangrando lentamente. Si aquello iba a ocurrirle una vez al mes hasta que tuviera cuarenta años, es que alguien les tenía ojeriza a las mujeres. Se sintió ultrajada por la suprema injusticia que ello representaba. Los hombres también deberían sangrar. Papá pronto volvería a casa. Él no había sangrado nunca. Ni superficialmente ni interiormente. Estaba empezando a olvidarse de cómo era.

Graham, que recordaba a Zanny pequeñita, regordeta y mortífera, quedó encantado con lo que vio. Cuando se estirara un poco, y ya se le estaba formando la cintura, sería una maravilla. Ya no tenía barriguita y debajo de la blusa del colegio se adivinaban unos pechitos como pequeños cuencos al revés. No solo era una belleza potencial sino que también era buena. Las monjas habían hecho maravillas con ella. Llevaba años sin matar a nadie.

A diferencia de muchos compatriotas suyos, a Graham no le resultó difícil volver a integrarse en la vida familiar. Su matrimonio no fracasaría. Se llevó a Clare a la cama con el ansia de un amante nuevo y ella lo recibió entusiasmada. Peter se había convertido en una aburrida rutina. Graham tenía juegos nuevos. «Ya he recibido mi cupo —pensó Clare—. Los días negros han terminado. La vida vuelve, por fin, a ser normal. Incluso lo suficientemente normal para que Dolly pase unos días con nosotros durante las vacaciones de verano. (Solo unos días, no nos precipitemos)».

Graham, que no era muy inteligente, reconocía la extraordinaria inteligencia de Dolly, si bien no la valoraba lo suficiente. Tardó cierto tiempo en acostumbrarse a la metamorfosis que de una niña barriobajera la había convertido en una adolescente educada y perfectamente aceptable. Incluso la llamó Dorothy un par de veces. Era bajita, delgada y desgarbada, nada atractiva. Pero tenía los ojos bonitos, le recordaban el tono pardo de los sombríos oasis del desierto. Las pestañas eran reales (¿cómo no iban a ser reales?); eran las más bonitas que había visto en mucho tiempo. Algún día les sacaría partido.

Sin embargo, no podía compararse con Zanny. Rubia, preciosa y adorable. Tampoco competían por el cariño. Dolly, que a veces actuaba con deliberada torpeza, se aseguraba de ello. Había pasado temporadas de vacaciones en varias casas y sabía adaptarse. En los demás hogares se adaptaba sin esfuerzo. Papá, que era comandante

del cuerpo de Ingenieros Reales, había muerto en El Alamein, uno de los del grupo de Monty. Y cosas por el estilo. De vez en cuando era capitán de submarino y había fallecido en Dunquerque. Mamá, oficial del servicio femenino de la marina —o funcionaría de Inteligencia («lamento no conocer los detalles»)— había fallecido en un bombardeo o la habían fusilado. Sus anfitriones, impresionados o escépticos, eran educados y amables.

Aquí no podía divertirse fingiendo. Aquí solo había un presente contenido. Estaba agradecida de que los padres de Zanny se sintieran suficientemente culpables para pagarle el colegio y ocuparse de sus necesidades. Y era lo bastante sensata para no mencionar la razón, nunca. El estanque había sido cubierto y convertido en un parterre de plantas alpinas. A la abuela Morton tampoco le hubieran gustado. Deberían haber puesto coles.

El jardín del convento, patrióticamente lleno de coles, nabos y patatas, había sido atendido por las propias monjas durante la guerra, principalmente por hermanas seglares que, puesto que carecían de dinero que aportar a la orden, aportaban sus conocimientos domésticos y agrícolas, mientras que sus homologas más ricas y educadas aportaban sus conocimientos académicos y su dinero. El trabajo se ofrecía para gloria de Dios, ya fuera cavar en el campo de remolachas, lavar la ropa, fregar el suelo o enseñar una asignatura obligatoria a las de sexto curso.

Con el fin de la guerra, comenzó a aumentar el número de alumnas del colegio. Tres años después eran ya ochenta. Ahora disponían de dinero suficiente para arreglar la casita del jardinero y emplear a uno a jornada completa. Pasaron varios jardineros, la mayoría excombatientes. Eran todos galeses y no profesaban la religión católica. El convento era un recurso momentáneo. Lo soportaban temporalmente, igual que la madre Benedicta los soportaba a ellos.

Si no hubiera tenido que soportar tanto, no hubiera contratado a Murphy, que, incluso a los velados ojos de la madre Benedicta, era un animal sumamente masculino. Tenía unos treinta años. Era irlandés y católico. Muy apropiado aparte de una cosa: su manifiesta masculinidad. Vestía una vieja camisa de franela y unos pantalones de pana gruesos y sucios. Su cuerpo, fornido y musculoso, destacaba como una promesa de placer.

Agarrándose a un clavo ardiendo, la madre Benedicta le preguntó si estaba casado, o si pensaba casarse pronto. Él le contestó que no lo estaba y, con una cautivadora sonrisa, declaró que naturalmente le había pasado por la cabeza, que no era de esos raros, pero que tampoco tenía ninguna prisa. Si las monjas lo aceptaban aun siendo soltero, cumpliría con sus obligaciones. Incluso criaría conejos, había espacio para poner unas jaulas en el patio de la casita, y, si limpiaba el rincón que quedaba junto al invernadero, podía poner también gallinas y convertirlo en gallinero. Demostraba un enorme entusiasmo. Le faltaba un diente en la parte de arriba, y fue eso más que su entusiasmo lo que ganó a la madre Benedicta. Tenía un defecto. No muy grande. Pero tal vez lo suficiente. Fuera de las horas de trabajo, le hizo saber, debía permanecer dentro de los límites de su casa y su jardín, que disponía de una puerta particular a la carretera. No debía usar la entrada principal del convento ni tomar atajos por la zona de recreo. Ella, por su parte, se ocuparía de que las niñas no lo molestaran. Les prohibiría acercarse al jardín de su casa, y si alguna se acercaba demasiado o lo molestaba, yendo a recoger una pelota, quizá, debía echarlas rápidamente e informarla a ella del incidente.

Él estuvo de acuerdo con todo. El día que había invertido paseando por las calles del pueblecito cercano, al que podía llegar en bicicleta, había advertido suficientes bellezas locales para llevarse felizmente al huerto cuando se le presentara la oportunidad. La madre Desconfiada podía aislarlo como a un leproso y colgar los letreros de «Prohibida la entrada» en los árboles de alrededor de su casa, él no se opondría a nada. Y así mismo se lo dijo, con diferentes palabras.

Los temores de la monja se vieron un poco aliviados y comenzó a tratar sobre el sueldo. No le salía barato. Como tampoco las maestras eventuales que cubrían los huecos mientras el convento madre de Francia no les pudiera mandar más monjas que tuvieran la preparación adecuada, pero salía más barato que contratar a maestras diplomadas. Había tres, Robina Blane, de veintitrés años, natural de Altrincham, que no estaba segura de si quería dedicarse a la enseñanza o no y aquella le parecía buena manera de averiguarlo. Bridget O'Hare

, de diecinueve años de edad, irlandesa de pura cepa, a quien no le importaba probar y había sido contratada como instructora de deportes. Y la señorita Agatha Sheldon-Smythe, que estaba a punto de jubilarse y necesitaba un hogar para ella y sus dos periquitos. Las dos maestras jóvenes compartían una habitación próxima a la enfermería del convento. La señorita Sheldon-Smythe tenía un estudio en la planta baja, cerca de la biblioteca. Aparte de por sus periquitos, tenía una gran estimación por la familia real. Cuando moría un miembro de la realeza, vestía un luto severo durante toda una semana. Cuando se casaban o se celebraba algún aniversario, se ponía un chaleco rojo, blanco y azul y colocaba una bandera en la jaula de los periquitos. Las niñas la apreciaban. Era una excéntrica divertida. Las monjas la toleraban. Al menos conocía los nombres de las especies de gusanos y sabía disecar ranas con rapidez y pulcritud.

Zanny y Dolly, que ahora tenían catorce y quince años, estaban en el último curso y bajo la eficiente supervisión de las monjas, aunque no es que la eficiente supervisión académica sirviera de mucho en el caso de Zanny. El único examen que había aprobado era el de Júnior Oxford, y de chiripa. El vigilante se había dormido y había tenido la suerte de caer junto a una compañera de razonable capacidad y lo suficientemente blanda de corazón para no importarle que le copiaran. En cuanto a Dolly, una educación ineficaz no la hubiera perjudicado gran cosa. Evidentemente, era la alumna más aventajada que había tenido el convento en años. Tenía grandes cualidades. Con el tiempo llegaría a Cambridge y estaban dispuestas a ayudarla a sacar una licenciatura aunque los Moncrief no quisieran. Como propaganda de la eficacia docente del convento, triplicaría el número de matrículas.

El mundo avanzaba hacia una nueva era. Estaba apareciendo la mujer profesional. En la época anterior a la guerra se educaba a las jovencitas para el matrimonio. Si hacia los veinticinco años todavía no habían engatusado a ningún hombre, se ponían al frente de tiendecitas elegantes, de salones de té especializados en bollos caseros, cuidaban de sus parientes ancianos o se metían monjas. La madre Benedicta pensaba que, en general, había mucho que decir en favor de la emancipación. Si podías elegir entre ser erudita o monja y elegías esto último, tu vocación tenía una buena base. En

muchos casos, Dios había ido detrás de un amante reacio o de un examen suspendido. Quizá en el futuro descendería el número de monjas, pero la calidad y el nivel de dedicación sería excelente.

No podía calificarse así la calidad de Robina Blane ni de Bridget O'Hare

. La primera estaba descubriendo que no quería dedicarse a la enseñanza, pero se quedaría durante el verano. A Bridget tampoco le entusiasmaba demasiado la docencia, pero le entusiasmaba Murphy y no se marcharía de allí por nada del mundo mientras estuviera él. Murphy y ella tenían las mismas raíces. Hablaban con el mismo acento sureño. Estaban hechos el uno para el otro.

Murphy sentía idéntica atracción. Una vez había estado a punto de casarse con una chica como ella, con el cabello largo y oscuro, piernas fuertes y caderas redondeadas. Cuando la miraba le parecía sana como el suero de leche y los huevos morenos, con un chorrito de alcohol para no empalagar. Una buena combinación esta Bridget.

Pasaban las tardes juntos en la cocinita de él con las cortinas corridas para aplacar el sol del verano y las miradas curiosas. Hacían el amor con frecuencia, a veces en el sofá de tela de crin (muy incómodo), pero más a menudo en el dormitorio contiguo, sobre un anticuado colchón de plumas (tan cómodo como el abultado seno de la madre Irlanda).

No era de extrañar que Bridget estuviera tan cansada a la hora de entrenar al equipo de baloncesto del último curso. Y, en lo referente al tenis, cuando estaba junto a la red se ponía a soñar despierta y a escuchar cómo cantaban los pájaros mientras las pelotas pasaban veloces por su lado.

También Zanny había empezado a soñar. Su cuerpo, tierra virgen, le mandaba unas pequeñas descargas de emoción que le endurecían los pezones. No sabía qué era, pero le ocurría cuando pensaba en Murphy. En tanto estaba en clase fingiendo escuchar a la hermana Gabrielle, que hablaba de triángulos equiláteros y de un tal Pitágoras, lo veía trabajar en la huerta por la ventana. Los días de calor colgaba la camisa de la rama de un manzano. Tenía la piel tostada y brillante de sudor, como una castaña con gotas de lluvia. El cabello de la cabeza era negro, pero el del pecho era de un marrón de frutos secos. Se humedeció los labios, percibiendo el sabor de Murphy, estremeciéndose por Murphy, y miró a la

hermana Gabrielle con los ojos nublados cuando esta le llamó la atención.

Casi siempre soñaba en la intimidad de su cama. Aquellas noches de verano el sol vespertino tardaba mucho tiempo en desaparecer. La celosía de madera blanca de su compartimiento se volvía de un dorado pálido, un suave ocre, y finalmente de un rosa brillante, antes de que reinara la oscuridad completa. Si bien no le había hablado nunca, mentalmente mantenía conversaciones con él. Murphy le decía que era muy guapa. Sabía que era irlandés, de modo que seguramente usaría palabras de su tierra. Bailaban juntos al son de *Una noche de amor* tocada por una orquesta de cuerda, y luego él le ofrecía un cóctel y la invitaba a cenar. Ahora era rico. La época de jardinero había sido una terapia para superar un desengaño amoroso. Su tío, un rico terrateniente, le había legado su hacienda al morir. En ella había un castillo, una glorieta y un laberinto. Tenía una cama con dosel y condujo suavemente a Zanny hasta ella. Zanny llevaba un camisón rosa con volantes y encima un *negligée* ribeteado con plumas de cisne. Le dijo que tenía los pies rosados como las naricillas de los conejitos de angora que solía criar cuando estaba en el convento, hacía muchísimo tiempo. La despojó de sus ropas y le dijo que tenía el cuerpo blanco como el pelo de los conejitos (o tal vez no se lo dijo; parecería que era peluda y no lo era, al menos más de lo normal y en los lugares apropiados, de modo que era mejor como el alabastro o como la seda blanca), y luego la levantó delicadamente y la depositó sobre la cama.

Entonces Zanny tuvo un orgasmo sin saber lo que era. No le había ocurrido nunca. Primero mordió la sábana y luego se metió un buen trozo en la boca para no gritar. Ser mujer era una cosa extraordinaria. Se puso de lado y se imaginó a Murphy metido en la cama con ella. Le vino a la mente la reprimenda y la penitencia que les habían echado por tocarse, pero se le olvidó rápidamente. Si sin que mediara contacto alguno sentía descargas eléctricas por todo el cuerpo y se le retorcían los dedos de los pies, ¿qué ocurriría si se tocaban? Se echó a temblar ante la perspectiva de averiguarlo. Aquello era, entonces, estar enamorada. ¡Qué felicidad! ¡Ay, Murphy!

A mediados de verano, el convento festejó el centenario de su fundación con la asistencia del obispo, que ofició una misa. Era un hombre grandote y jovial a quien le gustaban los niños y jugó al escondite con las más pequeñas. Cuando llegó la hora de marcharse ordenó que el colegio celebrara un día de fiesta como quisieran las niñas. ¿Les apetecería ir de excursión? Sí. ¿A la playa? Sí, por favor. ¿Con muchos pasteles y bocadillos? Sí, sí, monseñor.

«Mandar así está muy bien —pensó la madre Benedicta de mal humor—, si no eres el que tiene que hacer los pasteles y asegurarte de que el autobús del colegio esté a punto. Ni siquiera puedes convencer al Todopoderoso para que nos conceda buen tiempo». Cada vez que el colegio había hecho una excursión, habían tenido un tiempo de perros.

Aquel año también hizo un tiempo de perros cuando les tocó el turno a los cursos inferiores y medios (no era posible transportar a ochenta niñas a la vez), pero las de los últimos cursos tuvieron más suerte. Si había una extensión de cielo azul lo suficientemente grande para hacerle unos pantalones a un marinero, entonces tenías posibilidades de pasar un buen día. «Hoy será un buen día —pensó Zanny—. No volveremos de mal humor, mojadas y zarrapastrosas». Se preparó el traje de baño, el reglamentario de una sola pieza que no le sentaba bien a nadie, y la toalla grande y se dirigió contenta al autobús.

Murphy estaba sentado al volante.

Era una alegría inesperada. Zanny se sintió de inmediato mucho más contenta. No sabía cómo había ocurrido. Estaba allí sentado con una camisa a cuadros marrones y blancos remangada. Tenía los brazos cubiertos de suave vello desde la muñeca. Los dedos con que sujetaba el volante eran gruesos; las uñas anchas y ribeteadas de negro como corresponde a un honesto trabajador (la hacienda todavía no había llegado). Las uñas se las perdonaba. Le perdonaría cualquier cosa. Se detuvo en el último peldaño del autobús y sintió el ardiente sol en la piel, lo cual resultaba extraño porque era demasiado temprano para que el sol calentara.

Dolly la empujó por detrás, de modo que se vio obligada a avanzar.

—Espero que tenga permiso de conducir —dijo Dolly. Murphy no la impresionaba. Durante su primera infancia había conocido a

muchos hombres como él, en versión de Birmingham. Ahora empezaban a gustarle los refinados, si alguna vez se lo planteaba.

Cuatro monjas eran las acompañantes de la excursión, además de Bridget. Como instructora de deportes, era tarea suya enseñar a nadar a las niñas. No es que ella nadara muy bien, pero había jugado con las pequeñas en la piscina del convento, las había salpicado y les había enseñado a flotar. Los días que salían de excursión era costumbre ir a Coracle Bay, una calita que quedaba a unos treinta kilómetros de distancia. Le habían pedido que acompañara al grupo y estuviera un poco al tanto, como decía la madre Benedicta. La propia madre Benedicta había preferido quedarse. Ya había asistido a las dos primeras excursiones y no deseaba volver a descansar sus artríticos miembros en la arena húmeda. Un recorrido tirando a largo y un período tirando a corto en la playa era lo que había planeado, pero el rato de playa aún no había sido lo suficientemente corto y ya se había hartado. Antes de que saliera el autobús, subió a decirle unas palabras a Murphy.

—Recuerde que es su deber llevar a las niñas hasta la zona elegida, igual que hizo ayer y anteayer, dejar el autocar en un lugar fácilmente accesible para que puedan regresar a él si empieza a llover, y usted no debe regresar al vehículo hasta las cuatro, a no ser que llueva. —No repitió las demás instrucciones: que debía mantenerse apartado del grupo; que podía tomar un refresco en forma de té o café en un bar del pueblo si no tenía suficiente con el termo de café que le habían preparado; que por ningún motivo debía entrar en ninguna de las tabernas ni hoteles. Esperaba que con una vez ya hubiera quedado claro.

Después de haber ido con él en dos ocasiones, no le cabían dudas sobre su habilidad como conductor. Generalmente, era la hermana Sofía la que conducía el autobús del colegio (donado por un coronel retirado, padre de una niña de tercer curso), pues durante la guerra había conducido una ambulancia y sabía lo que se hacía. Pero, desgraciadamente, a la hermana Sofía le había salido un herpes y las demás hermanas que sabían conducir coches no se atrevían con los autocares. Murphy, a quien Bridget había puesto al corriente de la situación —y de lo oportuno de esta—, ofreció sus servicios. Cuando le preguntaron cómo se había enterado, dio una fatua explicación referente a unos pajaritos y salió del apuro dando

a entender apresuradamente que el Todopoderoso se lo había hecho saber. La madre Benedicta lo miró con desconfianza, pero las complicaciones de la dichosa excursión la tenían demasiado alterada para interrogarle más detenidamente.

Murphy se alegró de que aquel día no los acompañara. Los otros dos días, la vieja madre Benedicta —o madre Cotorra— se había pasado todo el trayecto hablando de la belleza del paisaje y de la historia de la zona. Muy aburrido. Hoy las monjas guardaban silencio, gracias a Dios. Una de ellas, que rondaba la sesentena, se durmió con la boca abierta. Ajustó el espejo retrovisor para ver a Bridget, que estaba sentada tres filas más atrás. Sus miradas se cruzaron y ella le guiñó el ojo. Murphy sonrió y tocó la bocina, *pi-pi-piii*. Las niñas se echaron a reír y empezaron a cantar. En aquella excursión no cabía la cultura, solo la diversión.

Estacionó el autobús como siempre cerca de la playa principal y cargó con la cesta más grande carretera arriba hasta la cala que la madre Benedicta había considerado adecuada. Las niñas y las monjas, cargando con lo que podían, le siguieron. Bridget, a una distancia prudente, cerraba la marcha. Vestía un jersey rojo y unos diminutos pantalones cortos azules —al carajo las monjas, ya estaban casi a mitad del siglo xx. Solo faltaban dos años para 1950. Entonó una canción y Murphy, que la oyó, la siguió. Las monjas de más edad, impotentes y avergonzadas, trataban de hacer callar a sus pupilas, que cantaban vigorosamente y se balanceaban a un lado y a otro.

No era exactamente lo que Zanny se había imaginado. ¿Tenía Murphy que hacer el papel del plebeyo con tanto entusiasmo? Quizá sí. Quizá la representación lo exigía. Su voz de barítono la emocionaba, pero echaba un poco a perder su imagen. No lo creía tan alegre. En sus sueños hacía gala de una grave dignidad. Paseaban bajo las palmeras de una playa tropical de arena blanca. Él vestía de esmoquin, con un clavel en el ojal. Antes de acostarse (siempre se acostaban), él traía una botella de champán, enfriada en una cubitera con hielo, al dormitorio. Cuando la descorchaba, el líquido fluía como las cataratas del Niágara y le salpicaba el camisón (de satén turquesa). Él se lo quitaba riendo. Lo que seguía luego solía depender de Zanny.

—Venga, arriba —gritó Murphy. Habían llegado a la cala y

tenían que saltar un pequeño muro y cruzar una resbaladiza extensión de hierba para acceder a ella. Murphy ayudó a todas las monjas a superar el obstáculo. Las de más edad le dieron la mano con expresión de disconformidad. Las jóvenes fingieron disconformidad pero hicieron lo que la situación requería. Las niñas saltaron atléticamente, con la excepción de una rubita que insistió en que la ayudara. Murphy hubiera jurado que al darle la mano le rascó en la palma con el dedo índice. No había duda de que se había sonrojado. Las mejillas se le habían vuelto casi del mismo color que el jersey de Bridget.

Intercambió furtivamente unas palabras con Bridget después de colocar las cestas en la playa y luego se marchó. Disponía de una cestita propia que le había preparado una de las hermanas seglares con una etiqueta en la que se leía «Murphy» atada al asa. Dio cuenta de los bocadillos en la playa principal. Soplaban una brisa marina y solo había unas pocas familias que trataban de protegerse de ella. Todavía no habían dado las vacaciones en los colegios. La madre Benedicta —madre Vigilante— podía haber autorizado a las niñas a instalarse allí, había más espacio y la playa era mejor. Se tumbó boca arriba y dormitó un ratito. El tiempo mejoró un poco.

Dolly también se tumbó boca arriba, aburrida y con frío. Había nadado un rato porque si no las monjas armaban un gran revuelo. De habersele ocurrido con tiempo, podía haber dicho que tenía la regla. Se puso a canturrear para sus adentros. ¿Qué tenía de terapéutico meterse en el mar helado, y luego salir y no poder secarte debidamente? Todavía estaba húmeda. Y tenía los muslos llenos de arena mojada. ¿Por qué no tenía unos muslos bonitos como Zanny? Zanny la Gordi ya no estaba tan gordi. Cuando Zanny se hiciera mayor seguramente sería puta. No era capaz de mucho más y se ganaba bastante. Se imaginó a Zanny prostituyéndose en el West End (no había estado nunca en Londres, pero le parecía que era el barrio adecuado). Zanny cubierta de diamantes en un Rolls Royce blanco.

¿Y ella? Las monjas parecían decididas a mandarla a la universidad tanto si estaba de acuerdo como si no. No es que le importara, pero los padres de Zanny no iban a seguir manteniéndola eternamente. Había veces que no le hubiera importado cambiar su cerebro por los pechos de Zanny.

Intelectualmente, Zanny era una nulidad, pero con su apariencia no importaba demasiado.

Dolly se apoyó en el codo para que ver qué hacía Zanny. Pero no estaba.

Zanny se hallaba sentada en mitad de una ladera cubierta de piedras y guijarros del extremo más alejado de la cala, protegida del viento por el saliente de una roca. Parecía un sitio cómodo y bastante cálido. Le había dicho a la hermana Gabrielle que iba a buscar flores silvestres y que no tardaría. Había recogido unas florecillas y las tenía en el halda. El mar estaba solitario. Había leído un poema sobre la soledad del mar y del cielo. En la playa las niñas estaban sentadas en grupos; unas cuantas jugaban con una pelota. Veía a Dolly leyendo un libro sola. Dolly era capaz de pasarse la vida leyendo en vez de viviendo. Tampoco es que pudiera vivirla mucho con aquella pinta. Bueno, le lanzaba miraditas a papá y papá se las devolvía como un idiota, ¿y qué? Pero para vivir hacía falta algo más que ojos. Probablemente, con el tiempo estudiaría en la universidad y terminaría enseñando triángulos equiláteros y coeficientes de expansión lineal a quien fuera lo suficientemente tonto para escucharla... o se metería monja.

Ser monja debía de ser un infierno, pensó Zanny.

Volvió a mirar a sus compañeras de la playa. Nadie la miraba. No correría ningún riesgo acercándose al pueblo a ver si encontraba a Murphy. Se imaginó la conversación que mantendrían:

—Señor Murphy, me alegro muchísimo de que nos hayamos encontrado. Necesito entrar en el autobús. Es que me he olvidado una cosa dentro.

—Buenas tardes, señorita. Encantado de haberla encontrado. En el autocar me he fijado en usted. Y he investigado un poco. Se llama señorita Moncrief, ¿no es cierto?

—Sí. Y mi nombre de pila es Zanny. Por favor, tutéeme.

—Muchas gracias. Yo me llamo...

No se le ocurría ningún nombre apropiado. Era la primera vez que se quedaba bloqueada. Se llamaba Murphy. El atractivo, atento, sereno, fornido y rebosante de fiera emoción (ahora contenida) Murphy. Debía borrar la última parte del diálogo.

Habían ido al autocar a buscar lo que ella se había dejado. ¿Qué se había dejado? ¿Un pañuelo perfumado? No, demasiado corriente.

¿Un libro de poesía? No, demasiado aburrido. ¿Un condón? ¿Qué era un condón? Lo había oído pero no sabía lo que era. Sin embargo, sonaba bien.

—Pues un condón, señor Murphy, debajo del asiento.

Seguramente, fuera lo que fuera, ya no estaría allí. Él se haría cargo.

Quizá propondría que fueran a tomar una taza de té a aquel café. Quizá en aquel mismo instante estaba en aquel café. Se dirigió a la puerta, la abrió y miró al interior. Había una familia con cuatro niños tomando helados. Murphy no estaba.

Dio un paseo por el pueblo y luego se acercó a las dunas. La arena era gruesa y seca y entró en las sandalias. No soplaban el viento y en las depresiones hacía calor. Era una lástima que la gente tirara pieles de naranja. Era una bahía muy bonita. Un día Murphy y ella regresarían juntos, un regreso nostálgico al lugar donde se conocieron.

—Querida —diría él—, ¿recuerdas aquel día en las dunas? Tenías el cabello como oro líquido, amor mío. ¿Sabes? Entonces me enamoré de ti.

El diálogo se estaba volviendo un poco ampuloso. Los que se imaginaba por las noches eran mucho mejores, mucho más distinguidos. No había usado nunca la palabra amor, simplemente lo daba a entender y la abrazaba.

¿Dónde estaría? Quizá en aquel pequeño promontorio. Estaría sentado contemplando el mar, igual que ella había hecho antes. Si estuviera rodando una película, la cámara pasaría de uno a otro y luego ambos se levantarían lentamente y se aproximarían como en aquella escena tan bonita del cine. Sonaría una melodía... de violín.

¡Maldita arena! No hacía más que quitarse y ponerse las sandalias. Volvió a la carretera hasta que se encontró cerca del promontorio y entonces saltó el muro y encontró un camino que cruzaba las matas de aulaga. Era un lugar alto y azotado por los elementos. En las proximidades, el mar chocaba contra una caleta. Lo oía pero todavía no lo veía.

Vio a Murphy antes que el mar. Había una zona donde las matas estaban quemadas, rodeada por arbustos altos. Sobre la tierra quemada había una toalla blanca del colegio extendida. Sobre la toalla estaba Bridget, desnuda de cintura para abajo. Encima de

Bridget, también desnudo en la misma región, estaba Murphy.

Zanny no había visto nunca el acto, pero sabía de qué iba. Temblorosa por el sobresalto, se arrodilló y se alejó con mucho cuidado hasta adentrarse en una especie de choza fabricada con hierba. Era la madriguera de algún animal, pero a ella le servía muy bien de escondite. No lloró. Aquello iba más allá de las lágrimas. El dolor le había partido el corazón en dos. Se agazapó allí gimoteando.

Murphy y Bridget, demasiado absorbidos en su actividad para que sus oídos estuvieran atentos al mundo exterior, oyeron gimotear a Zanny pero no le prestaron atención. El mar rugía allá abajo y había muchos pájaros y animales; podía ser una gaviota vomitando, o un conejo que le gritara a una comadreja. Que ellos supieran, no había nadie por allí. Antes de hacer el amor habían tenido una buena trifulca. Las tenían a menudo. Era un buen estímulo. En aquella ocasión era por culpa de Charles Parnell. Murphy lo había llamado malnacido por algún motivo que ahora no recordaba. Bridget lo había defendido con furia. La política irlandesa del período de posguerra no era especialmente estimulante, pero siempre se podía recurrir al pasado. Una paz constante no era natural, de la misma manera que tampoco eran naturales unas relaciones totalmente armoniosas y apacibles. Bridget no lo hubiera arañado tan apasionadamente durante el acto si poco antes no lo hubiera abofeteado iracunda.

Murphy, finalmente, se tumbó a su lado sonriente.

Ella le limpió la sangre que le manchaba el hombro con el dedo. Tenía muchas cosas que decirle a aquel hombre, a aquel amante suyo, y muchas otras que ocultarle. Se estaba acercando el momento de elegir. ¿Por qué demonios tenía que ser jardinero de un convento? Ese era su problema, la falta de ambición. ¿Por qué no podía criar conejos y gallinas detrás de una bonita taberna, quizá en la costa occidental? Siempre le había gustado Connemara.

—Eres un buen hombre —le dijo Bridget comparándolo con alguien de quien él no había oído hablar nunca.

—No lo hago nada mal —dijo Murphy modestamente, sin entender de qué hablaba.

Pensó que ojalá pudiera pasar toda la tarde allí con Bridget. Ella también lo pensó, pero la reclamaban otras responsabilidades. Tenía

que volver con las monjas y las niñas. ¿Niñas? Aquellas eran adolescentes que se estremecían en presencia de Murphy como cuerdas de arpa pulsadas con energía.

—Tienes unas manos muy excitantes —le dijo—, pero deberías limpiarte las uñas.

Le gustó el cumplido referente a las manos. Claro que eran excitantes. Sabía usarlas. En cuanto a que tenía las uñas sucias, aún lo estarían más dentro de un momento. Tenía que ajustar una de las ruedas del autobús. Y cuanto antes.

Se puso los pantalones y le dijo a Bridget que esperara diez minutos. De todos modos, necesitaba algún tiempo para arreglarse.

Zanny, desde la madriguera, vio cómo se marchaba. Había oído que decía diez minutos. Tenía poco tiempo. Salió de las matas mareada y con frío. El dolor de la carne y de los huesos le impedía moverse con agilidad como un acceso de decrepitud. Tenía que hacer un esfuerzo para andar. Debía hacer un reconocimiento de la zona para encontrar el lugar apropiado. Así como el arma apropiada. Finalmente, encontró las dos cosas.

Dulce y quejumbrosamente empezó a llamar:

—Señorita

O'Hare

, señorita

O'Hare

.

Bridget levantó la vista asombrada en tanto se abrochaba los pantalones cortos. Parecía que la voz procedía del otro lado de la loma, donde el mar rugía con fuerza. Se agachó, se ató las sandalias y se dirigió hacia allí.

La guapita, Zanny no sé qué, estaba inclinada sobre algo que había sobre la resbaladiza hierba. Se encontraba muy cerca del borde del precipicio.

—Deja eso que tienes ahí y sube inmediatamente —le dijo Bridget autoritariamente. (¿Los habría visto? ¡Maldita niña!).

—No puedo —dijo Zanny con voz quejumbrosa—. Me parece que está agonizando.

—¿Qué es lo que está agonizando?

—Una criatura preciosa. (Willie en el cielo cogiendo manzanas; Evans el panadero ardiendo en un árbol).

—¿Qué? —A pesar de que sabía que no debía, se acercó a mirar.

Al inclinarse, Zanny soltó el pedrusco con fuerza encima de la nuca de Bridget y seguidamente le dio un empujón. Medio aturdida, Bridget retrocedió unos pasos, resbaló, trató de agarrarse al suelo del borde del acantilado y luego echó a volar como un arco iris azul y rojo hasta hundirse en el verde del mar que la esperaba abajo.

No era la muerte más espectacular de las tres. No tenía comparación con la de Evans el panadero, pero para Zanny era la más gratificante. Se quedó un rato sentada contemplando el barranco mientras el mar se arremolinaba como un volante de encaje en torno al largo cabello oscuro de Bridget.

3

AL VER QUE EL AUTOBÚS no llegaba, la madre Benedicta supo que había sucedido algo. Lo primero que se le ocurrió fue que Murphy se habría emborrachado y habrían tenido un accidente. No lo había visto nunca borracho, pero tenía la impresión de que su advertencia de que no se acercara a la tentación no había estado de más. Cuando por fin llegó el autocar al camino de acceso al convento, casi a las nueve y media, salió a su encuentro.

Murphy, detrás del volante, estaba blanco de rabia pero no aparentaba haber bebido. Se había pasado mucho rato buscando a Bridget. Llegó a ver una figura que parecía ella, con jersey rojo y pantalones cortos, subir a una barca de remos con un par de señoritos. En la distancia, alcanzaba a oír sus risas. Uno de los desgraciados la cogía por la cintura. Que lo abandonara tan descaradamente por un maldito pisaverde con un barco hizo explotar la ira irlandesa. Volvió donde lo esperaban las monjas y las niñas y dijo que la había visto y que por él ya podía volver andando. Aunque fuera corriendo detrás del autobús, dijo, con los pies ensangrentados, no se detendría para recogerla. Aunque se había contenido bastante (podía haber sido mucho más expresivo todavía), las monjas se lo tomaron mal. Una de las niñas vomitó allí mismo, en el suelo. Pensó que se iba a desmayar, pero resistió. Era la guapita. Aquella tan atractiva a la que había ayudado a saltar el muro. Una monja limpió el suelo y otra le dio un caramelo. La niña se sentó mordisqueándolo y mirando a Murphy con expresión de horror.

Todo esto llegó a oídos de la madre Benedicta a través de varios miembros del grupo. El mareo de Zanny lo atribuyeron a su sensibilidad. No se imaginaban que las palabras de Murphy habían conjurado a un espíritu trepando ensangrentado por el barranco como Drácula saliendo de la tumba, que echaba a correr detrás del autobús en busca de venganza. La madre Benedicta lo atribuyó a causas físicas —demasiados bocadillos, quizá— y le indicó a Zanny que pasara la noche en la enfermería. Si se iba a marear otra vez, que se mareara allí.

En cuanto a Bridget
O'Hare

, las jovencitas de diecinueve años no se comportaban demasiado sensatamente a no ser que fueran novicias o postulantes —y muchas veces ni aún así— y si lo que quería era pasar la noche fuera, más valía no dar publicidad al asunto. Cuando regresara a la mañana siguiente, ya le daría la orden de movilización. Sería una idiotez llamar a la policía en aquel momento.

Les dijo a las niñas que se fueran a acostar sin hacer ruido para no despertar a las otras ocupantes del dormitorio. Por esta vez podían decir las oraciones silenciosamente en la cama. Si alguien quería tomar un poco de leche, podía servírsela ella misma en el refectorio, con galletas, pero sin retrasarse.

—Espero que pese a todo os hayáis divertido —dijo malhumoradamente.

—Sí, sí, *ma mère* —contestaron a coro sin faltar del todo a la verdad. La excursión había sido memorable; sin embargo, todavía no sabían lo memorable que iba a llegar a ser.

Al ver que eran las once y Bridget todavía no había regresado, la madre Benedicta llamó de mala gana al sargento Thomas de la policía local. Preguntó por él personalmente. Se había ocupado de un caso de vandalismo: la desaparición de bombas y pedales de cuatro bicicletas pertenecientes a las monjas más jóvenes y atléticas. Le gustaba su estilo. No había hecho bromas al respecto. Su subordinado había hecho algún comentario burlón sobre los pedales, mientras que el sargento Thomas se lo había tomado muy en serio. Antes de que transcurriera una hora, ya se encontraba en el convento. En aquella ocasión su gravedad estaba totalmente acorde con lo que tenía que comunicarle.

Sabía que no se pondría histérica. No gritaría. Con todo, tenía que comunicárselo con tacto. No podía soltar la noticia como si tirara una bota vieja. A las monjas no había que tratarlas así.

El cadáver había sido hallado poco después de las siete y media por una vecina que había salido a pasear el perro por los acantilados y miró casualmente hacia abajo. Al principio no pensó que la mancha roja era un cuerpo retenido unos sesenta centímetros debajo de la superficie por una maraña de cabello negro. Cuando finalmente reconoció lo que veían sus ojos informó a su marido, a la guardia costera y a la policía, en este orden. Todos se pusieron en movimiento sin pérdida de tiempo.

La descripción que había circulado era idéntica a la que había hecho la madre Benedicta de la maestra desaparecida. La identificación resultaría fácil. Si no se le hubiera enredado el pelo con las rocas —tenía un cabello fuerte como una sogá— en aquel momento estaría dando tumbos por el mar de Irlanda como un corcho a la deriva. Al mar le gustaba jugar con sus víctimas, pero esta vez le habían ganado la partida. No tenía suficiente fuerza para arrancarla de las rocas. El día anterior no había habido galerna, y tampoco durante la noche. El mar había actuado como una vieja torpe y artrítica.

—Bueno, señora... —dijo el policía con suavidad—, siempre existe la posibilidad de que se ahogara.

—¿Quiere decir que la han encontrado? —Si bien se había llevado un sobresalto, la madre Benedicta hablaba en tono incisivo.

—Quizá, pero quizá no —repuso él con calma—. Hemos encontrado un cuerpo, que parece responder a su descripción. —Le leyó la descripción del informe oficial y la madre Benedicta asintió con la cabeza.

Ambos estaban de pie en el despacho y la monja tenía la mesa a sus espaldas. El culantrillo —siempre tenía culantrillo— le rozó las manos que tenía entrelazadas a su espalda. Si las plantas eran capaces de acariciar, aquella acariciaba. Parecía que una vocecita le decía suavemente: «Tranquila, tranquila... En nombre del Padre, del Hijo...». La voz se desvaneció.

—¿Le apetece una buena taza de té con mucho azúcar? —sugirió Thomas.

No, no, no pensaba desmayarse, la madre superiora del

convento, la dama de hierro, pero en aquel momento necesitaba cierta ayuda. El sargento sabía dónde estaba la campanita y procedió a hacerla sonar. La monja le permitió asumir el mando momentáneamente.

Luego, una vez hubo recuperado el dominio de sí misma, le contó lo que les había dicho Murphy de los marinos y de la barca. Le extrañaba, pero no podía descartarlo. Según sus colegas, era probable que el cuerpo hubiera caído por el acantilado y se hubiera quedado enganchado en las rocas de debajo. Nadie había dicho nada de ningún naufragio. Pero no había habido tiempo de averiguar gran cosa. Decidió cambiar impresiones con Murphy y le preguntó dónde podía encontrarlo.

—Está cumpliendo con su deber —dijo la madre Benedicta enérgicamente—. En el huerto. —Se ofreció a acompañarlo, pero él no quiso. Aunque no sabía dónde estaba el huerto, quería ver a Murphy solo.

Zanny también quería ver a Murphy sola. La hermana Agnes, que era enfermera y se aburría cuidando a las niñas que solo estaban medio enfermas, la había recibido en la enfermería sin mucho entusiasmo. Si tenía el estómago revuelto, lo mejor era que no comiera nada. La mente revuelta, evidente en este caso, debía de estar causada por el estómago revuelto. Zanny se acostó sin cenar y se pasó casi toda la noche en vela. Lentamente fue conformando en su cabeza la explicación racional de que Murphy había visto a otra persona, no el cuerpo de Bridget. Pero ¿por qué estaba tan enfadado? ¿Qué estaba haciendo la otra persona que se parecía a Bridget? ¿Por qué había regresado al autobús hecho una furia? ¿Había encontrado a la otra Bridget haciendo el amor? Si hubiera encontrado a la verdadera Bridget haciendo el amor, ¿la hubiera echado por el acantilado? En tal caso, ¿no había sido una suerte que lo hubiera hecho ella, Zanny, en su lugar?

¿No se alegraría algún día?

Se imaginó junto a él en el futuro, cuando fueran bastante mayores, por lo menos tendrían cincuenta años. Estarían sentados frente al mar en Monte Carlo, ¿o era Cannes? Él tenía un bastón blanco entre las piernas y apoyaba la barbilla en él. Estaba ciego. Se había quedado ciego cuando, como Rochester, le fue temporalmente infiel y al arrepentirse incendió la casa de su amante. Bueno, quizá

no era exactamente así, pero sí algo parecido. En cualquier caso, se había librado de su amante y se había quedado ciego.

—Amor mío —le dijo él—, querida Zanny, siempre has sido demasiado para mí.

—Oh, Murphy —replicaba ella (¿cómo se llamaba?)—. Ay, cariño, si tú supieras... —Entonces le contaría lo de Bridget. El rostro de él se llenaría de alegría al enterarse de que ella también había pecado. Aunque, naturalmente, no usaría esa palabra. Se había quedado muy anticuada en su vocabulario. Pero diría algo como:

—Eres tan humana, amor mío, tan afectuosa, tan apasionada, tan sincera.

Pero no tenía sentido ser sincera todavía. Intentaría actuar discretamente, averiguar cómo se lo estaba tomando. Podía ser que incluso le gustara Bridget, aunque según Dolly los hombres hacían esas cosas con las mujeres como una especie de acción refleja. Lo que Dolly sabía del mundo debía de haberlo aprendido de los libros que leía, o eso o su memoria se remontaba a épocas muy anteriores. En el siglo XVII Dolly hubiera sido vendedora de remedios mágicos para los enfermos de la peste y se hubiera hecho rica. Dolly era una superviviente nata. Al verla mareada en el autobús, le había mirado de un modo muy extraño. Era una pena que sus padres tuvieran que cargar con ella. Casi llevaban diez años cargando con ella.

Entonces Zanny se volvió de lado y se durmió. Las matemáticas siempre ejercían el mismo efecto en ella. Bridget se convirtió en un pulpo que jugueteaba con unas algas verdes en el oscuro mar. Murphy, con los ojos brillantes, lanzó el sedal de una caña de pescar al agua para hacer cosquillas a los inquietos tentáculos. Estos se retorcían, trataban de agarrarse y luego caían lentamente uno a uno. Se hizo una oscuridad total.

Que Zanny viera a Murphy sola era casi tan difícil como que el Papa le concediera una audiencia, o como salir de Alcatraz. Era posible, naturalmente, todo es posible, pero requería un buen plan.

Al sargento Thomas no le resultó nada difícil. Murphy estaba recogiendo patatas. Thomas observó con envidia que era muy musculoso. La azada que manejaba pesaba lo suyo. Las patatas también pesaban lo suyo. Él mismo criaba un par de variedades. Las que recogía Murphy eran blancas.

—¿De qué clase son? —preguntó.

Murphy, que no lo había oído llegar, se volvió sorprendido. No estaba pensando en el nombre de las patatas y le costó reaccionar. Además, no sabía cómo se llamaban. Él enterraba los tubérculos, estos crecían, los cogía y las monjas los cocinaban.

—A mí me gustan los nabos —continuó el policía, afable—. Me han dicho que vio a Bridget

O'Hare

con unos hombres, ¿eh?

Murphy dejó la azada. Durante la noche los nervios habían crecido como una planta aquejada de una plaga.

Thomas no vestía uniforme, pero los policías tenían un olor especial. Muy antiséptico. Había que tocarlos con guantes de goma. Había que ser educado.

—Sí, señorr —dijo exagerando las erres, nervioso.

—Ha muerto. —Thomas soltó la información como una bomba nazi y esperó con curiosidad a ver el alcance de su efecto, si es que tenía alguno.

Los sobresaltos tienden a dejarlo a uno inmóvil, como un paño de éter sobre la boca. La piel de Murphy palideció y unos minutos después se enrojeció. Fue a sentarse sobre el muro que separaba el huerto de su casita.

—¿Qué le hicieron?, ¿ahogarla? —preguntó. (Quizá hicieron el amor en la barca y esta volcó). Se clavó la uña del dedo gordo derecho en la yema del izquierdo para ver si sentía algo. Nada.

«Un tipo con dominio», pensó Thomas, a quien se le había escapado la palidez y el sonrojo y solo había oído la voz, totalmente uniforme.

—¿Qué le hace pensar que esa pobre chica se ahogó? —preguntó amablemente.

Murphy estaba empezando a recuperar los sentidos. Le dio un puntapié a una mata de hierba que había en la base del muro y luego la arrancó con la puntera de la bota. Debieron de volcar, los muy inútiles. Debería haber impedido que se hicieran a la mar. Tenía que habérmeles acercado y haberles aplastado los cojones.

El policía galés lo miraba con bastante intensidad. La usual afinidad entre los galeses y los irlandeses se desvaneció en la mirada. Murphy, tratando de recuperar el equilibrio emocional, dijo

lo primero que se le vino a la cabeza.

—Hierbas para los periquitos de la señorita Sheldon-Smythe.

—¿Cómo? —dijo Thomas sorprendido.

Murphy cogió unas raíces, les quitó la tierra y las colocó sobre el muro, junto a él. Bridget le había dicho que tenía las uñas sucias de tierra. Las uñas de ella eran como avellanas, esmaltadas de un brillante rojo oscuro. Con los suaves dedos blancos le había limpiado la sangre después de hacer el amor. Le gustaba esa manera anticuada de describirlo. Amor. Un olor a aulagas quemadas. Una toalla blanca.

Thomas se apoyó en el muro junto a él.

—¿Por qué ahogada? —volvió a preguntar.

—Salieron a la mar en barca, ¿no? —inquirió Murphy.

—No lo sé. ¿Los vio usted subir a una barca?

—Sí, estaban subiendo a una barca.

—¿No los vio usted hacerse a la mar?

—No. —Estaba demasiado furioso. Supuso que iban a salir a la mar—. ¿Trata usted de decirme, señor —preguntó, manteniendo todavía la calma superficialmente con una cortesía exagerada—, que no se ahogó?

Thomas cogió una raíz. ¿Eso comían los pájaros?

—Sí, sí —dijo—, se ahogó la pobre chica. Quiero decir que le entró agua en los pulmones. Pero podía estar ya inconsciente cuando eso ocurrió, no sé si me entiende.

—¿Quiere decir que la asesinaron? —Murphy estaba horrorizado.

—No, no —lo tranquilizó Thomas—. No necesariamente, no necesariamente. La encontraron en el fondo de un precipicio sumergida en el agua. La hierba del borde del acantilado estaba muy resbaladiza. Quizá se acercó demasiado. Cayó boca abajo y el cabello se le enredó en las rocas. Hay muchas posibilidades, claro está. ¿Cuántos hombres vio usted?

Murphy no oyó la pregunta. Tenía la cabeza como la caldera de una bruja. Le bullía, le burbujeaba, le hervía, le lanzaba inmundos trozos de carroña. Pero luego se aplacó.

Thomas le repitió la pregunta.

—No sé. Dos, quizá tres.

—¿Qué hacían?

—Uno la tenía cogida.

En aquella ocasión Thomas advirtió parte de la emoción que flotaba en la caldera y la examinó de cerca. Bueno, no era de extrañar. Se le ocurrió que Murphy podía ser el más apropiado para identificarla —una identificación preliminar— antes de informar a sus padres. Naturalmente, ellos la identificarían de forma oficial. La madre Benedicta se había ofrecido a acompañarlo. Podía ir y quedarse en el coche; si resultaba que no era Bridget, no tendría que someterse a ninguna prueba innecesaria. A partir de entonces la investigación subiría un poco de rango. Como sargento, no tenía mucha autoridad.

Le comunicó sus pensamientos a Murphy.

—Si mis superiores dan su conformidad, y la madre Benedicta está de acuerdo, ¿estaría usted dispuesto a ir al depósito a identificarla?

Sí, dijo Murphy, estaría dispuesto. Tendría que cambiarse antes. Tenía un traje azul marino de sarga, ¿sería adecuado?

Thomas le dijo que en tales circunstancias no era necesario ir de etiqueta. Con unas botas limpias y unos pantalones sin barro bastaba.

Murphy se dirigió a su casita para prepararse por si acaso. Abrió el grifo del agua caliente pero no salía lo suficientemente caliente, de modo que puso agua al fuego en una olla. Cuando empezó a hervir no se acordaba de para qué la necesitaba. Cogió la olla y tiró el agua. El vapor le envolvió el rostro y le entró en los ojos. Cuando Bridget y él se bañaban hacían falta cuatro ollas para que el agua del barreño estuviera algo más que tibia. Ella se burlaba de su jabón de azufre.

Se plantó en mitad de la cocina y echó la cabeza hacia atrás. Todo el dolor que se agitaba en su interior salió en forma de un potente rugido.

Thomas, que se dirigía al convento, oyó algo que parecía un animal atrapado. Por allí no podía haber trampas; eran muy bonitos aquellos jardines, y muy civilizados. Debía de habérselo parecido.

—Ya es hora de que tú y yo, los dos, olvidemos lo que debíamos haber olvidado hace mucho tiempo —le dijo Graham a Clare.

Estaban sentados ante el desayuno. Pero no estaban desayunando. Los huevos y el beicon se estaban congelando en el plato. El periódico matutino yacía en el suelo.

—Ya es hora de borrarlos de la cabeza.

Desde el fin de la guerra había conseguido borrarse muchas cosas de la cabeza. Había limpiado la mayoría de las desagradables cintas que habían pasado por el magnetófono durante los últimos años. Aquella cinta en particular, la cinta de Zanny, había perdido cierta nitidez, pero se resistía a ser destruida. Estaba en la parte de atrás del cajón, casi olvidada, y ahora había aparecido de nuevo, más potente y más clara que nunca.

Había surgido de un párrafo del semanario local.

«Trágica muerte de joven maestra de escuela», rezaba la cabecera con grandes letras negras. Y debajo, más pequeño, se leía: «Durante una excursión del colegio falleció trágicamente la señorita Bridget

O'Hare

(de diecinueve años), maestra del convento de la localidad. Acompañaba a las niñas del último curso en una excursión a Coracle Bay. Parece ser que después de pasar un rato en la playa fue a dar un paseo por el acantilado, a poca distancia del lugar de la merienda. A la mañana siguiente se encontró su cuerpo en una hondonada de la base del precipicio. Se está efectuando la autopsia. Expresamos nuestra condolencia a sus padres y a la madre superiora del convento».

—Zanny —señaló Graham agarrándose a un clavo ardiendo— no es del último curso. Solo tiene catorce años.

—El último curso empieza a los catorce años. Zanny ha pasado de curso automáticamente. Aunque no hubiera aprobado el examen, que sí lo aprobó, hubiera pasado. ¿Te piensas comer el beicon?

—No.

—Yo tampoco.

Clare se llevó los platos a la cocina y preparó la cafetera. Pensó que ojalá dejaran de temblarle las manos y que ojalá Graham dejara de intentar consolarla con palabras mientras con los ojos le suplicaba que lo consolara a él. Ya había cumplido los cuarenta, y se le notaba. Aquella mañana estaba más viejo.

Poco antes habían discutido por culpa de la contracepción. Clare

ya tenía treinta y seis años, dijo él, y pronto se le pasaría la edad de tener hijos. Retrasar más las cosas sería peligroso. ¡Peligroso! ¡Eso sí que tenía gracia!

—Si tuviéramos un hijo —dijo ella regresando con el café así como a la causa original de la discusión—, probablemente tendría dos cabezas con cuernos.

—Zanny es una niña absolutamente normal. —¿Por qué tenía Clare que exagerarlo todo? Ojalá pudiera creer que Zanny era una niña absolutamente normal. La mayor parte del tiempo lo creía. La mayor parte del tiempo era una delicia. Estaba orgulllosísimo de ella. La mayor parte del tiempo.

—Qué suerte que hoy es sábado —dijo ella.

—¿Por qué?

—No tienes que ir al despacho.

Aunque era un eficaz contable, prefería los días festivos.

Pero ¿para qué manifestar lo que es evidente? No obstante, la observación de Clare no era tan banal como parecía.

—Podríamos ir a verla —dijo echándose un edulcorante en el café.

—¿A ver a Zanny? ¿Para qué?

—Pues... para hacerle una visita.

—Estamos a mitad de curso. No podemos hacerle una visita sin motivo.

—No sería la primera vez que lo hago. Cuando tú estabas en África me las llevé a las dos de compras.

—¿Por qué?

No recordaba por qué. Pero recordaba el ataque aéreo, y la librería.

—Para que no se añoraran, supongo.

—Entonces eran muy pequeñas. Ahora ya son unas mujercitas... casi. Si viviéramos muy lejos podríamos entrar un momento de pasada hacia otro sitio. Pero viviendo tan cerca no podemos poner esa excusa. A no ser que tengas algo importante que decirles.

(Como: Zanny, ¿mataste a la señorita Bridget O'Hare

?). Ambos se hicieron la pregunta mentalmente.

—Siempre podemos recurrir al piano —dijo Clare.

—¿Cómo? —¿No la estaría trastornando la angustia?

—Ya sabes que cuando vendí el viejo juré que no volvería a tener nunca piano, que ocupaba demasiado espacio —dijo a la vez que se le iluminaba el rostro—. Zanny no lo tocaba nunca, pero aun así armó un gran revuelo. Podríamos comprar otro.

Él no lo entendía. ¿Qué tenía que ver todo aquello con ir a ver a Zanny?

—Es un buen motivo para ir a verla —explicó Clare—. Podemos ir al convento a preguntarle si le gustaría que le regaláramos un piano nuevo para su decimoquinto cumpleaños, que es el mes que viene. Decimos que nos han ofrecido uno. De segunda mano, pero caro. No queremos comprarlo si no lo va a usar.

—¿Un piano? ¿No podría ser un violín, una flauta, una armónica? ¡Por Dios! ¡Un piano!

—Tiene que ser algo caro para que la visita tenga sentido. Lo entiendes, ¿no? Si se te ocurre una excusa mejor, dímelo.

La madre Benedicta, muy apesadumbrada por los sucesos recientes, los recibió educadamente. Era un asunto relacionado con un piano y con la afición musical de Zanny. Cuando los niños eran académicamente flojos, muchas veces los padres trataban de hallar una compensación por otro lado. No estaba mal. Esperaba que Zanny dijera que sí al piano. Desde luego, representaba un desembolso importante, aun siendo de segunda mano. ¿Irían los Moncrief un poco justos ahora? Esperaba que no, por el bien de Dolly. Le agradó que también quisieran ver a Dolly. Nunca había comprendido por qué no le habían cogido más cariño. El cuento de los celos estaba bastante lejos ya. No es que fueran amigas inseparables, pero nunca había advertido una hostilidad manifiesta. Dolly debería pasar las vacaciones con Zanny en casa de los Moncrief. Otras familias la invitaban a pasar temporadas con ellos de buen grado. Era una muchacha agradable e inteligente. No menos que Zanny.

Ojalá Bridget
O'Hare

hubiera sido tan inteligente.

—Lamentamos muchísimo lo de la profesora —dijo Graham, quizá con más sentimiento del necesario.

—La voluntad de Dios —dijo la madre Benedicta, sin acabar de creérselo; pero era una buena frase que no comprometía. La mejor manera de tratar con la muerte. No deseaba hablar del tema.

—Un terrible accidente —tanteó Clare temerosa.

—Voy a mandar llamar a las dos niñas —dijo la madre Benedicta—. Y que les traigan el té y unas pastas a los cuatro. Disculpen que no me quede a disfrutar de tan agradable compañía, pero mis obligaciones me reclaman.

Los señores

O'Hare

necesitaban consuelo. Estaban en la sala de visitas y se encontraban como se encontrarían todos los padres en circunstancias tan tremendas.

—Si todos los problemas fueran como ese —dijo al salir—, comprar o no comprar un piano...

«¿Qué insinúa? —pensó Clare—. La muy sarcástica. Quizá nos amenaza con otros problemas mayores».

A Zanny, como a la madre Benedicta, le extrañó el motivo de la presencia de sus padres. Le dio un beso a su madre y abrazó y besó a su padre. Dolly, prudentemente, les dio la mano y levantó el rostro para que la besaran. No devolvió los besos. Cuando Graham le estrechó la mano, la dejó muerta.

Ahora vivía en una vigilada celda de autoprotección. A veces la situación la divertía, a veces la desconcertaba. Sin embargo, en conjunto, pensaba que era soportable. A ella no le cabía duda alguna sobre el motivo de la visita de los Moncrief. Cada mañana el repartidor dejaba los periódicos en el vestíbulo para que los recogieran los suscriptores y era muy fácil echarles una mirada antes de que se los llevaran.

Estaban en el despacho; era como una escena de cualquier novela de Jane Austen. La conversación se desarrollaba dentro de las normas de cortesía.

—Te veo un poco pálida, Zanny, cariño. ¿Estás segura de que tomas bastante zumo de naranja por las mañanas?

—Estoy perfectamente, mamá.

—Tú seguro que lo tomas, ¿verdad, Dolly? Tienes un aspecto estupendo, querida. Desde la última vez que te vi has crecido por lo menos dos centímetros.

El señor Moncrief (siempre pensaba en él como Graham) intervenía con tontas ocurrencias sobre lo contentos que estarían los chicos de la zona cuando las dos preciosidades salieran del colegio.

«Dentro de un momento —pensó Dolly— tomaremos el té. Colocarán la bandeja sobre el escritorio, una vez la madre Bernardette haya apartado la planta. Nos pondrán canapés de paté de pollo y un pastel pegajoso con cerezas y pasas de Corinto».

Tenía razón en todo.

«Y ahora —pensó—, después de quitarse delicadamente una miga del labio, los Moncrief entrarán en materia». No podía evitar tenerles un poco de lástima. Eran bastante simpáticos, sobre todo Graham.

—Bueno —dijo Clare con cierta desesperación—, entonces lo del piano está decidido. Estás segura de que lo quieres, ¿no?

—Sí, bueno —dijo Zanny. Se preguntó si Murphy sería aficionado a la música. A los irlandeses se les daba bien el violín, ¿verdad? Tocaban gigas. Murphy tenía sentido del humor. De vez en cuando se olvidaba de la dignidad. Quizá tocaría alguna tonadilla alegre; pero lo que más tocaría serían canciones lentas y tristes como *The Londonderry Air*. «*Oh, Danny Boy, the pipes, the pipes are calling*». Cantaría con esa preciosa voz de barítono que tenía y a ella se le saltarían las lágrimas... como ahora.

Mamá parecía muy preocupada.

—Zanny, ¿te ocurre algo?

—Claro que no. —¿Por qué tenía que interrumpir su sueño precisamente entonces? El único lugar en que se podía soñar despierta tranquilamente sin que te interrumpieran era en la cama, y allí casi siempre acababas durmiéndote.

—Después de la excursión se puso mala —dijo Dolly—. Se mareó en el autobús.

Un comentario inocente. Un pequeño crujido como un trueno lejano. Una inofensiva polvareda a los pies de Zanny; una bala bien dirigida. Un aviso. Sin sangre. Todavía.

Zanny miró a Dolly y luego miró a sus padres.

—La comida que ponen aquí para las excursiones no es tan buena como la que pones tú, mamá —dijo con calma—. Me parece que el paté de pollo estaba pasado.

—¿Por eso te marchaste, al poco de que se marchara la señorita

O'Hare

, porque no te encontrabas bien?

El sable de Dolly, que finalmente había desenvainado, relucía al sol de la tarde. Le pasó la bandeja de pastas a Clare. Clare, petrificada, negó con la cabeza.

Graham, que ya tenía una, cogió otra. No sabía en qué clase de terreno selvático se estaba adentrando, pero sin duda era selvático.

Zanny respondió a la pregunta de Dolly entrecerrando un poco los ojos. Así pues, ¿la dormilona ya no estaba dormida? ¿Cuánto tiempo llevaba despierta? ¿Cuánto había visto?

—Me fui a coger unas flores. No me encontré mal hasta que subimos todas al autobús para regresar.

—Ah, sí —dijo Dolly alegremente—, me acuerdo de que Murphy estaba rabioso porque no había encontrado a Bridget

O'Hare

, ¿verdad? Dijo que por él que volviera andando. Y entonces tú te pusiste mala.

—Dijo que la había visto —señaló Zanny—, acuérdate.

Dolly tomó un sorbito de té educadamente.

—Sí, claro. ¿Cómo no la iba a ver? ¿Qué tiene de raro que la viera? Quiero decir que ¿qué sentido tiene hablar de eso ahora?

Zanny buscó alguna respuesta pero no encontró ninguna. Todo el mundo, excepto Dolly, dejó de comer. Dolly, con un apetito voraz y entusiasmadísima, vio su futuro dibujado clara y minuciosamente. Una vida dedicada a la enseñanza podía resultar aburrida, pero también emocionante. Veía su oportunidad. Ahora era el momento de poner los cimientos, ladrillo a ladrillo.

—Fue una excursión muy desafortunada —empezó a contarles a Graham y Clare—. Bridget

O'Hare

murió. Murphy, que es el jardinero pero aquel día conducía el autocar, estaba tan furioso porque no había regresado que a la vuelta llevaba el autobús como un loco. Zanny se puso malísima. Nosotras no supimos que Bridget había muerto hasta el día siguiente. Murphy dijo que la había visto, pero debió de ver a otra persona. Supongo que algún día se sabrá lo que ocurrió de verdad. Este pastel no está nada mal, y las cerezas son muy jugosas.

Graham dejó su plato sobre la mesa. Si Clare tenía el estómago

como él, no les iría mal un *whisky*. No se atrevió a mirarla, y tampoco miró a Zanny. En una ocasión había asistido a un juicio, acusado de una pequeña infracción de circulación. No había juez ni abogados, solamente una serie de jueces de paz. Ahora, en presencia de Dolly, comenzaba a intuir cómo sería el ambiente de un tribunal criminal. Sus miradas se cruzaron brevemente. ¿Cuándo había perdido su aire campechano y bromista? ¿En qué se había convertido, por el amor de Dios? ¿Qué quería de ellos?

—La madre Benedicta —prosiguió Dolly captando telepáticamente los pensamientos de Graham— está empeñada en que aprenda griego. No está en el programa. El latín sí, claro, y dicen que se me da muy bien.

—¿Quieres decir —dijo Graham siguiéndole la corriente— que podrían darte clases de griego aparte?

Dolly le sonrió.

—No quiero abusar.

—No es ningún abuso; claro que puedes estudiar griego.

—Son ustedes muy buenos conmigo. Hay una pequeña posibilidad de que me admitan en la universidad.

—Sería estupendo, Dolly, ¿verdad, Clare?

Clare asintió sin decir palabra. ¿Así que Zanny había cometido otro asesinato? ¿Por qué no estaba bien visto echar a las crías del nido? ¿Por qué no podía uno renegar de su responsabilidad? Delatarla. Dejar de chantajear a Dolly. La maquiavélica Dolly. «¿Cómo no nos habíamos dado cuenta de que tenías tendencias maquiavélicas, Dolly? ¿Por qué tenemos que ser tan cariñosos, tan buenos, tan conscientes Graham y yo? ¿Por qué tenemos que seguir fingiendo?». ».

Abrió el bolso y sacó dos frasquitos de vitaminas. Ya que los había llevado, más valía que se los diera.

—Son buenas para los dientes —dijo.

Murphy no podía quitarse de la nariz el olor del depósito de cadáveres. Habían transcurrido ya tres días desde la identificación y todavía conservaba el regusto del lugar. Lo tenía en el paladar, en la membrana pituitaria... en todas partes. Bridget no parecía Bridget, pero lo era. No la había visto nunca en reposo. Muerta parecía casi

presumida. «Ahora ya no me coges —parecía decir—. Te quise un poquitito. ¿Te acuerdas de las espinas de aulaga?». Casi le había dado una bofetada para que abriera los malditos ojos. Para que le permitiera ver la sonrisa que ocultaba detrás. El empleado del depósito, o alguien por el estilo, le había atado un paño en la frente, donde tenía el golpe. Y decían que también tenía una herida en la nuca, pero no se le veía porque estaba boca arriba. Una vez Murphy la hubo reconocido, entró la madre Benedicta para confirmarlo. La vieja permaneció inmóvil junto al féretro, o como se llamara, le echó una rápida mirada y sacó el rosario. Tenía el rostro tan pálido como Bridget: dos máscaras frías, una hermosa, la otra no. Mientras ella rezaba, Murphy se dirigió al otro extremo de la habitación. Los pies de Bridget asomaban por debajo de la sábana. Unos piecitos preciosos. Muy limpios. Muy fríos. Con las uñas pintadas, algo desconchadas. Él había tenido aquellos pies entre las manos, para calentárselos. La madre Benedicta se hizo viva como Lucifer cayendo del Cielo y le gritó que no la tocara. Le había dado un pellizquito, como para tranquilizarla, en los pies, pero luego retrocedió. «Adiós, Bridget. Es increíble, pero cierto».

Los policías acompañaron a la madre Benedicta al convento.

Él se fue a la taberna.

Desde que había ocurrido la desgracia, había ido a la taberna cada día, pero todavía continuaba percibiendo el olor del depósito de cadáveres a través de los efluvios del alcohol, de modo que seguía bebiendo, bebiendo, bebiendo.

—No puedes ir a verlo —dijo Dolly—. Si te cogen, te expulsarán.

—Y a ti también —dijo Zanny. No le importaba que la echaran. Resultaría desagradable y molesto, pero lo único trágico de ser expulsada sería que no volvería a ver a Murphy. La mandarían a otro colegio, quizá a muchos kilómetros de distancia, por lo tanto, era esencial ir a verlo sin que nadie se enterara. Y para ello necesitaba la ayuda de Dolly. Tendría que ir de noche, cuando la monja de guardia ya se hubiera dormido. La única manera segura de salir del convento era por la escalera de incendios, a la cual se accedía desde el rellano, entre el dormitorio y los cuartos de baño. Por las noches la puerta que daba a la escalera tenía el cerrojo echado. No había más que descorrerlo, pero si alguien se daba cuenta lo volvería a echar y no podría regresar. Así pues, era

necesario que Dolly estuviera al tanto para que nadie corriera el pestillo. Los lavabos estaban junto a los cuartos de baño. Aproximadamente una hora después de que se marchara, Dolly debía hacer un viaje nocturno al lavabo, mejor varios viajes, y comprobar que el cerrojo estuviera descorrido cada vez.

—Si no lo haces —le dijo— y me cogen, ya te puedes despedir de Cambridge.

Después de la debida consideración, Dolly accedió a regañadientes. Las monjas le tenían un cariño especial. Hacía muchos años que la cuidaban maternalmente. Casi la habían creado. Ella constituía su ejemplo más brillante de lo que se podía hacer de una niñita barriobajera que tuviera la suficiente inteligencia para permitir que el proceso de refinamiento valiera la pena. Si Zanny se marchaba, los Moncrief se llevarían también a Dolly. Y en otra escuela no se tomarían el mismo interés por ella.

—Yo creo que estás loca —le dijo a Zanny.

En aquel preciso instante no estaba pensando en la tendencia homicida de Zanny. Luego, al reflexionar, todavía no podía identificar los asesinatos a sangre fría por parte de Zanny de aquellos que se interponían en su camino con la locura. Zanny era consciente de lo que hacía en cada momento, y no le importaba.

—No es ninguna locura ir a decirle a Murphy que siento lo de Bridget.

—Entonces, ¿vas a decirle que tú...? —Dolly no terminó la frase. La muerte del pequeño Willie era un secreto compartido, igual que la de Evans el panadero, pero con el paso del tiempo Dolly había aprendido a ser más discreta. Había cosas que no se decían. Ni siquiera *sotto voce*. Debía darlo a entender porque lo sabía, y era conveniente que Zanny supiera que la tenía bajo la férula. Pero al mismo tiempo debía procurar no salir trasquilada.

Así pues, había que seguir el juego, con precaución.

—Quiero decir —explicó Zanny fría y claramente— que lamento que Bridget se despeñara y muriera. Voy a darle el pésame.

Desde luego, era el colmo del descaro, pensó Dolly. Se lo imaginaba como si lo estuviera viendo.

«Lamento muchísimo haberme cargado a Bridget, señor Murphy, pero aquí me tiene a mí para sustituirla».

—El pésame no se da a las once de la noche o más —le dijo a

Zanny—. Pensará que a lo que vas es a otra cosa.

Zanny pensó que probablemente sería así, pero que se comportaría como un caballero. Comenzó a representar mentalmente la escena.

—Qué agradable sorpresa —diría cuando abriera la puerta—, queridísima Zanny. Cuánto me alegro de verte. Qué maravillosa sorpresa. Pero... ¿por qué tan tarde?

Entonces le explicaría la divertida actitud de desconfianza de las monjas y se reirían juntos. Él le pediría que entrara.

—Son una raza aparte —diría él— estas religiosas, *les religieuses* —(su francés sería mucho mejor que el de ella)—, están como envueltas en gelatina, ¿no te parece? Agarrotadas por los convencionalismos. Paralizadas por el entumecimiento moral. —(Qué agudo era aquel Murphy).

Después de invitarla a entrar le prepararía un café buenísimo. Se sentarían a ambos lados de la pequeña chimenea y él contemplaría las llamas con tristeza. Ella le tocaría entonces la mano suavemente y le expresaría su condolencia.

—Ah, Bridget —diría él—, una chica alocada, Bridget. Caprichosa, exigente, con un enorme apetito sexual. —Entonces la miraría de soslayo—. Mi pequeña Zanny, ¿te escandalizo?

Ella le aseguraría que no.

Lo principal era que no le importaba mucho que Bridget hubiera muerto. Aunque, naturalmente, sería demasiado educado para decirlo. No obstante, quedaría implícito.

Y después... bueno, después...

Dolly se interpuso en sus pensamientos.

—Dicen que hay unos días del mes que no son peligrosos, pero no me acuerdo de cuándo es, y hay otra cosa que se llama coito interrumpido, o algo así, que quiere decir que te paras antes de que pase. Por el amor de Dios, ten cuidado.

Zanny no sabía de qué hablaba.

—Como te quedes preñada —dijo Dolly convencida de que se trataba de un caso en que era imprescindible hablar claro—, irás a la calle, y yo también.

—¡En momentos de tensión eres tan vulgar! —le contestó Zanny.

Y entonces, como les ocurría algunas veces, sintieron una extraña afinidad y se echaron a reír.

A las once estaba lloviendo; una fina llovizna descendía del cielo gris. Zanny, enfundada en la gabardina, que se había llevado furtivamente al dormitorio, se abrió paso silenciosa y cautamente por el jardín. Las monjas se acostaban temprano y se levantaban a las seis. En la ventana de la señorita Sheldon-Smythe había luz; probablemente estaría hablando con los periquitos. Era la única luz del edificio. «Pobre señorita Sheldon-Smythe —pensó Zanny—, pobre vieja excéntrica amante de los periquitos. ¿Te imaginas pasar los últimos años de tu vida en un lugar así? Pobre solterona marchita, acabada, diseccionadora de lombrices. Mi camino —siguió pensando Zanny escogiendo bien dónde ponía los pies entre las matas de casis que bordeaban el sendero de acceso a la casita de Murphy— es como la Vía Láctea, rebosante de estrellas».

Pero hacía frío y humedad. Y todo estaba embarrado. Las gallinas dormidas parecían recién nacidos con pesadillas. ¿Recién nacidos? Coito... ¿qué más? El corazón empezaba a latirle con fuerza.

Murphy, desde las profundidades de su propia pesadilla etílica que seguía la embriaguez oyó que llamaban a la puerta y le pareció que le clavaban las uñas en el cráneo. Lo retenían en actitud de crucifixión contra una enorme puerta que daba a una bodega. Ya tenía las manos y los pies clavados y ahora le estaban clavando la cabeza. Las escaleras de la bodega terminaban en un depósito de cerveza, y el nivel del depósito ascendía lentamente. Emitía humos, visibles como la neblina de un pantano irlandés. Que aquella cerveza emitiera efluvios de *whisky* era un misterio que le resultaba difícil resolver. Movió la cabeza ligeramente sobre la almohada y gimíó de dolor. Si por lo menos ese hijo de puta dejara de martillear.

—Maldito cabrón hijo de puta —rezongó.

Zanny, descubriendo que la puerta no estaba cerrada con llave, la abrió y entró. En la cocina reinaba la oscuridad y tardó un poco en dar con el interruptor.

La luz de la cocina penetró en el dormitorio como un metal fundido. Y ahora aquellos cerdos querían quemarlo. Murphy se revolvió en la cama contorsionándose.

Zanny había visto a su padre algo achispado. Se le notaba en los ojos y un poco en la manera de hablar. Graham, ebrio, se volvía

majestuoso. Andaba con una gracia lenta y cuidada. Despedía un ligero olor dulzón.

Murphy espatarrado bajo las sábanas revueltas era bastante distinto. Tenía la frente empapada en sudor. Se agitaba violentamente. Olía como si hubieran revuelto litros de jarabe para la tos con queroseno.

Zanny pensó que era evidente que se encontraba enfermo. Reprimió sus propias náuseas y se puso el pañuelo ante la nariz. Una vez había visto una película en que una misionera cuidaba de un vagabundo en una choza —el vagabundo tenía una enfermedad terrible, como el cólera, o algo parecido— pero la misionera permanecía junto a su cama secándole el sudor. En la misma película, cuando se hubo recuperado, ella se quitó las gafas y casi toda la ropa y se soltó el pelo. El vagabundo se afeitó, dejó de delirar y empezó a hablar educadamente. Había sido diplomático o algo parecido. Hicieron el amor en una playa limpia que se extendía ante la sucia choza bajo una luna redonda como una sandía.

Aquella también era una sucia choza.

El papel de la pared tenía marcas de humedad a lo largo del zócalo. No era de extrañar que hubiera cogido una pulmonía... o algo por el estilo.

Tenía un cuerpo muy hermoso. Lo contempló fascinada.

En ese momento Murphy abrió los ojos. En medio del *whisky* había un ángel-puta con el cabello a hebras doradas metido en él hasta los tobillos. El ángel-puta se sonrojaba. En un momento de recato, se envolvió en las ropas de la cama.

—Jesús, María y José —dijo.

—No se preocupe —lo tranquilizó ella—. No me importaba.

Junto a la cómoda había una silla sobre la cual descansaba la ropa de Murphy. Zanny la colocó encima de la cómoda y acercó la silla a la cama.

—Siento muchísimo encontrarlo enfermo —dijo.

Murphy, a punto de perder el sentido, no oyó más que un susurro. En el Purgatorio hacía frío y humedad, como en el interior de un barril de cerveza cuando habías bebido demasiado y te llegaba hasta los ojos.

—¿Le apetecería un poco de leche caliente? —preguntó una voz que igual podía venir del Cielo que del Infierno.

Tenía que ser del Infierno.

¡Leche! Lo que le haría bien sería vomitar. Hasta entonces se había resistido.

Zanny, interpretando su silencio como una respuesta afirmativa, fue en busca de la leche. Encontró la mantequilla en una quesera que descansaba en el escurrer platos. En el armario de la derecha de la ventana había una barra de pan, bastante tierno. Margarina. Un par de costillas de cordero pequeñas. Huevos en un cuenco. Leche. No le hizo falta oler la leche para darse cuenta de que estaba cortada.

La misionera no le daba de comer al vagabundo. Solo le secaba la frente. Quizá sería mejor empapar un paño en agua tibia y hacer lo mismo.

Oh, Murphy, Murphy, que suerte que haya venido a verte, Murphy. En el futuro nos acordaremos de esta noche. Tú enfermo, sudado y apesoso. Yo cuidándote, ayudándote a superar el ataque —la pulmonía era un ataque, ¿no? Sin hacer ascos. Sin la más ligera aversión. ¿Sentía aversión la misionera? No. En las alegrías y en las tristezas. Peor ya no puede ser, Murphy, pero tampoco puede durar. Y esta casa no tiene cuarto de baño. Las monjas no habían tenido vergüenza de alojarlo en un cuchitril así. Un hombre de su sensibilidad rebajado de aquella manera. ¿En qué estaría pensando la madre Benedicta?

No estaría como una cuba, ¿verdad?

No, claro que no. Los borrachos andaban dando tumbos. O demasiado rígidos, como papá. Quizá había tomado algún remedio y se le había ido la mano. Seguramente su estómago necesitaba descansar, igual que el de ella después de la excursión. La había visto vomitar. Ella se moría de vergüenza. Pero verlo en el estado en que se encontraba entonces equilibraba un poco las cosas. ¿Qué podía usar como paño para la frente? Junto al fregadero había un paño de secar los platos y estaba limpio, bueno, bastante limpio. Lo aclaró debajo del grifo.

Toda la sangre se me está subiendo a los ojos, pensó Murphy repentinamente aterrorizado al sentir algo húmedo en la frente. Se sentó en la cama y empezó a agitar los brazos. Alcanzó a Zanny en todo el pecho y esta soltó un gruñido de dolor y se retiró rápidamente.

Murphy, con los ojos como platos, la informó con calma de que la última vez que le habían sacado sangre se la habían sacado del brazo. No se acordaba por qué.

Después de hacer aquella declaración volvió a caer boca arriba a través de un cielo nocturno, salpicado de nubes violetas y de centelleantes relámpagos.

Zanny abandonó el paño por demasiado peligroso, apartó un poco la silla de la cama y se sentó de nuevo observándolo cautelosamente. Cuando se deliraba se hacían cosas extrañas. ¿De qué hablaba? Por el amor de Dios, ¿qué debía hacer ella?

Si hubiera estado en las manos del sargento Thomas decidirlo, no hubiera detenido a Murphy a las doce menos veinte de la noche. Un buen sueño seguido de un desayuno sustancioso eran buenos amortiguadores de sustos. Y aun para el más fuerte representaba un susto grande. No obstante, el inspector detective Warrilow poseía una vena inglesa de dureza, como las tiras de acero de los viejos corsés. Desde su llegada, unos meses antes, los espinazos se habían enderezado ostensiblemente. Los hombres ni siquiera podían darse la satisfacción de insultarlo en galés. Sabía hablarlo, pero guardó el secreto traidoramente durante mucho tiempo. Thomas, dispuesto a ser caritativo, pensó que quizá lo iban a detener de noche para ahorrarles a las monjas la vergüenza de ver cómo se lo llevaban. Pero él declaró que le importaba un comino la vergüenza de las monjas. Cuando se arrancaba a una persona del sueño, el cerebro no estaba alerta. Las confesiones, que a la luz del día habían de sacarse con sacacorchos, de noche saltaban fácilmente. Las tres de la madrugada era la mejor hora, pero tenía cierta consideración hacia sus hombres.

¿Y consideración hacia Murphy? ¿Qué broma era aquella? Él no le había tenido ninguna consideración a Bridget O'Hare

al darle un golpe en la nuca y empujarla por el barranco. El análisis de sangre había demostrado que el niño que llevaba en las entrañas no era de él. De haberlo sido, los hubiera protegido a los dos, como católico que era. Algunos testigos los habían oído discutir antes de subir al acantilado. Incluso habían oído pronunciar la palabra

«malnacido». Él había regresado solo del acantilado. Había fingido verla. ¿Querían más pruebas? ¿Una confesión? Irían a buscarlo. Echarían la puerta abajo. Le darían un susto de muerte. «Duro, chicos, duro».

No era propio de Thomas jugar duro, pero tenía que hacer lo que le mandaban, dentro de los límites razonables. Se llevó al guardia Stevie Williams como acompañante. Williams era el capitán del equipo local de rugby y recordaba un poco a un simio. Nada más con mirar a Williams se te quitaban las ganas de discutir.

Los golpes en la puerta despertaron a Zanny del sueño ligero en que había caído y sintió que se le subía el estómago a la garganta. ¡Alguien se había chivado! ¡Dolly le había ido con el cuento a la madre Benedicta! No, Dolly no había sido. Otro. ¡Por Dios! ¿Quién? No sabía cómo pero había entrelazado la mano con la de Murphy. Presa del pánico, se soltó.

La madre Benedicta estaba echando la puerta abajo. La estaba acribillando a puntapiés y a porrazos. Murphy todavía dormía. Quería que saltara y se le pusiera delante, que la protegiera. Roncaba suavemente. La madre Benedicta se había vuelto loca. Se lanzaba estrepitosamente contra la puerta como un endemoniado. ¡Debajo de la cama, de prisa!

Zanny desapareció en el preciso instante en que Thomas y Williams descubrieron que lo único que tenían que hacer era levantar la aldabilla. Bueno, les habían dicho que hicieran ruido y lo habían hecho.

Zanny vio dos pares de pies enfundados en botas. Eran merodeadores dispuestos a matar, no la madre Benedicta. «¡Ay, madre Benedicta, ojalá fuera usted!». Entonces uno de ellos habló dulcemente, con un suave acento galés.

—Chico, chico, menuda curda. Si encendemos una cerilla esto explota —dijo.

—Dale un traguito más y a ver si eso lo reanima —dijo el otro.

—No le cabe ni una gota. Se le saldría por las orejas —replicó el primero.

Hablaron en galés sobre cómo podían lograr que Murphy se tuviera en pie. Este se dio una vuelta en la cama y el colchón de plumas se hundió. Zanny lo notó a unos centímetros de la cabeza. Los muelles del lecho estaban todos rotos. Uno le arañó el cabello.

Debajo de la cama había mucho polvo y una tela de araña en el rincón. Cerró los ojos y se puso a rezar. «Ave María, llena eres de gracia, Santa María, madre de Dios...».

El lecho se balanceaba como una barca.

Unos pies descalzos entre dos pares de botas junto a la cama. La voz de Murphy:

—Hagan el favor de sujetar la habitación. ¿Por qué no frenan? ¡Hagan el favor de soltarme!

—Tenemos que vestirme, chico —dijo Thomas con calma—. Vamos a salir de paseo.

Murphy, que no tenía ningunas ganas de salir de paseo, trató de volver a la cama. Williams lo sujetó. Y si Williams te sujetaba no podías moverte. Thomas vistió a Murphy lo mejor que pudo.

—Más vale que lo digas ahora —dijo Williams—, mientras lo sujeto.

—Será perder el tiempo —repuso Thomas. No obstante, dijo lo que había que decir. Lo soltó bastante de prisa y Zanny tuvo que hacer un esfuerzo para entenderlo. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que los dos hombres eran policías y habían ido a detener a Murphy como sospechoso de asesinar a Bridget O'Hare

Murphy escuchó la acusación con ecuanimidad. Estaba apoyado contra la puerta del dormitorio, sujeto mediante el brazo de Williams. De pie se encontraba algo mejor, como si el fluido circulara en todas direcciones en lugar de acumulársele en el estómago y la cabeza. Empezó a tararear una canción sobre las montañas de Mourne.

Los dos policías galeses lo empujaron suavemente hacia la puerta.

Las últimas palabras que oyó Zanny las pronunció Thomas:

—Las montañas de Mourne descienden hasta el mar —lo acompañó con voz grave—. Canta mientras puedas, chico, canta mientras puedas.

4

CUANDO ZANNY regresó al convento, descompuesta, sucia y angustiada, Dolly pensó que la había violado. Cosa que tenía merecida. La clase media era extraordinariamente débil. Si bien había sido catapultada a este estamento y se estaba haciendo un lugar en él sin dificultad, Dolly seguía comprendiendo la realidad de la vida. Sabía lo que era la naturaleza humana. Murphy era un animal macho y se le había puesto delante un apetitoso bocadito. Lo había devorado de un mordisco, por lo que se veía, en el suelo. Metió a Zanny en el cuarto de baño más próximo y cerró la puerta silenciosamente.

—Bueno —susurró—, ¿qué ha sucedido?

Zanny se echó a llorar. Eran sollozos auténticos. Resultaba difícil llorar en silencio. Quería sentarse en el borde de la bañera y gritar: Murphy... Murphy... Murphy... Oh, Murphy... Murphy... Se te han llevado a ti en lugar de a mí. ¿Qué voy a hacer?

—Quítate esa asquerosa gabardina —dijo Dolly—. Y, si no te puedes callar, mete la cabeza dentro. —Por suerte no era la hermana Clemence la que estaba de guardia. Tenía el oído tan agudo como la lengua.

Zanny tardó un rato en contarle a Dolly lo que había ocurrido. Dolly recibió la noticia en silencio. Estaba consternada. Aunque no demasiado sorprendida. Una vez habían detenido a un tío suyo por un robo que no había cometido. No había robado nada en su vida, simplemente le habían endilgado la mercancía. Él dijo que se la habían colocado, pero la policía no lo creyó.

La difícil situación en que se encontraba Zanny, como la veía Dolly, no era tanto moral como práctica. Murphy podía tener coartada, y en tal caso lo soltarían. Si no la tenía, puede que fuera capaz de convencerlos de lo contrario. No tenía más que embaucar a la policía. Los irlandeses tenían fama de marrulleros, ¿no? Elocuentes y persuasivos. El tío de quien ella apenas se acordaba soltaba las palabras con brusquedad y tenía un aspecto desastroso. No había esperanza. Murphy tenía más posibilidades, aunque no muchas más. En cambio, si hubieran acusado al padre de Zanny de empujar a su esposa por un precipicio, hubiera arqueado una ceja en señal de cortés asombro.

—¡Por Dios, inspector! —hubiera exclamado—. Esto es demasiado descabellado para ser cierto. Querido amigo, ¿no hablará en serio?

Dolly salió de su ensoñación para oír a Zanny preguntar entre sollozos:

—¿Qué voy a hacer?

—Nada —contestó—. Calla y espera. No hagas nada.

Zanny, que conservaba el suficiente ánimo para seguir el razonamiento de Dolly, tuvo una visión de torres de universidad y capirotes de doctor.

—Pero hay una cosa que se llama honor y conciencia —dijo amargamente—, y no permitir que sufran los demás. Claro, tú no sabes de estas cosas.

—Honor y conciencia —repitió Dolly dulcemente—. Algunas veces uno no se los puede permitir. Y en cuanto al sufrimiento, ¿pensabas que Bridget

O'Hare

iba a aterrizar en un colchón?

Ninguna de las dos supo cómo romper el silencio que siguió.

Debían volver a la cama.

Y volvieron.

De todo el personal docente del convento, la señorita Sheldon-Smythe fue la que se tomó la noticia con mayor indignación. El día que se supo salió disparada hacia el despacho de la madre Benedicta y llamó violentamente a la puerta.

—Esto es totalmente absurdo —dijo entrando sin esperar a que la invitaran a hacerlo y agitando el periódico—. Ignatius Murphy es uno de los hombres más amables y comedidos que conozco.

Puesto que estaba acostumbrada a que la gente se riera de ella —con educación, naturalmente, y no a la descarada— para la señorita Sheldon-Smythe comedimiento era sinónimo de ser tomada en serio. Murphy no había encontrado en ella motivo de burla. Le había contado que había tenido un hurón en casa y que le tenía tanto cariño como ella a sus periquitos. Claro que no le importaba extraer raíces para ellos, y también podía darle manzanas de los árboles del convento; no hacía falta que comprara. Un trocito de manzana, un trocito de raíz y algo duro para que afilaran los picos y tendría la mejor pareja de periquitos de todo Gales, seguro. En cuanto al modo en que le gustaba vestirse cuando la familia real tenían alguna celebración, era cosa suya. Él nunca arqueaba las cejas ante el chaleco rojo, azul y blanco, y cuando ella trató de sacarle algún comentario, dijo algo de que los irlandeses se vestían de verde. Era la letra de una canción, explicó amablemente.

Ahora, frente a la madre Benedicta, la señorita Sheldon-Smythe iba de negro riguroso. Como protesta, esa indumentaria resultaba efectiva. El abatimiento de la madre Benedicta se intensificó. Ella no se había formado ninguna opinión sobre la culpabilidad o inocencia de Murphy. Lo iban a encausar y ahora lo retenían en prisión preventiva. La policía debía de pensar que tenían motivos. Le habían permitido verlo.

La turbación por ambas partes había sido casi palpable. Murphy, ahora totalmente sobrio, había sido conducido a la sala de visitas por el sargento Thomas. El inspector Warrilow (aunque la madre Benedicta no lo sabía), le había dicho a Thomas que se librara de la monja —la madre superiora como se llamara— lo antes posible sin enfrentarse a ella. No había motivos para oponerse a la entrevista.

—Sea breve, por favor.

Murphy, todavía aturdido por el susto, no había llegado aún a la etapa de indignación. A la madre Benedicta, también aturdida por los acontecimientos, le resultó difícilísimo hablar con él. El sargento Thomas, que no estaba aturdido en absoluto, pensó que ojalá se hubiera ocupado del caso uno de sus subordinados. Él era el único que conocía a la madre Benedicta, y conocerla, en aquel contexto,

no constituía ninguna ventaja. Tuvo que resistirse al impulso de ofrecerles una taza de té.

La madre Benedicta le preguntó por fin al acusado si necesitaba algo de su casa. ¿Su pijama, por ejemplo?

Murphy, incómodo por estar hablando de pijamas con la madre Benedicta, sacudió la cabeza negativamente. No sabía si explicarle que no usaba, pero decidió que no debía. Aquella conversación no era nada normal. Resultaba mucho más fácil decir que no había empujado a Bridget por el acantilado que decir que no llevaba pijama para dormir. Así pues, manifestó su inocencia.

La madre Benedicta dijo que rogaría a Dios por él. Una respuesta poco comprometida, tal como ella pretendía, y aquello fue todo.

En cambio, la señorita Sheldon-Smythe defendía su opinión apasionadamente.

—Un hombre muy bondadoso —repitió tomando asiento—. Es una lástima que se dejara tentar por una muchacha perversa. Usted debía de saber que estaba embarazada, ¿no?

La madre Benedicta no lo sabía. El feto tenía tres meses, según el médico, pero su existencia no era del dominio público. Solo la policía y el propio Murphy sabían que los análisis de sangre indicaban que este no podía ser el padre. Los periódicos se pondrían las botas cuando dicha prueba se presentara en el juicio; de momento, nadie que no estuviera directamente implicado en el caso sabía nada al respecto, excepto, aparentemente, la señorita Sheldon-Smythe.

La madre Benedicta digirió la información antes de hablar, aunque ya nada la impresionaba.

—Uno solo no hace nada —dijo sucintamente—. La culpa es de los dos. —La curiosidad superó la aversión que le producía el tema—. ¿Cómo lo ha sabido usted?

—Me lo dijo ella.

Si una joven perversa e inmoral decidía tener hijos fuera del matrimonio, pensó la madre Benedicta, era muy extraño que se confiara a una solterona vieja que carecía de sentido común. Buscaría apoyo y consejo en otra parte.

—¿Por qué se lo dijo a usted?

El rostro amarillento de la señorita Sheldon-Smythe se tornó menos cetrino al sonrojarse.

—Quería abortar.

La madre Benedicta sintió una punzada de dolor en el pecho al representarse una horrenda imagen. Por fin topaba con algo que no podía tolerar. Incapaz de hablar, se quedó mirando a la otra mujer, pasmada.

—Quiero decir —prosiguió la señorita Sheldon-Smythe presurosa, consciente de la mala impresión que podía haber causado— que necesitaba dinero para el aborto. Sabía que yo acababa de cobrar cincuenta libras de una póliza de seguros.

La madre Benedicta comenzó a respirar con mayor normalidad, pero todavía no había recuperado el habla.

—Yo me negué a dárselo —dijo la señorita Sheldon-Smythe—. Una mala acción no podía ir seguida de otra peor. Aparte de eso —añadió—, a mi edad no se puede tirar el dinero.

—Ya —acertó a decir la madre Benedicta.

Se preguntó si la policía estaría enterada del embarazo de Bridget. Seguramente sí. Se preguntó si Bridget se habría confesado con el padre Donovan. Seguramente no. En cualquier caso, al padre Donovan no se le podía sonsacar nada. Era muy extraño que Murphy asesinara a la madre de su hijo, si es que lo había hecho él. «Dios mío —rezó en silencio—, perdóname por haber contratado primero a Murphy y luego a Bridget».

La señorita Sheldon-Smythe era la única hija de una familia de cinco chicos y los había cuidado con devoción. Si bebían demasiado o se volvían demasiado mujeriegos, los amonestaba suavemente por sus pecadillos, pero nunca los censuraba. Cuando uno a uno fueron creciendo y marchándose de casa, sintió que su mundo quedaba muy reducido. Le hubiera gustado casarse y tener hijos. Los hubiera malcriado. Para ella Murphy era un hermano, un hijo. En aquella árida tierra del convento, le habían recordado los días pasados y los días que no habían llegado nunca.

Él era Murphy. No podía hacer nada malo. Le gustaban sus periquitos. Era un hombre amable.

—No fue él —dijo—. No puede haber sido él. ¿Qué le pasa al sistema judicial de este país? ¿Es que son unos maníacos esos policías?

Prosiguió con una perorata similar y la madre Benedicta se limitó a escucharla pacientemente.

—La policía —la interrumpió por fin— debe de saber lo que se lleva entre manos. Yo siempre he considerado al sargento Thomas un hombre de gran sentido común. Si Murphy es inocente, no tiene nada que temer.

—Pero no debería ser siquiera sospechoso. No debería cuestionarse su inocencia. ¿No ha percibido usted su aura?

—¿Qué?

—Su esencia, sus emanaciones, su bondad intrínseca. —La señorita Sheldon-Smythe manoseaba los botones de la chaqueta negra como si quisiera arrancarlos uno a uno.

La madre Benedicta había llegado al límite de la paciencia. El convento podía convertirse en un nido de histeria si aquella estúpida vieja no se controlaba mejor.

—Le prohíbo que les hable de Murphy a las niñas —dijo—. Si empiezan ellas, hágalas callar. Si no puede dar sus clases sin hacer referencia al jardín, no las dé. Aquí tenemos a inocentes niñas a nuestro cuidado. Dejo en sus manos que no se vean importunadas ni perturbadas por ninguna situación desagradable. ¿Qué edad tiene usted, señorita Sheldon-Smythe?

En aquella pregunta había una amenaza implícita.

—Cincuenta y ocho años —dijo la señorita Sheldon-Smythe, que tenía sesenta y dos.

—Entonces le quedan dos años de auténtico trabajo, de ejercer una influencia benéfica y sedante. Espero contar con usted en estos momentos difíciles.

La señorita Sheldon-Smythe dijo que sí. Pero su ardor no se había apagado, simplemente se había vuelto hacia adentro temporalmente.

—De todos modos... —comenzó a decir con ojos llameantes.

—Téngalo presente en sus oraciones —dijo la madre Benedicta bruscamente— y déjele lo demás a Dios.

Las niñas se turnaban diariamente para robar uno de los periódicos del montón del vestíbulo hasta que el personal laico informó de los robos y se prohibieron todos los periódicos. Que su único y magnífico hombre hubiera sido acusado de asesinato las enfurecía. Que se llamara Ignatius y que alguno de los periódicos de menos

prestigio lo hubiera bautizado con el diminutivo de Iggy ocasionó algunas risitas, pero no fueron muchas. Aquello era la vida misma. Amor. Pasión. Unas cuantas lloraban a Bridget, pero la mayoría estaban de parte de Murphy. En caso de que la hubiera empujado, ella se lo había buscado. En general, se estaban divirtiendo bastante. Las más jóvenes, que eran lo suficientemente perceptivas para captar la eliminación de lo relativo al jardín de las clases así como el motivo subyacente, acosaban a la señorita Sheldon-Smythe con preguntas sobre gusanos y rotación de cosechas. Cuando esta propuso hablar de biología humana, ellas sugirieron el corazón. El esqueleto las conducía a un cráneo roto. A la señorita le hubiera resultado insoportable si no hubieran dejado tan claro que apoyaban a Murphy.

Zanny no le encontraba la gracia por ningún lado.

Sentía deseos de irse a casa y contárselo a sus padres. Pero más valía que no lo hiciera. Se preguntó si habrían leído que Murphy iba a ser juzgado. Iggy. Qué ridiculez. Ignatius... Bueno, estaba mejor que el diminutivo. ¿En qué estarían pensando sus padres? Había buscado el significado del nombre y había descubierto que en latín quería decir ardiente. Eso lo mejoraba. Sus padres habían elegido un nombre latino. Era gente instruida. Y era ardiente... de un modo bonito. Se imaginaba que los padres de los dos se conocían. En un hotel de Londres. Los padres de él eran bastante mayores. Controlarían la ira provocada por la injusta acusación. Naturalmente, el caso sería desestimado. Todo el mundo procuraría no irse de la lengua. Brindarían por el futuro. El futuro de ella y de Murphy. Habría aprobación por ambas partes. Luego ella y Murphy se escaparían. La escalinata del hotel tendría una alfombra roja. Ascenderían de la mano. Al llegar arriba se volverían a mirar a los padres. Papá levantaría la copa de vino en un gesto de complacencia. Todo acabaría bien.

Graham, levantando el vaso de *whisky* casi en el momento en que Zanny estaba pensando en él, tomó un considerable sorbo. Le temblaba la mano.

—¡Dios santo! —exclamó.

Clare dobló y volvió a doblar el periódico como si reduciendo su

tamaño disminuyera también su impacto. No era una mujer dada a rezar, pero pensó que ojalá lo fuera. En aquel momento hubiera deseado que Zanny estuviera muerta. Era un deseo terrible y tenía que quitárselo de la cabeza como una mancha de aceite. A los hijos había que quererlos hicieran lo que hicieran, ¿no? Se soportaban. Se sufrían. Pasabas una verdadera agonía por ellos.

¿Qué iban a hacer con respecto a Murphy?

Ahora que habían visto la fotografía en los periódicos, el motivo que llevó a Zanny al asesinato estaba clarísimo. Era un hombre deseable. Muy atractivo. Ella lo había deseado. Igual que había deseado a Mono hacía muchos años, pero de una manera distinta. Y se había librado de los obstáculos.

—Podríamos procurarle un buen defensor —dijo Graham.

Clare lo miró compasivamente. A veces era muy ingenuo. Le explicó que eso no era posible por dos razones. Primero, no podían permitírsele económicamente. Y segundo, con ello implicarían a Zanny.

—¿Por qué íbamos a pagar la defensa de un hombre a quien no conocemos?

—Porque tenemos una obligación moral.

—Delatar a nuestra hija, eso es lo que haríamos.

Delatar o no delatar, esa era la cuestión. Ambos conocían la respuesta.

—Esperemos que no nos lo cuente —dijo Clare—. De momento, oficialmente no lo sabemos.

—Nos lo dijo Dolly.

—Al infierno Dolly.

Graham estuvo de acuerdo.

—A mi modo de ver —dijo esperanzado—, la acusación no tiene muy buena base. Si lo acusaran de estrangularla, o de dispararle, estaría más claro. Ahora bien, que la empujó por un acantilado es más difícil de probar.

Murphy iba a ser juzgado a principios de otoño. Los padres de Zanny le permitieron ir a pasar las vacaciones de verano a Normandía, a casa de una chica con la que mantenía correspondencia. Cuanto menos la vieran en aquel difícil período

mejor. Allí la lengua de Zanny, con la dificultad del idioma extranjero, no haría ningún daño.

Naturalmente, asistirían al juicio. Sería como ser oprimido contra un lecho de clavos. Un martirio voluntario. La vida no era fácil.

Pero no tenía comparación con el martirio de Murphy. Estar encarcelado a la espera de juicio por un crimen que no había cometido era una dura prueba. No había estado nunca dentro de una cárcel. De joven había cazado alguna vez furtivamente pero no se había dejado coger. No es que los agricultores de Kerry lo hubieran denunciado; unas descargas de perdigones en el trasero era la máxima pena para ellos.

Durante las interminables semanas anteriores al juicio lo soportó todo lo mejor que pudo. Cuando se enteró de que Bridget estaba de tres meses se quedó de piedra. Al principio, al decírselo su abogado, no se lo creyó. Luego, solo en la celda, la ira afloró por fin a la superficie y empezó a aporrear las paredes: ¿Qué cerdo se había acostado con Bridget antes que él? Y pensar que podía haberse casado con ella... ¿Se lo hubiera dicho? ¿O hubiera mentido en la fecha? Las mujeres eran unas intrigantes. El guardián de servicio se acercó a la celda al oír los porrazos para calmarlo y tuvieron una conversación de hombre a hombre:

—Las mujeres, chico —le dijo a Murphy—, son la perdición de muchos hombres buenos. —Fue un comentario sincero y bien intencionado, pero muy poco diplomático.

Ahora ya había terminado la espera y se encontraba allí sentado, en aquella sala enorme que parecía una capilla herética. En el púlpito había un juez al que había que llamar Señoría. Parecía que para hacer la peluca que llevaba habían tenido que trasquilar a una oveja Kerry. Y debajo, su rostro, largo y enjuto, era más triste que un *sabbath* protestante.

—No es mala persona —le dijo Prester, su abogado defensor— si sabes tratarlo... O más bien si yo sé tratarlo, cosa que sé. Catesby, el fiscal, es un poco quisquilloso. Acuérdesse de no perder la compostura. Y sea educado.

—Sí señor —dijo Murphy. Tenía la impresión de que últimamente había sido demasiado educado con mucha gente que no se lo merecía. Sin embargo, el fin estaba próximo. Hoy le habían

traído el mejor traje que tenía para que se lo pusiera. Para que estuviera respetable cuando volviera a casa.

Desde luego, había ido mucha gente. La sala estaba abarrotada. Se los imaginó en el cine del pueblo. *Murphy el asesino*, de la Metro Goldwyn Mayer. Ruge, león, ruge. Era todo tan absurdo que le costaba creérselo.

Distinguió la calva del padre Donovan y se alegró de que estuviera allí. El anciano lo había ido a ver con frecuencia al calabozo y habían hablado mucho. Le había contado que se había encontrado con Bridget en el acantilado y todo lo que habían hecho después... bueno, casi todo. Si el viejo pensaba que hacer el amor era un beso y un achuchón, allá él. No sabía si su vacilación con respecto a los detalles físicos había dado lugar a algún malentendido por parte del padre Donovan, pero cuando este le preguntó directamente «¿La mató usted?», su categórico «¡No!» pareció convencerlo. De todos modos, en la última confesión el anciano se había comportado como un carpintero tratando de arrancar un clavo oxidado con un destornillador. «El Señor es misericordioso —le dijo—. No temas decir la verdad».

Murphy no temía decir la verdad, pero, como descubriría durante los dos días que duró el juicio, la verdad era una peculiar mercancía, dúctil y susceptible de ser distorsionada. De granos de arena se hacían montañas y se pasaban por alto verdades importantes. Los expertos forenses se tomaron grandes molestias para demostrar que Bridget y él habían estado juntos en aquella precisa zona. Las pruebas científicas consistían en tierra, semillas y fibras de su ropa. Pero no les hubiera hecho falta más que preguntar, pensó Murphy. Nunca había negado su presencia allí. Y no negaría que habían hecho el amor. ¿Para qué necesitaban pagar a un científico? Tal como ellos lo describían no parecía amor sino una operación clínica. Catesby, el fiscal, incluso había tenido la caradura de sugerir que había sido «un furioso cubrimiento de una mujer después de una pelea». Y a los apasionados arañazos de Bridget los llamó «desesperado intento de escapar». Mientras escuchaba todas aquellas sandeces Murphy empezó a comprender por qué el médico de la cárcel se había tomado tanto interés por los arañazos del hombro. La verdadera explicación era la mar de sencilla; quizá embarazosa, pero necesaria.

Cuando, el segundo día del juicio, lo llamaron a ocupar el estrado de los testigos, se aseguró de que juraba sobre la versión Douai del Nuevo Testamento. No quería arriesgarse. Aquello era importante.

Inmediatamente pasó a relatar los hechos. Bridget y él estaban en el campo haciendo el amor. Los arañazos eran consecuencia de ello. «No hubo violencia en absoluto, señor».

Catesby lo interrumpió bruscamente. Murphy estaba allí para contestar las preguntas, le dijo, y debía guardar silencio en tanto no se le formularan. Entonces, tras una breve recapitulación de los sucesos, se lanzó al ataque.

—Ya ha oído la declaración de dos testigos que se encontraban en la playa cuando Bridget

O'Hare

y usted pasaron camino del promontorio. Afirman que se estaban peleando ustedes con cierto apasionamiento. Emplearon la palabra «malnacido» con gran sentimiento. ¿No habría descubierto usted su infidelidad y ella le estaba contando que esperaba un hijo de otro hombre?

—No —dijo Murphy.

—¿No sabía usted que estaba embarazada?

—No.

—¿No pretenderá decirme que no se estaban peleando?

—Estábamos discutiendo sobre un malnacido, señor —explicó Murphy.

—¿Quiere decir el hijo de la joven?

—Ningún niño es mal nacido —dijo Murphy citando al padre Donovan—, todos los niños son hijos de Dios.

El sentimiento, aunque encomiable, no aclaró nada y a la observación de Murphy siguió un breve silencio.

—¿Tiene la bondad de explicarse? —lo instó Catesby amablemente.

—Discutíamos a causa de Charlie Parnell —dijo Murphy.

—¿Y Charlie Parnell es el malnacido que había tenido relaciones con su amiguita, Bridget

O'Hare

, el padre de la criatura?

—Eso sería un milagro —dijo Murphy perplejo—, una

inmaculada concepción.

—Con la venia de Su Señoría —saltó Prester. Ya le había advertido a Murphy que no se metiera en aquello. Al irlandés le convenía dejar la política a un lado en aquel asunto—. El acusado se refiere a Charles Stewart Parnell, el dirigente nacionalista irlandés, fallecido en 1891.

Se oyeron unas risitas.

El juez frunció el ceño. Su sala era una sala antigua y prestigiosa, no un teatro de variedades. Pensó que Catesby debía conducir el caso con mayor destreza y evitar aquel tipo de deplorables impertinencias.

—Debería usted comportarse con mayor seriedad —advirtió a Murphy—. Está usted acusado de un grave delito.

Le hizo una seña a Catesby para que prosiguiera.

—¿Se reafirma usted —preguntó Catesby molesto por haber quedado en ridículo— en que Bridget

O'Hare

y usted hablaban de política irlandesa?

—Sí, señor.

—¿Estaban en el campo un bonito día soleado, de excursión, ella era su amiga, su amante, estaba embarazada de otro, y se peleaban por un hombre que vivió el siglo pasado?

—Sí, señor.

—Me resulta bastante increíble.

Continuó manifestando su escepticismo y sugiriendo motivos más plausibles de asesinato antes de volver por fin a sentarse.

Entonces le tocó el turno a Prester, el defensor. Resultaba difícil hacer creíble lo increíble, pero lo intentó.

—Después de varias charlas con el acusado —dijo—, conozco ahora mejor las preocupaciones de los irlandeses, así como el carácter irlandés. Para los irlandeses es natural defender sus opiniones con energía, sobre todo las referentes a sus héroes nacionales. Para Bridget se trataba de un héroe. Para Murphy, de un malnacido. Así pues, fue una discusión considerablemente apasionada, pero de corta duración. Murphy no empujó a Bridget por el acantilado porque hubiera defendido acaloradamente a Charles Stewart Parnell. No la empujó por el acantilado. Punto.

Entonces procedió a intentar demostrarlo. La situación era tan

negativa en muchos aspectos que no resultaba fácil probar ni una cosa ni otra. El informe del forense sobre el golpe que había recibido en la nuca no era de gran ayuda. La habían encontrado boca abajo en la hondonada. El mar podía haber arrastrado piedras y haberse herido con ellas, pero la naturaleza de la herida apuntaba hacia un golpe contundente. Si el instrumento del crimen hubiera sido una lata vieja —digamos de tomate, llena de piedrecitas—, las laceraciones de la piel hubieran dejado bien claro que se trataba de un asesinato. Pero los únicos datos demostrados con que contaban era que había sido golpeada con bastante fuerza mediante una piedra —Prester hizo lo que pudo para explicar que había desprendimientos y que mientras caía podía haberle dado una en la nuca, pero era un argumento débil y lo sabía.

Si Murphy hubiera dicho que la había dejado viva al marcharse, cosa en la que insistió, y se hubiera limitado a eso, quizá lo hubieran creído. Pero su insistencia en que después la había vuelto a ver era peor que débil, era concluyente. Podía haberse caído por el precipicio mientras cogía flores entre la resbaladiza hierba, quizá. Y en tanto caía podía haberse dado un golpe en la nuca. Era natural que Murphy regresara a buscarla, cosa que hizo. Y era natural que no se le ocurriera mirar al fondo del precipicio. Dijo que no se le había ocurrido. Pero no era natural, ni creíble, que volviera al lugar y luego regresara al autocar hecho una furia diciendo que la había visto subir a una barca imaginaria con unos hombres imaginarios. ¿Por qué iba a inventarse una barca si no hubiera sabido que estaba muerta en el agua? ¿Por qué no un coche? ¿O un autobús?

—Murphy —dijo Catesby concentrando todas sus fuerzas en el discurso final— era un hombre asustado, en ese momento todavía no estaba furioso, un hombre aterrorizado por las consecuencias de lo que había hecho, las consecuencias de su atroz crimen, por eso finge haber visto que Bridget se hacía a la mar. El mismo mar la arrastraría hasta la hondonada. Si tenía suerte, se la volvería a llevar hacia adentro y desaparecería por siempre jamás, o no volvería a ser vista hasta varios meses después, cuando ya fuera imposible identificarla. Pero el mar no la arrastró. Y, por el modo en que cayó, tampoco podía haberla arrastrado hasta allí. De modo que quedaba claro, señoras y señores del jurado. Un cadáver que se niega a moverse del sitio en que ha caído. El cadáver de una

hermosa joven, una hermosa futura madre. También queda claro que Murphy es un hombre apasionado, un hombre celoso, y no solo eso, un hombre malvado. Había que hacer un poco de comedia, ¿no les parece?, para demostrar angustia ante las monjas cuando Bridget no apareció. Y había que hacer comedia para simular cólera cuando regresó de buscarla, hacía falta astucia para afirmar que la había visto viva. Una simple confesión, un acongojado «Yo la empujé, que Dios me ayude», un reconocimiento público de culpabilidad podía haber despertado la compasión del jurado, y la mía. Todos somos humanos. Todos erramos, transgredimos las leyes del Señor. Pero ¿ven ustedes a un hombre arrepentido? No. Antes ha tenido la audacia de hacer bromas. ¿Tiene alguna gracia la muerte de una muchacha de diecinueve años? Señoras y señores, es indignante, es trágico, es imperdonable.

Y siguió en la misma línea durante diez minutos más.

El discurso final de Prester no estuvo a la misma altura.

El juez poco tuvo que añadir en la recapitulación. Catesby, tras un inicio algo torpe, pisó el acelerador e incrementó las revoluciones hasta alcanzar la meta satisfactoria. No obstante, el jurado tenía la palabra. Él les habló sin que trasluciera ningún prejuicio evidente; sin embargo, los prejuicios estaban allí, fuertes y persuasivos.

En tanto el jurado deliberaba, Murphy se fue abajo y se puso a jugar a las damas con uno de los vigilantes de la cárcel mientras el otro iba a preparar un poco de té. Jugar a las damas y tomar el té era su manera de demostrar buena disposición. Lo había hecho objeto de una charada, una charada efímera y tonta, que llevaba a todo el mundo a comportarse como si estuvieran chiflados. Sentarse a jugar con aquellas fichas blancas y negras era correcto. Su oponente se estaba dejando ganar. Su oponente le demostraba una gran compasión. Cuando toda aquella absurda farsa hubiera terminado, le dijo, volvería a Irlanda. El viejo, su padre, se estaba volviendo mayor y le vendría bien un poco de ayuda en el campo.

El jurado estuvo tres horas deliberando.

Al regresar no miraron a Murphy.

Cuando el portavoz leyó el veredicto, Murphy pensó que no lo había oído bien. Hasta que no vio que el juez se ponía el capuchón negro en la cabeza no comprendió lo que ocurría.

¡Aquellos hijos de puta lo iban a colgar!

¡Aquellos hijos de puta lo iban a matar!

Durante un instante sintió el impulso de coger a los dos guardias que lo flanqueaban y lanzarlos por la barandilla de la tarima. Se imaginó estrangulando al juez con la mecha negra de la maldita peluca. La furia se apoderó de él.

Sin embargo, guardó un completo silencio.

El juez le preguntó si tenía algo que decir.

Se sentía incapaz de decir nada. No podía moverse. Unos minutos después, los guardias se lo llevaron.

—Temo que no puedo comerme este pastelillo —dijo Clare. Era extraordinario, pensó, cómo en momentos de extrema angustia hacías cosas ordinarias tales como salir de los juzgados y pedir un té con pastas en un salón de al lado. Incluso el viejo sacerdote, el padre Donovan, hacía lo mismo. Y él sí se comía el pastelillo, y lo untaba con mantequilla. ¿No debería estar en el calabozo cogiéndole la mano a Murphy, rezando por él, haciendo algo? ¿No deberían haberse levantado Graham y ella en el juicio y haber gritado «¡Basta!»? ¿No podían, incluso entonces, abordar al juez y decirle lo erróneo que era el veredicto del jurado?

Claro que podían.

Pero no lo iban a hacer.

Se sentarían ante una mesa próxima a la ventana, con un mantelito a cuadros rojos y blancos y pedirían té con pastas. Graham incluso se las comería. Lo miró con repugnancia.

—Si no lo quieres, ya me lo comeré yo —dijo él, y procedió a comérselo.

Pese al terrible destino que le esperaba a Murphy, Graham se sentía menos preocupado respecto a Zanny. Las pruebas presentadas contra Murphy eran importantes. Pruebas circunstanciales, pero plausibles. Incluso era posible que lo hubiera hecho; doce inteligentes componentes del jurado creían que era culpable. Y así se lo explicó a Clare.

—Es posible que interpretáramos mal las insinuaciones de Dolly. O que hablara llevada por un deseo de venganza. Fuimos muy tontos al escucharla.

Clare no respondió. Los anteriores hechos delictivos de Zanny se los habían contado a Graham, pero no los había visto. No estaba allí cuando Peter sacó al pequeño Willie del estanque y trató de reanimarlo... en presencia de Zanny. Era ella la que iba por la carretera cuando la camioneta de Evans el panadero apareció en la curva y no Graham. Él no se había llevado el sobresalto de ver a Zanny tratar de mandar a Dolly bajo las ruedas de la furgoneta. Toda la información que había recibido quedaba suavizada en el relato. Sin embargo, nada de lo que se había dicho en el juicio había suavizado el horror de la situación. Murphy estaba a punto de sufrir las consecuencias de una cosa que había hecho Zanny. Estaba segura. Murphy, anonadado, había dicho un montón de inconveniencias en el estrado de los testigos. Clare sentía deseos de llorar por él.

—Maldita Zanny —exclamó en un acceso de furia.

Graham la miró extrañado.

El padre Donovan oyó que la mujer de la mesa de la ventana maldecía a alguien y pensó que no debían ofenderse los oídos de Dios. «Que el Señor se apiade de tu alma», había dicho el juez gravemente. «Y que se apiade también de la suya, Su Señoría», pensó el padre Donovan. No era correcto que nadie matara, pero ¿qué podía hacer él, un viejo párroco? Nada. Murphy no debería haber matado a Bridget, si es que la había matado. Pero matarlo a él no arreglaba nada. La justicia del Antiguo Testamento pertenecía a la época del Antiguo Testamento. Un Murphy culpable colgado de una soga no causaría alegría alguna en el Cielo. Y un Murphy inocente colgado de la soga provocaría rugidos de cólera celestial. Era una lástima que el buen Dios guardara silencio en aquellas ocasiones. Entre tanto, habría de prestar a Murphy toda la ayuda que estuviera en sus manos. ¿Cuánto faltaba para la ejecución? ¿Tres semanas?

Y ahora tenía que volver al convento y decirle a la madre Benedicta que se levantara y dejara de rogar por la absolución. El recurso a los oídos celestiales tenía que centrarse ahora en un milagro. ¡Cómo necesitaba aquella taza de té cargado y aquel pastelillo con mantequilla! El juicio lo había dejado tembloroso como un gatito recién nacido.

La madre Benedicta recibió la noticia de la condena de Murphy con una calma helada. Los periódicos de la tarde llevarían sin duda expresivos titulares. Su deber era proteger a las niñas del trauma cuanto le fuera posible. Habría que decírselo, sí, pero no la prensa sensacionalista. No debía permitir que llegara a sus manos ningún periódico mientras la noticia fuera reciente.

Decidió comunicárselo después de la bendición de la tarde. Quizá hubiera sido mejor por la mañana, pero había radios en el convento y no las podía confiscar todas.

Era muy triste y desafortunado, dijo tajantemente, pero no debían obsesionarse con ello. Cuando rezaran el rosario podían acordarse de Bridget, y de Murphy, y de todas las personas que habían muerto jóvenes, por heridas de guerra, accidentes y otras causas demasiado numerosas para nombrarlas. Su discurso diluyó la muerte en pequeñas gotitas de dolor en un mar de mortalidad. Como ejercicio de minimización del horror, le salió bastante bien. Algunas niñas palidecieron, otras se marearon. Pero nadie se desmayó ni se echó a llorar. El calmante resultó efectivo durante unas horas.

Zanny comenzó a recuperar la sensibilidad hacia media noche.

Había visto a Bridget muerta y no había sentido nada. Pero se imaginó a Murphy ante la muerte y le resultó insoportable. Temblando de frío se metió en la cama de Dolly. Esta, poco hospitalaria, se puso rígida.

—¿Qué puedo hacer? —gimoteó Zanny con la cabeza debajo de las sábanas por si volvían a acusarla de lesbiana—. ¿Qué puedo hacer?

—Si tienes algo de conciencia, cosa que dudo —dijo Dolly—, solo puedes hacer una cosa, así que hazla de una vez, caray.

Su propia conciencia, perfectamente equilibrada, se había decantado lentamente del lado de Murphy. Si los Moncrief no le pagaban la universidad porque Zanny se estaba consumiendo en la cárcel, seguramente se la pagarían las monjas, o pediría una beca, o ya se las arreglaría. Su éxito académico no podía depender de la vida de Murphy. Y si dependía, entonces la vida de Murphy era lo primero. Decidió que si Zanny no confesaba, ella se lo diría a la madre Benedicta. No obstante, no era buena política contárselo a Zanny. A un barril de dinamita no se le decía que tenía una caja de

cerillas lista, sobre todo si tenías el barril al lado.

Zanny, sollozando y gimoteando bajo las mantas, se limpió las narices con las sábanas de Dolly. Dolly, que no se dio cuenta, le dio diez minutos para calmarse. Murphy, pensó, debía de haberse portado como un tonto. Cualquiera con un poco de sentido común podía haber convencido al jurado de su inocencia. Debía de haber tenido un abogado inútil o un juez con muchos prejuicios. «Si yo hubiera sido su abogado —pensó—, ahora estaría en su casita empapado en *whisky*, no muerto de miedo en una abominable celda». Su futuro, hasta entonces poco claro, comenzó a cobrar forma. No existían muchas mujeres abogado, pero el siglo xx ya estaba mediado y era hora de que cambiaran las cosas. También debía haber mujeres juez. Se imaginó con toga y peluca muy tiesa en la Audiencia. En el estrado habría alguien como Murphy. Un inocente musculoso y sin cerebro. El fiscal lo aturrullaría con una exhibición de ingenio y lo dejaría sin habla. El juez, desentendiéndose del proceso, tendría la mirada perdida en el vacío. Y entonces ella, Dolly, tomaría la palabra. Con una exposición minuciosa, desmenuzará el caso. Murphy estaría ahora muy erguido, con renovada dignidad. El juez despertaría de su letargo y la miraría con respeto. El abogado oponente montaría en cólera antes de reconocer la derrota. Todos sus antepasados, la larga línea de los Morton, que no habían estado nunca en el lado vencedor de nada, proferirían vítores fantasmales.

Dolly Morton, abogado.

Se haría realidad. Ella no soñaba nunca. Proyectaba. Ahora sabía lo que quería hacer. Era posible. Lo haría. Si no podía salvar a aquel Murphy, habría otros.

Si Zanny estuviera presa y ella fuera el fiscal, ya sería más difícil. Los pies de Zanny rozaron los suyos. La oía respirar. Hacía mucho tiempo que la conocía. Probablemente, mucha gente había conocido a Calígula largo tiempo... y a Salomé. Por otra parte, aquel escocés, Robert the Bruce, no hubiera tolerado a su araña si no se hubiera visto obligado a vivir con ella.

Muy bien, que otro abogado acusara a Zanny.

Que otro juez la condenara.

Al menos, ahora no la ahorcarían; era demasiado joven.

Habían transcurrido los diez minutos y le dijo que se fuera a su

cama.

—Quiero dormir.

—Yo no volveré a dormir nunca —musitó Zanny desesperada.

5

AQUELLA NOCHE, la señorita Sheldon-Smythe todavía durmió menos que Zanny. El veredicto no le había extrañado. Tenía presente esa posibilidad desde la detención de Murphy. También tenía un bulto en el pecho. Naturalmente, podía ser benigno, pero no era probable que lo fuera. No quería saberlo. Lo que tuviera que ocurrir ocurriría. A los sesenta y dos años se empezaba a ver la muerte como una especie de amiga. Se vivía con ella como se puede vivir con una tía anciana. Esperaba detrás de una puerta cerrada, sin exigencias, sin amenazas. Un día abrirías la puerta y entrarías a hacerle compañía, para siempre. Ahora solo charlabas con ella de vez en cuando. Estar en la posición de Murphy sería distinto. La muerte a su edad era un enemigo perverso contra el que se luchaba con todos los recursos de los que se disponía, no podía uno rendirse. Y si luchando no lograbas nada, alguien levantaba la espada por ti.

Después de mucho meditar y de elaborar minuciosos planes, la señorita Sheldon-Smythe levantó la espada por Murphy a la mañana siguiente.

Afortunadamente, la madre Benedicta, a diferencia de muchas madres superiores, era accesible a cualquier alumna o miembro del profesorado que deseara hablar con ella. Todas las mañanas, entre las diez y media y las once, se la podía encontrar en su despacho, si nada la retenía en otra parte.

Aquella mañana en concreto se encontraba junto a la ventana del despacho contemplando la crecida hierba del jardín del convento. Resultaba difícil encontrar a alguien que sustituyera a

Murphy. Los jardineros a horas no hacían el trabajo tan bien. En cuanto a las gallinas y los conejos, las hermanas seglares hacían lo que podían. Las que procedían del campo eran capaces de convertir una gallina viva en un pollo muerto sin demasiadas complicaciones, pero los conejos ya era distinto. Se multiplicaban a un ritmo extraordinario; pronto no habría sitio suficiente. Había sido una gran idea cuando estaba Murphy, pero ahora... La vida estaba llena de pequeños problemas. Tener pequeños problemas era bueno. Si tenías la cabeza llena de trivialidades, poco espacio te quedaba para lo demás. Ojalá no le quedara espacio para la señorita Sheldon-Smythe; pero estaba de pie junto a la puerta con el periódico en la mano. «Murphy a la horca», rezaba el titular. «Jardinero de convento comete brutal asesinato», era el subtítulo.

—Espero que no se lo haya dejado leer a ninguna alumna —dijo la madre Benedicta con frialdad.

La señorita Sheldon-Smythe atravesó la habitación muy dignamente y se situó junto a la madre superiora. No vio la hierba sin cortar. Lo que vio fue el potente sol sobre las rosas amarillas. Era un mundo bonito. Y en él había criaturas bonitas, como sus periquitos. Alguien cuidaría de sus periquitos. La echarían en falta. Debería haberla entristecido pensar que nadie más la echaría en falta, pero no la entristeció. Las familias con obligaciones tendían a apartar los obstáculos de un puntapié. Las propiedades eran otro obstáculo. Si tenías una casita o un piso comprabas cosas para ponerlas dentro. Tenías una vitrina llena de chucherías, un jarrón que compraste en Grecia, una figura de cristal de Venecia. Te traían recuerdos. Te retenían, te hacían menos libre. Ella había vendido su casa para ayudar a su hermano a pagar deudas de juego. Entonces parecía un gesto importante, heroico incluso. Él le estaba muy agradecido. Si no lo hubieran matado en la guerra, quizá le habría devuelto el dinero. Sus cinco hermanos habían muerto antes que ella... pero se habían alejado y el contacto se había interrumpido mucho tiempo antes. Una se acostumbraba a todo. No importaba gran cosa.

—No —dijo en respuesta a la insinuación de la madre Benedicta—. No lo ha visto nadie. Es sumamente ridículo.

«Lo mismo que su luto —pensó la madre Benedicta—. ¿Por qué no se pondrá un cuello blanco o un pañuelito?».

—Es la voluntad de Dios —dijo automáticamente tratando de reprimir sus poco caritativos sentimientos. Naturalmente, la señorita Sheldon-Smythe estaba disgustada. Todos lo estaban. Pero no servía de nada hacer alarde de los sentimientos de uno.

—No, no es eso —repuso la maestra con calma—. Es una gran injusticia. —Observó cómo un estornino se posaba sobre una rosa amarilla y luego volvía a emprender el vuelo—. Murphy no mató a Bridget O'Hare

. La maté yo.

A la madre Benedicta se le quedó la mente en blanco durante casi un minuto como si una ola enorme hubiera barrido una playa. Todas las trivialidades, todos los desechos del mar, desaparecieron. Se agarró al borde de la ventana hasta que se le estabilizaron las piernas y entonces cruzó de la ventana a la mesa. Se sentó.

—¿Cómo? —dijo.

La señorita Sheldon-Smythe no se movió de la ventana. Los conventos eran lugares bonitos. La escalera de aquel era especialmente hermosa. En el primer rellano había una estatua de la Virgen. Una preciosa Virgen de yeso azul y blanco. Las escaleras se dividían entonces a derecha e izquierda y en el siguiente rellano había una estatuilla de santa Inés. En cada rellano había un ventanal, más grande que aquel, que daba a los jardines. Echaría de menos todo aquello. No echaría de menos su habitación, que se abría al patio de atrás y apenas le daba el sol. Murphy había puesto un par de macetas de geranios donde ella los viera, pero constituían la única nota de color.

—Sí —dijo vagamente—, la empujé por el acantilado.

La madre Benedicta había recuperado el equilibrio.

—¿Sin duda —dijo ásperamente montando en cólera— le habría matado algún canario? —«Que me perdone la Virgen —pensó—, pero en estos momentos no soy capaz de soportar el parloteo de una chiflada.»— Le ruego que me perdone —añadió—. No tengo derecho a ser descortés.

Durante la noche, la señorita Sheldon-Smythe se había preparado para ser recibida con escepticismo. Pese a sus rezos diarios, la madre Benedicta tenía muy mala lengua.

—Periquitos —la corrigió—. Tengo dos. Y no, el motivo que me

llevó a hacerlo no es nada frívolo. —Se sentó en una butaca de felpa roja que había junto a la ventana. En el brazo de caoba había una gota de barniz y la frotó enérgicamente con el dedo. El discurso que tenía preparado se le había borrado de la cabeza. En una mañana tan espléndida resultaba difícil hablar de aquello. Se concentró en Murphy y en el calabozo. Solo así podría hablar.

—Seguramente recordará que Bridget

O'Hare

me pidió cincuenta libras para pagar un aborto ilegal. Cuando le dije que me negué a dárselas le mentí. —Levantó los ojos para ver cómo se lo estaba tomando la madre Benedicta. Su rostro permanecía inexpresivo—. Era tan persuasiva y estaba tan disgustada que en un momento de debilidad se las di —prosiguió—. Después, cuando tuve tiempo de meditar, me arrepentí. No hace falta que explique lo que piensa la Iglesia del aborto. La conciencia no me dejaba en paz. Traté de volver a hablar con Bridget, pero aquí siempre estaba rodeada de niñas y era muy difícil. El día de la excursión, impulsivamente, cogí el coche y me fui a la playa. Quizá encontraría a Bridget sola. No me dejé ver por el grupo ni aparqué cerca del autobús del colegio. Pasé casi todo el rato en la playa principal. Vi que Bridget y Murphy subían al montículo y luego vi que Murphy regresaba solo. Aquella era mi oportunidad y la aproveché. Subí y vi a Bridget sentada en la hierba. Traté de discutir civilizadamente con ella, pero no quería escucharme. Me llamó vieja estúpida y me dijo que dejara de perseguirla. Ahora estábamos de pie, bastante cerca del borde. Ella llevaba el bolso en la mano, pensé que quizá tuviera el dinero dentro. Traté de arrebatárselo. Ella retrocedió y perdió el equilibrio. La hierba estaba muy resbaladiza. Cayó al precipicio antes de que yo pudiera evitarlo. No quería matarla, pero lo hice. Murphy no tiene absolutamente nada que ver con su muerte.

—¿Ah sí? —dijo la madre Benedicta. Era muy plausible, pero no se creía ni una sola palabra—. Y ¿por qué no me lo había dicho antes?

—Siempre había la posibilidad de que Murphy saliera absuelto —dijo la señorita Sheldon-Smythe—. Soy una mujer bastante cobarde, *ma mère*. He guardado silencio por cobardía.

«Si yo fuera su madre de verdad, de ser eso físicamente posible

—pensó la madre Benedicta—, le hubiera imbuido un poco de sentido común. Es usted una vieja emocional, señorita Sheldon-Smythe, lo que quiere hacer es muy quijotesco y me pone tan furiosa que me entran ganas de gritar. Soy despiadada. Soy intolerante. Tengo muchos pecados que confesar, pero este pecado fantasioso suyo me pone tan furiosa que no puedo ni hablar».

La señorita Sheldon-Smythe esperó un momento, pero esperó en vano. ¿Por qué no la creía? Todo era perfectamente posible. A algunos asesinos los habían condenado por razones mucho menos convincentes.

—Ahora mismo voy a informar a la policía —declaró levantándose—. Me ha parecido lo correcto informarla primero a usted. Si no regreso, es que me han detenido.

—Naturalmente, tendré esa posibilidad presente —dijo la madre Benedicta con acritud.

Unos minutos después de que la señorita Sheldon-Smythe abandonara el recinto del colegio en su Morris, la madre Benedicta llamó por teléfono a la comisaría de policía y preguntó por el sargento Thomas. Cualquiera que no conociera a la señorita Sheldon-Smythe podía no darse cuenta inmediatamente de cuál era su carácter. Debía protegerla de su propia locura. Así pues, procedió a explicárselo al sargento Thomas con toda la delicadeza que pudo.

Tras darle las gracias por informarlo, Thomas le dijo que Murphy se había buscado la condena, que la ley era la ley y que había oído que en el pueblo estaban elaborando una petición de indulto. Lo hacían siempre. Pero raramente salía bien. El veredicto, aunque esto no se lo dijo a la madre Benedicta, había sorprendido a casi todo el mundo. Por lo general, la justicia galesa huía de la pena de muerte. Sin embargo, esta vez no había huido.

La señorita Sheldon-Smythe, ignorante de que el espinoso sendero del martirio iba a ser alfombrado por la educada tolerancia que se concede a los ligeramente desequilibrados, había preparado un maletín y lo había puesto en el asiento de atrás. De camino, estaba contentísima. Aquella era una buena acción que justificaría eternamente su existencia. No creía que la ahorcaran, pero si lo hacían la soga se adelantaría al bulto del pecho. Si no la ahorcaban, el bulto se la llevaría. De cualquier modo, Murphy, joven, guapo y sano, quedaría libre. Incluso era posible que cuidara a sus

periquitos. Se acordaba con claridad de que una vez había metido el grueso dedo índice entre los barrotes de la jaula para empujar el columpio.

«Oh, no, Murphy, tú no».

Sonriendo, pasó por delante de la parada del autobús del pueblo sin percatarse de que Zanny y Dolly estaban esperando.

—La vieja b... —dijo Dolly—, podía haber parado.

Iban al dentista. Aparentemente. El único modo de ir al pueblo sin avisar con mucha antelación era tener un repentino dolor de muelas, de modo que Zanny, demacrada y rabiando, había convencido a la hermana Agnes de que necesitaba una extracción inmediata. La hermana Agnes había dicho que debía ir acompañada; ella tenía demasiado trabajo. Zanny, que ya lo había previsto, sugirió que podía ir Dolly. A las muchachas mayores les permitían ir al pueblo, si tenían un buen motivo, de dos en dos, y la hermana Agnes, que conocía el buen sentido de Dolly, accedió. Era una lástima que Dolly perdiera las clases de la mañana, pero seguramente se pondría al día antes que cualquiera de las otras.

Llamaron por teléfono al dentista y les dio hora para las once y media. Zanny no se presentaría, pero el motivo quedaría bien claro en el periódico de la tarde. Esta lo leyó mentalmente: «Colegiala confiesa un asesinato. Heroica confesión de Susannah Moncrief. Murphy libre».

—Si se hubiera parado —señaló—, nos hubiera llevado al dentista, e incluso hubiera entrado con nosotras.

En aquel momento la extracción de una muela parecía una cosa tan sencilla y fácil como arrancar una margarita de entre la hierba. El dolor era relativo.

«Oh, Murphy, Murphy, te quiero, Murphy. Un día, cuando yo salga, tú me estarás esperando. “Zanny, queridísima Zanny —dirás—, has sacrificado tu vida por mí; ningún hombre tiene un amor mayor, ninguna mujer...”. No, no, no dirá eso; es demasiado bíblico». No diría nada. La miraría con sus hermosos ojos pardos. La cogería de la mano y se la llevaría al dormitorio; la moqueta sería blanca y todos los muebles blancos también. El único toque de color sería un camisón de seda roja, con volantes de encaje blanco, que habría sobre la cama. Sería un *negligée*, no un camisón. Iría abierto por delante de arriba abajo. Ella estaría frente a él con el *negligée*

abierto. Él le pondría las manos en la cintura, en la carne cálida y firme de la cintura. El cuerpo, el hermoso cuerpo desnudo de él, se iría acercando...

—Ya viene el maldito autobús —dijo Dolly.

Cuando estaba alterada, Dolly trataba las palabras como un rapazuelo dándole puntapiés a una lata vieja. Al pedirle Zanny que la acompañara, emitió un juramento bastante fuerte, pero no podía negarse. Resultaba difícil racionalizar el humor de que se encontraba. Por una vez en la vida, Zanny hacía lo que debía. Pero no parecía darse cuenta de que terminaría en un correccional por hacerlo. Y luego pasaría a una prisión de mujeres, durante años. La imaginación de Zanny era como el ala de una mariposa delicadamente extendida sobre una boñiga.

Zanny arrugó la nariz en señal de desaprobación y dijo algo de sacrificar su vida para salvar a Murphy.

—Es una lástima que primero sacrificaras la vida de Bridget —replicó Dolly con acritud.

Para llegar al centro del pueblo se tardaban unos diez minutos. No sabían dónde estaba la comisaría de policía y tuvieron que preguntarlo. Zanny había decidido saltarse a la madre Benedicta e ir directamente a la policía. A la madre Benedicta la conocía, a la policía no. La madre Benedicta, cuando estaba enfadada, podía ser muy desagradable. ¿Qué necesidad tenía de pasar dos malos tragos cuando con una confesión bastaba? Al ver el coche de la señorita Sheldon-Smythe estacionado fuera, pensaron que se habían equivocado.

—Quizá ha perdido algo —dijo Zanny— y ha venido a dar parte.

—¿Como qué? —repuso Dolly—. ¿La virginidad?

El mal humor de Dolly era incomprensible para Zanny. La que iba a confesar era ella, no Dolly. Necesitaba que la animaran para poder vivir aquella hora de éxtasis con valentía y gracia.

—¿No podrías ser menos brusca? —dijo enfurruñada, a punto de derramar unas lagrimitas.

Decidieron esperar en el café de enfrente de la comisaría hasta que saliera la señorita Sheldon-Smythe. Zanny, que hubiera preferido un refresco de frambuesa, pidió un café. Dolly, que no estaba dispuesta a dramatizar, pidió un refresco de frambuesa.

La señorita Sheldon-Smythe se estaba tomando la taza de té que

le había ofrecido el sargento Thomas. Había escrito la declaración que él le había indicado y ahora el sargento la estaba leyendo.

El policía le recordaba mucho a Oswald, su hermano mediano, que había sido agente de seguros. Tenía el mismo cabello blanco abundante y las mismas orejas sin lóbulo. También tenían la misma manera de hablar, lenta y tranquilizadora. Aunque este tenía un marcado acento galés; esa era la única diferencia.

—Bueno, señorita Smythe, señorita Shelly-Smythe —dijo Thomas—, solo nos queda aclarar un detalle. ¿En qué forma estaban esas cincuentas libras, en billetes de diez chelines, en billetes de libra, o en una mezcla de los dos?

—Una mezcla de los dos. —¿Sería así más difícil seguirles el rastro?—. Y es Sheldon, no Shelly; no es que me importe, pero tendrá que constar correctamente en el informe.

Thomas se disculpó. Shelly. Sheldon. Daba lo mismo. La confesión iría a parar al archivo de los chiflados. Era curioso observar cómo la publicidad que se daba a un caso de pena capital sacaba a la luz las chifladuras latentes de la gente. Era una vieja simpática a su manera, muy digna y correcta. Supuso que tendría un instinto maternal muy desarrollado pero frustrado. Él tenía una tía cuya especialidad era el jugo de carne cocida para el estómago y una repugnante mezcolanza de vainas de sen para el estreñimiento.

—Y, después de empujarla por el acantilado —dijo el sargento Thomas—, ¿le cogió el dinero del bolso?

—Sí, ya se lo he dicho. Pero, por desgracia, el viento me lo arrancó y se lo llevó. Cuando lo encuentren —«que no lo encontrarán»— compruebe las huellas dactilares; hallará las suyas y las mías. Supongo que no necesitará más pruebas. En caso de que no lo encuentren, me temo que tendrán que aceptar la verdad tal como se la cuento.

—Bueno... —dijo Thomas—, en la costa sopla un viento endemoniado. Esos billetes suyos estarán ya camino de Irlanda. ¿Apreciaba usted a Murphy?

—Apenas lo conocía. —La señorita Sheldon-Smythe se miró las huesudas manos que descansaban en el halda—. Lo que no me gusta es la injusticia. Estoy dispuesta a pagar por mis pecados.

—Ya —contestó Thomas. En los conventos había obsesión por los pecados. Aunque la iglesia a la que asistía él no difería gran

cosa. «¡Ay de mí —pensó—, estoy perdido porque no hay nada bueno en mí!».

—He traído un maletín. —La señorita Sheldon-Smythe señaló una maletita de piel que tenía junto a la silla—. Por si he de quedarme en el calabozo.

Thomas se sobresaltó.

—El calabozo es un poco sórdido —dijo recuperándose. Se la imaginaba sentada sobre la tosca manta marrón de la cama con un camisón blanco de algodón abrochado hasta la barbilla. Llevaría rulos metálicos en la cabeza y habría metido la dentadura en un vaso de la cárcel. Antes de desnudarse, colgaría la chaqueta, la chaqueta negra, sobre el ventanuco de la puerta.

—Naturalmente no esperaba el Ritz —declaró la maestra.

—No, pero... hmmm... no es un lugar muy apropiado para una dama.

—No sabía yo que en las prisiones de Su Majestad había diferencias de clase. Estoy preparada para aguantar todo lo que tendría que aguantar una criada. En el fondo todas somos mujeres.

Ya era hora de poner fin a aquella entrevista.

—Estoy de acuerdo —dijo Thomas—. Sí, sí, estoy de acuerdo, pero la ley es muy compleja. Hay mucho que investigar. Se llevarán a cabo las diligencias necesarias. Si aparece el dinero, el departamento forense tendrá que estudiarlo, como usted misma ha dicho. En cuanto sepamos algo con seguridad, será usted detenida y acusada.

La señorita Sheldon-Smythe sintió cómo se le secaba la boca de pánico. ¡Qué tonta había sido! Si esperaban a que apareciera el dinero, no la detendrían nunca. Y el tiempo apremiaba.

—Lo que ocurre es que en realidad quemé los billetes —dijo—. Sabía que tenían las huellas dactilares de Bridget y temía que me relacionaran con ella. Si me permite volver a redactar la declaración, aclararé este punto. Lo lamento muchísimo.

El sargento Thomas comenzaba a irritarse. ¡Caray! Aquella mujer le estaba haciendo perder el tiempo. Le dijo que el agente Williams le atendería mientras revisaba la confesión.

—¿Y luego me arrestarán?

—No —replicó con una calma encomiable—. La detendremos a su debido tiempo.

—¿Antes de que muera Murphy?

—Mucho antes. Sí, sí, mucho antes. ¿Por qué no pasa a ver a su médico y le dice que le recete algo, un buen tónico para los nervios, algo que le ayude a dormir?

—Estoy perfectamente cuerda —dijo la señorita Sheldon-Smythe enérgicamente, implorando con la mirada que la creyera—. Soy totalmente consciente de lo que estoy haciendo.

—Naturalmente. Jamás había conocido a nadie tan inteligente como usted.

Se miraron incrédulos.

Zanny y Dolly llevaban casi media hora en la sala de espera de la comisaría cuando el sargento Thomas las mandó llamar. El agente Williams le había aconsejado con evidente buen humor que se volviera el cuello al revés y le pidiera asesoramiento al cura párroco.

—Su talento está desaprovechado en Sión —dijo—. Y en la policía. Lo que le iría bien, Thomas, es un monasterio, y un cilicio. Ahí fuera tiene dos más del convento; vienen como abejas a la miel.

Thomas le recordó, con bastante brusquedad para ser él, que estaba hablando con un superior. Williams guiñó un ojo descaradamente.

—Si han perdido las bicicletas, los pedales o las bombas —dijo Thomas—, no me las pases a mí.

Williams formó un lazo con los dedos y se lo colocó alrededor del cuello. Puso los ojos en blanco y fingió que se ahogaba.

—Murphy —se limitó a decir.

La madre Benedicta había dicho que iba una, no tres. Thomas le dijo a Williams que le diera diez minutos de tiempo y que luego llamara a la puerta con una historia plausible. Ya casi era hora de almorzar.

Esperaba dos señoras de edad y se sorprendió al ver a una jovencita preciosa de cabellos dorados acompañada por otra menos agraciada pero también interesante de aproximadamente la misma edad. Parecía que la guapa había estado llorando. La feíta tenía el ceño fruncido. Thomas les indicó que se sentaran. Ellas le obedecieron en silencio.

—Vosotras diréis.

—Yo maté a Bridget —dijo la guapa—. Pensaba que deberían

ustedes saberlo.

—Vaya, vaya —dijo Thomas apoyándose en el respaldo del asiento—. ¿Y tú también has matado a Bridget? —añadió mirando a la menos afortunada.

—Desde luego que no —dijo Dolly indignada.

Zanny, que había pasado la mayoría de las horas de vela imaginándose aquella escena, tenía la sensación de haber entrado en una caja de cristal. En su interior no había nada. No había respuesta, ni exclamación de horror, ni miradas inquietantes, absolutamente nada. Solamente un policía viejo y distante, que podía ser su abuelo y le sonreía burlón. No era aquello lo que esperaba.

Dolly fue la primera en comprender la situación. Siempre que podía leía el periódico. Leía las noticias y leía libros, realidad y ficción.

—Es bastante evidente —dijo con lo que esperaba fuera un tono propio de fiscal— que no cree usted a mi amiga.

—Pues mire usted —dijo Thomas, a quien ya se le estaba acabando la paciencia—, puede que tenga razón.

—Supongo que en un caso como este —declaró Dolly—, le sobrarán confesiones.

—Como margaritas en verano —dijo Thomas.

—Pero ha de convenir conmigo en que entre las margaritas puede haber una flor de la verdad.

—Muy poco probable —dijo Thomas mirándola con cierto interés.

—En este caso en particular —dijo Dolly—, es más que una flor, es un árbol entero. —Se arrepintió de haber usado la metáfora, pero una vez empleada más valía seguir con ella—. A los criminales se los cuelga de los árboles, y en este caso se han equivocado de criminal.

Se acordó entonces de una antigua conversación, lo mismo que Zanny, algo del pequeño Willie y de las manzanas que colgaban de los árboles.

—Mi amiga —prosiguió Dolly— mató a mi hermano a los seis años, poco después mató a Evans el panadero provocando un accidente, y ahora, hace muy poco, ha asesinado a Bridget O'Hare

—Y es amiga tuya, ¿no?

—A falta de otra palabra mejor...

Thomas empezó a cogerle manía a la menos agraciada. Había visto otros casos de intimidación y estaba bastante seguro de que en aquel momento tenía uno ante los ojos. En casi todos los colegios había intimidaciones, pero aquello era demasiado.

—Si tienes alguna queja —le dijo a Zanny—, no temas exponérmela a mí. Hubiera sido mucho más acertado decírselo primero a la madre Benedicta, pero ya que no lo habéis hecho... ¿o sí? —Zanny negó con la cabeza—. Cuéntame por qué te está intimidando tu compañera.

—No me está intimidando —dijo Zanny, sorprendida—. No podemos salir del convento solas, y ella es la única que lo sabe todo. Yo he querido que viniera.

—Hace falta valor para confesar un asesinato —dijo Dolly.

—Si esta joven ha de hacer alguna confesión —dijo Thomas— la hará cuando tú no estés presente para intimidarla. Sal fuera.

Dolly, sorprendida, estaba a punto de replicar, pero cambió de idea. En el futuro los hombres como Thomas se arrastrarían a sus pies. Si Usía lo desea..., dirían.

—¡Sal! —dijo Thomas sosteniéndole la puerta.

«Ahora las empujeras —pensó Zanny—. Estamos solos. Estoy a su merced». Los amables y zalameros eran los peores. Se le llenaron los ojos de lágrimas. «Oh, Murphy, Murphy, esto lo hago por ti. Me estoy mareando. Necesito ir al lavabo. Te quiero».

—No debes tener miedo —dijo Thomas—. De nadie. Cuando yo era joven e iba al colegio, todos me empujaban, hasta que aprendí a pelearme. Las niñas no pelean, pero pueden demostrar fortaleza de otras maneras. No tienes que hacer todo lo que te dice la otra niña.

Zanny, sorprendida ante el giro que estaba tomando la conversación, dijo que Dolly no le había mandado hacer nada.

—Lo dejó a criterio de mi conciencia.

«Malvada —pensó Thomas—. Perversa. Tanto meterse con tu conciencia te provocó un complejo de culpabilidad que evidentemente ella quería quitarse de encima».

—Dime lo que tengas que decirme, sin miedo. No serán cuentos de la otra niña. Será la verdad. Si le tienes miedo, dímelo, y dime

por qué. No pasará nada. No debes preocuparte por nada.

Zanny, que no comprendía los derroteros que estaba tomando la conversación, empezaba a temblar.

—Pero es que estoy preocupada, muy preocupada —gimoteó—, porque Murphy no mató a Bridget. Lo van a ahorcar por un delito que no ha cometido.

Thomas no sabía mucho de psicología, pero sabía que el complejo de culpabilidad generalmente se centraba en un hecho concreto. Murphy había salido en los periódicos. Un asesino en espera de ser ejecutado se veía envuelto en los pecadillos de los desequilibrados como un espantapájaros. La señorita Sheldon-Smythe, cuya excentricidad era patente, había reaccionado resueltamente. Aquella chiquilla temblaba de miedo. Se preguntó qué habría hecho. Quizá había ido demasiado lejos con su novio; ya tenía edad suficiente. Y la otra quizá los había cogido. Una faltita se había convertido en su cabeza en una catástrofe. La otra había jugado con sus emociones como un organista de pies planos con los registros. De las dos, ella era la más desequilibrada. ¡Mira que decir que aquella niña había matado a Evans el panadero! ¡Qué acusación más cruel! Aunque hacía ya nueve años, se acordaba de la muerte de Evans con bastante claridad. Era primo de su mujer. El informe oficial determinaba que había sido un accidente. Y era obvio.

Cuando la gente estaba nerviosa había que calmarla. La otra señorita sádica la había obligado a ir a contar una retahíla de tonterías. Bien, más valía que la escuchara.

—Yo maté a Bridget

O'Hare

—dijo Zanny—. La empujé por el acantilado. Murphy no tuvo nada que ver, no pueden ahorcarlo.

Thomas se recostó en el asiento sin saber qué decir para tranquilizarla.

—El mundo está lleno de gente mala —manifestó—, y de gente que no es tan mala pero se encuentra atrapada en malas situaciones.

—Bridget era mala —dijo Zanny—. Incitó a Murphy. Murphy es muy buen hombre.

—Todos tenemos algo bueno.

—Lo hice por el bien de Murphy; la tiré por el acantilado por su bien. Él no hubiera podido quitársela de encima. La hubiera llevado

toda la vida colgada del cuello.

«El cuello».

«¡Oh, Murphy!».

—Ha de creerme. ¿No tengo que escribir una declaración o algo así? ¿Qué he de hacer? —Lo dijo en un tono iracundo que recordaba a la señorita Sheldon-Smythe.

Si redactar una declaración la iba a poner contenta, pues que la redactara. Siempre se decía que escribir las cosas era una buena terapia. Por otra parte, ya era hora de avisar a la madre Benedicta. No era un caso sencillo. Las adolescentes eran muy especiales. Cuando su propia hija tenía aquella edad se escapó de casa para ser actriz y llegó hasta Liverpool. Mintió con toda la barba.

—Sí, sí —dijo Thomas acercándole papel y pluma—. Escribe todo lo que quieras.

«Mi sentencia de muerte», pensó Zanny, dudando momentáneamente. Aunque no lo era, pues no había cumplido todavía los dieciséis. Pero sí era el inicio de una nueva vida, y no precisamente agradable.

Anotó la fecha con letra fina y luego la dirección del convento.

«Yo, Zanny Moncrief —escribió—, en plenas facultades físicas y mentales, el... (no recordaba la fecha; tachó “el”) un día de principios de verano subí al promontorio de Coracle Bay durante una excursión del colegio y empujé a la señorita Bridget

O’Hare

por el precipicio hasta que cayó al mar y allí murió. Ignatius Murphy no se encontraba allí cuando esto ocurrió. Ha sido erróneamente acusado de la muerte de la señorita

O’Hare

y debe ser puesto en libertad».

Firmó Susannah Moncrief y puso Zanny entre corchetes.

Justo cuando acababa de firmar, el agente Williams llamó a la puerta y entró.

—Hay una bomba sin explotar en el patio de atrás manifestó.

A Thomas no le hizo ninguna gracia el chiste y, olvidando que le había dicho que los rescatara al cabo de diez minutos, le indicó lacónicamente que lo dejara en paz.

Repasaron juntos la declaración.

—Muy bien —dijo él—, muy bien. Una letra preciosa. Y muy

bien expresado.

—Supongo que ahora me detendrá —dijo Zanny. Estaba cansadísima.

Thomas también estaba cansado. Tratar de explicar por qué no podía detener a la gente así como así estaba resultando extenuante.

—Ojalá pudiera —declaró—. Es mucho más fácil detener a las personas cuando estás completamente seguro de que no te equivocas. Sin embargo, solo con esta declaración no puedo arrestarte. He de tener pruebas.

—¿Qué tipo de pruebas? —preguntó Zanny.

—Quizá alguien que te viera hacerlo. —Pensó en la que la esperaba fuera—. Que no sea tu amiga —dijo rápidamente—. Un desconocido.

—¿Quiere decir —inquirió Zanny horrorizada— que si no presento testigos Murphy morirá?

—Bueno, yo no diría tanto —la tranquilizó Thomas—. En el pueblo están recogiendo firmas para solicitar el indulto. Seguro que pasarán por el convento y podrás añadir tu nombre.

—¿Ha declarado alguien haber visto a Murphy tirar a Bridget O'Hare por el precipicio?

—Pues, no..., no exactamente... —dijo Thomas—. En su caso hay pruebas circunstanciales. No es necesario que haya testigos.

Zanny trató de aclarar la cuestión.

—¿De modo que yo necesitaría testigos y Murphy no?

—Eso es.

—Comprendo —dijo Zanny, y creyó comprenderlo. Algunas personas, como ella, podían matar impunemente. Algunas personas eran portadoras de enfermedades y estas no las afectaban. En cambio, otras personas que no eran portadoras cogían esas enfermedades. Ella, Zanny, podía atravesar una cortina de fuego de artillería y, gracias a su invisible protección, salir indemne. Murphy no estaba entre los afortunados.

Aparte de encadenarse al asiento como una sufragista a una verja y negarse a moverse, no podía hacer nada.

—Bueno, ya se lo he dicho —manifestó.

—Sí —dijo Thomas levantándose—. Y no debes preocuparte.

—Creo que están ustedes locos —dijo Zanny amargamente.

—Indudablemente todos estamos un poco locos —repuso Thomas sin inmutarse—. Con el tiempo mejoraremos.

La acompañó a la puerta.

En aquella ocasión fue él el que llamó a la madre Benedicta. Esta lo escuchó pasmada. Que las personas de edad, como la señorita Sheldon-Smythe, no estuvieran en sus cabales no representaba una gran tragedia, pero que los jóvenes empezaran a alucinar era ya más grave. Le dio las gracias al sargento por actuar con tanto tacto.

—Yo también tengo hijas —dijo en tono tranquilizador—. La adolescencia es una edad difícil; ocurren cosas curiosas.

«No es ese el adjetivo que emplearía yo», pensó la madre Benedicta.

—La última vez que ocurrió un asesinato y el asesino fue condenado a la horca —explicó Thomas—, recibimos más de veinte confesiones. La pena de muerte tiene este efecto en algunas personas, las trastorna.

La madre Benedicta lamentaba muchísimo que hubiera trastornado a Zanny. En cuanto al papel de Dolly en todo aquello... no acababa de entenderlo. Era una muchacha sensata y equilibrada. Resultaba extrañísimo que ayudara y encubriera a Zanny en esto. Los Moncrief se habían portado muy bien con ella, muy bien. Decidió escribirles. Sobre el papel sería más fácil de explicar. Naturalmente, no diría nada de Dolly. No tenía sentido poner en peligro el futuro de la muchacha enfrentándola a sus benefactores. Si se daba prisa, la carta saldría en el correo de la tarde.

Clare y Graham acababan de hacer el amor cuando llegó la carta. La contracepción ya no era tema de disputa entre ellos. Desde el juicio y la condena de Murphy estaban de acuerdo en que una hija había sido ya excesivo.

Cuando Graham fue a la cocina a poner agua para el té de la mañana vio el sobre en el suelo y lo llevó al dormitorio. Clare, adormilada, desnuda y mimosa después de hacer el amor, remoloneaba debajo de las sábanas cuando lo oyó abrirlo. Tras un par de minutos de silencio durante los cuales Graham leyó la misiva, este emitió un gruñido.

—¿La renta? —preguntó desperezándose—. ¿O el recibo de la

luz?

—La madre Benedicta.

Mucho más grave que todo aquello. Se arrodilló de un salto y se puso a leer la carta por encima del hombro de él.

La madre Benedicta había hecho acopio de todo el tacto que había podido. Empezaba diciendo que Zanny era una jovencita muy agradable, cariñosa e imaginativa. «Todo el colegio —prosiguió— quedó conmocionado por la triste tragedia de Bridget O'Hare

y la subsecuente condena de Murphy. Yo hice lo que pude para paliar el trastorno que ello suponía para las niñas, prohibí los periódicos, etc., pero no fue posible ocultar por completo la verdad. Su querida y sensible hijita, horrorizada ante la inminente muerte de un hombre a quien había visto en los jardines del convento (si bien, que yo sepa, no había hablado nunca con él), quedó muy afectada emocionalmente. A espaldas mías, con la excusa de ir al dentista, se presentó en la comisaría de policía y comunicó al sargento que ella era la que había asesinado a Bridget O'Hare

».

—¡Santo Dios! —exclamó Clare.

«El sargento —siguió leyendo—, un hombre muy sensato, acostumbrado a oír varias confesiones falsas en momentos como este, le dijo unas palabras amables y la volvió a mandar al convento. Entonces me telefoneó y me dijo que no me preocupara. Las extravagancias de los adolescentes no eran novedad para él, según me dijo, y lo mejor era pasarlas por alto.

»Considero que su consejo es acertado y que, si bien era mi obligación ponerlo en su conocimiento, pese a que lamento preocuparlos, debemos tratar de olvidarlo.

»Reprendí a Zanny por ir al pueblo con una excusa falsa y le aconsejé con bastante energía que reprimiera con mayor insistencia su imaginación. Ella estaba bastante alterada y repetía obstinadamente que era culpable. Puesto que el mejor modo de calmar una mente perturbada es llenarla de trabajo, dispuse que su profesora le diera clases adicionales de matemáticas. Está bastante floja en álgebra. También hablé con el padre Donovan a fin de que estuviera preparado para recibir una confesión similar. Un pequeño

castigo por lo que no solo es una mentira sino una nociva inclinación hacia el martirio debe convencer a Zanny de su insensatez.

»Así pues, señor y señora Moncrief, después de cumplir con mi deber de informarlos de lo que considero deben saber, demos gracias a Dios por la sensibilidad de la muchacha y que sea como Él disponga.

»Dentro de quince días, el catorce del corriente, vamos a celebrar la fiesta de otoño. La inaugurará *sir* Clifford Ponsonby, que recientemente se ha trasladado a vivir a la zona. Espero que asistan muchos padres y cuento con la presencia de ustedes. Tengo la esperanza de que entonces Zanny ya habrá recuperado su habitual alegría y no será necesario mencionar nada con respecto a lo ocurrido».

Clare se echó a reír, pero inmediatamente las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Qué absurdo... —dijo. Cogió la almohada y se la clavó en el estómago.

Graham soltó la carta y contempló cómo descendía hasta el suelo.

Abajo, en la cocina, un silbido los avisaba de que el agua estaba lista. Graham descendió a preparar el té. Hoy la oficina podía irse al carajo. Puso las galletitas de siempre en un plato y todo el servicio en una bandeja y lo llevó arriba.

Clare estaba tumbada en su lado de la cama en posición fetal y con la almohada todavía contra el estómago, pero cuando entró él se incorporó y cogió una taza. Le preguntó qué iban a hacer.

Graham no lo sabía. Hacia el final del juicio casi había llegado a creer en la culpabilidad de Murphy. Poder contemplar la posibilidad de que Zanny fuera inocente había resultado reconfortante. Deseaba mantener ese estado de ánimo. No obstante, la carta había planteado un problema. Como una charca siniestra y profunda, lo mejor era bordearla mientras pensaba.

—Nunca hemos estado seguros de que Zanny ahogara al pequeño Willie. —Esperaba que Clare viera aquella frase como una soga de salvación para cruzar la charca y la usara sin hundirlos a los dos—. Evans el panadero murió de un accidente —prosiguió a toda prisa—. Sí, Zanny empujó a Dolly. Puede que no se diera

cuenta de que la camioneta estaba tan cerca. No es el primer niño que se cae a un estanque. No es el primer niño que empuja a otro niño. Murphy tenía un buen motivo para librarse de Bridget, ¿por qué hemos de pensar nosotros que no lo hizo? No vimos que Zanny ahogara a Willie. Nadie la vio empujar a Bridget. A mi modo de ver, todos estos años hemos tendido a ver el lado malo de Zanny...

—Entonces, ¿por qué fue a confesar ante la policía? —El tironcito que dio Clare de la sog a era malintencionado.

Graham volvió a tirar con fuerza.

—En palabras de la madre Benedicta, por un deseo de martirio.

Se miraron y luego los dos apartaron la vista.

—Si confirmamos la confesión de Zanny, Murphy vivirá —dijo Clare.

—Y ¿qué le ocurrirá a Zanny?

«Algo horroroso —pensó Clare—. Se me revuelven las entrañas en protesta».

—Si yo fuera religioso —dijo Graham sin contestar la pregunta —, lo dejaría en las manos de Dios. Él permitirá que salga impune, haciendo que nadie crea su confesión, o hará que cargue con su culpa.

—Pero como no eres religioso...

«Si traicionas a Zanny, pese a lo mucho que te quiero, Clare, te mataré».

Clare cogió una galleta y la mordisqueó lentamente, dejando que las migas cayeran en las sábanas.

«Si la traicionas, yo haré lo mismo contigo».

—Yo estoy preparada para convertirme temporalmente —dijo ella por fin.

La sog a que cruzaba la charca seguía tensa. Entonces, relajándose despacio, regresaron a la orilla con precaución.

Llegaron a la conclusión de que lo mejor sería no ir a la fiesta del convento. Zanny, agobiada por las matemáticas y aplacada por los pequeños castigos, quizá ya se habría arrepentido de la impulsiva confesión, pero no podían estar seguros. Una cosa era guardar silencio estando lejos, y otra bastante distinta ser alcanzados por la verdad que podía desplegar ante ellos. El silencio los sometería entonces a una presión intolerable.

Sin embargo, no lo expresaron exactamente así. Les

desagradaban las fiestas, dijeron. Graham había conocido a Clifford Ponsonby en un almuerzo del Club Rotario y no se había llevado una impresión muy favorable. Por un lado, no sabía beber, y además lo habían retirado del circuito antes de lo normal.

—¿De qué dices que lo han retirado? —preguntó Clare en un intento de cambiar de tema.

—Del circuito del norte —le dijo Graham—. Es juez retirado.

—¿No será el que Murphy...?

—No tiene nada que ver con Murphy.

—Hagamos el amor otra vez —dijo Clare. La conversación era peligrosa. Solo carne contra carne apaciguaría la mente.

Él dudó de que le quedaran fuerzas. Pero lo intentó. Y las tenía. Permanecieron cuerpo sobre cuerpo mientras la angustia y la culpa se iban diluyendo.

La invitación a *sir* Clifford Ponsonby había sido enviada y aceptada mucho antes del juicio contra Murphy. Si la madre Benedicta hubiera contado con el don de la presencia, le hubiera pedido a cualquier otro dignatario local que hiciera los honores. En aquel momento, con la ejecución de Murphy cada día más próxima, cualquier roce con la ley, aunque fuera retirada, era poco afortunado. El clima emocional reinante estaba mucho más exacerbado de lo normal. Las redacciones de las niñas, no solo las de Zanny, que de todos modos no brillaba por sus dotes como escritora, reflejaban la situación desde ángulos distintos. El amor, el dolor y el horror, con diferentes apariencias, fluían de las plumas estilográficas para llenar cuadernos.

Zanny, siguiendo el consejo de Dolly, le escribió al ministro del Interior pidiéndole el indulto para Murphy. La madre Benedicta, después de dudarlo mucho, autorizó el envío de la carta. Probablemente el ministro del Interior recibía docenas de cartas similares. Seguro que la señorita Sheldon-Smythe también le había mandado una.

En la carta que Zanny escribió a sus padres no nombraba para nada el tema de Murphy. Decía que esperaba que asistieran a la fiesta. Pero dudaba que ella estuviera allí para recibirlos. Tenía mucha fe en el ministro del Interior. Ahora que lo sabía, actuaría.

La madre Benedicta les comunicaría la noticia a sus padres y explicaría su ausencia. Siempre quedaba mejor que fuera la madre Benedicta la que lo explicara.

Entre tanto, el convento se preparaba para la fiesta. La sección de trabajos manuales se instalaría en el vestíbulo principal. Había pinturas y bordados. Zanny, obligada a someterse al tratamiento del trabajo, no solo luchaba con las ecuaciones algebraicas y perdía, sino que además pintaba flores azules en un jarrón rosa pálido sobre un fondo violeta. La exclamación de repugnancia de Dolly fue un comentario justo.

La contribución de Dolly consistía en las pistas de un juego de la búsqueda del tesoro. Las primeras pistas que inventó eran tan difíciles que el tesoro, una caja de bombones, hubiera permanecido oculto eternamente. La hermana Clemence señaló ásperamente que en su mayoría el público estaría compuesto por personas de mente sencilla y que debía poner pistas que fueran asequibles.

La mayoría de las actividades al aire libre eran de las que podían ser trasladadas rápidamente al interior en caso de lluvia. Había juegos de habilidad y de puntería.

También había una tienda llena de conejos en jaulas. Eran atractivos y baratos. Como solución al problema de la madre Benedicta era brillante.

La señorita Sheldon-Smythe los miró con tristeza.

—Quizá vuestro amo no vuelva nunca —les dijo—, pero yo seguiré luchando.

Ella tenía planes propios para el día de la fiesta. Esperaba que hiciera buen tiempo.

Faltaba menos de una semana para la ejecución de Murphy. Zanny se confesó con el padre Donovan.

—Y no me ponga tres avemarías como la vez pasada —le dijo. Era una impertinencia, pero él se la perdonó. Le puso cinco. El ministro del Interior no había contestado. La policía local era un atajo de inútiles. Las monjas la mataban a trabajar. Estaba cansada. Estaba pálida. Nunca había estado tan guapa.

El día de la fiesta amaneció despejado. Un sol potente y dorado dominaba el cielo otoñal. Las niñas, con sus uniformes azules, pululaban entre los invitados presentando a padres y amigas. Dolly, como siempre, fue incluida en varios grupos. De vez en cuando

todavía contaba la fantasía referente a sus difuntos padres, pero generalmente era aceptada por sí misma. Zanny, que esperaba no estar presente aquel día, vagaba desolada. Sus padres habían llamado por teléfono a la madre Benedicta para explicar por qué no podían ir. La madre Benedicta aceptó la poco creíble excusa sobre un fin de semana en Londres con unos amigos que acababan de llegar del extranjero sin apenas disimular su disgusto y se la transmitió a Zanny. A Zanny le daba lo mismo. Deambulaba en una neblina depresiva. Sus padres la habían mandado a Francia para las vacaciones y ahora volvían a dejarla de lado. Bueno, daba lo mismo. Hacía sol. Bueno, daba lo mismo.

«Estos días de agonía —le decía Murphy en la imaginación— pasarán. No debes hacer nada. No digas nada. Tu valentía es como un faro que me cegará en los últimos momentos. Yo moriré por ti. Tú no debes morir por mí».

«Pero es mi obligación, Murphy».

«Y moriré, moriré, moriré».

—Ocúpate de vigilar la mesa de los trabajos manuales —le dijo la hermana Clemence, que dirigía la fiesta—. Como hace tanto calor, la ceremonia de apertura y el baile griego tendrán lugar fuera. Luego abriremos las puertas. Asegúrate de que estás en tu puesto a tiempo, y no te olvides de mirar los precios escritos en las etiquetas. No hagas ningún descuento hasta última hora de la tarde, y solo si hay algo que veas que tiene poca salida. No debes regalar nada, aunque no se venda ni con descuento. Estas cosas no se echan a perder y habrá otras fiestas. Comenta la calidad de las labores y haz hincapié en las obras de caridad que se harán con el dinero. Sé buena vendedora para mayor gloria de Dios.

—No comprendo cómo es posible que tenga... que tengamos que ocuparnos de cosas tan triviales en este momento.

—El mundo está formado por cosas triviales —le dijo la hermana Clemence—. Es como una sencilla rebanada de pan con mantequilla; nos ayuda a sobrevivir.

—A algunos —dijo Zanny.

La madre Benedicta había advertido a la hermana Clemence y las demás monjas que trataran con tacto a Zanny Moncrief. La hermana Clemence tuvo el tacto de no tener tacto en francés.

—*Voyons, ne dis pas de bêtises!* —dijo bruscamente.

La verja del convento llevaba veinte minutos abierta cuando *sir* Clifford Ponsonby y su esposa Betty, llegaron en su viejo Bentley. El hecho de que usara el Bentley en lugar del Rolls era señal de su descontento por tener que asistir a aquella celebración de tres al cuarto. Por él, hubiera declinado cortésmente la invitación a inaugurar el detestable acto, pero Betty quería asistir. Betty, alta, exuberante y dominante, había sido la artífice de su encumbramiento en la cima de la profesión legal. Ella se había encargado de dar empujoncitos, tirar de las cuerdas, llevar el timón y virar. Su rango se lo debía a ella, le había dicho. Pero aquel retiro forzado también se lo debía a ella; si vivías con Betty no tenías otro remedio que darte a la bebida. Aparte de abandonarla. Ella había aprendido a soportar sus borracheras mientras no fueran demasiado evidentes. La petaca que llevaba en el bolsillo estaba muy bien disimulada.

—No hables de Atlee ni del gobierno laborista —le dijo Betty al recordarle el discurso.

—El mundo se ha vuelto loco —gruñó él—. Yo estoy loco. Vivo en una casucha del desierto de Gales. Me dedico a botar lanchas salvavidas, a inaugurar bibliotecas y a presidir fiestas en ridículos conventos. Y ¿cómo tengo que dirigirme a la monja jefe?

—Lo normal es llamarla *ma mère*, pero no es muy apropiado para ti —dijo Betty con ironía—. Prueba reverenda madre, o sencillamente usted. No te alargues en el discurso. No seas demasiado agarrado con el dinero. —Y al ver la tienda de los conejos al pasar, añadió—: Y no compres ninguno de esos.

Fue uno de los padres quien le dijo a Dolly que *sir* Clifford era un juez retirado. La madre Benedicta había tenido la picardía de no decirlo al explicarles a las niñas quién iba a hacer los honores aquel año. Dolly buscó inmediatamente a Zanny y se lo dijo.

—Es posible que tenga influencia con el ministro del Interior.

Entonces *sir* Clifford y su esposa se encontraban junto a la tienda donde se servía el té, en una zona acotada desde la cual había de pronunciar el discurso de apertura.

Zanny lo miró sorprendida. ¿Un juez retirado? ¿Aquel hombre que parecía un balón? Tenía las mejillas rubicundas, muy poco pelo y unas manos grandes y rosadas. Sin duda, con la toga y la peluca mejoraría, pero no mucho. ¿Cómo era posible que hombres como

aquel —criaturas de aspecto porcino— tuvieran poder para decidir entre la vida y la muerte de hombres hermosos como Murphy?

—Me complace enormemente —mintió— encontrarme en este precioso jardín este espléndido día de otoño. Me ha hecho usted un gran honor, Reverenda Madre, invitándome a su feria anual, y un honor todavía mayor pidiéndome que la inaugure. Como saben, hace poco que me he trasladado a vivir a la zona después de pasar muchos años en Liverpool. Encuentro el paisaje precioso y a las gentes encantadoras. Mi esposa y yo hemos sido recibidos con los brazos abiertos en todas partes. Hoy esperamos hacer nuevos amigos entre alumnas, padres y lugareños. Según me han informado, lo que se recoja en la fiesta se destinará a diversas obras de caridad. Permítame, Reverenda Madre, que le ofrezca un pequeño donativo antes de que comience la diversión. —Le entregó lo que para él era como una multa y la madre Benedicta aceptó el cheque con las palabras de agradecimiento apropiadas.

Llegados a aquel punto, anunció que un grupo de muchachas del último curso iban a deleitar seguidamente al público con unas danzas.

Las danzas griegas eran la única contribución de Robina Blane, que estaba ya contando los días que faltaban para el final del trimestre y el momento de abandonar la enseñanza para siempre. El largo verano de vacaciones pagadas había actuado de anzuelo para que aceptara quedarse un segundo trimestre, pero no había merecido la pena. La muerte de Bridget y la inminente ejecución de Murphy habían de dar a su estancia en aquel horrendo lugar los más lóbregos tintes. Su personalidad, que nunca había destacado demasiado, se había abatido todavía más durante las últimas semanas. No era buena profesora. No le agradaban mucho las niñas. Pero sabía bailar, lo mismo que ellas, si se las animaba lo suficiente. Tres violines y un violoncelo tocaban la música de fondo en tanto las bailarinas hacían su aparición en el rectángulo de césped que quedaba justo delante de *sir* Clifford, su esposa y la madre Benedicta.

Tenían las piernas bastante bonitas, pensó *sir* Clifford. Los vestiditos griegos, si bien no eran nada descocados, revelaban al menos parte de los muslos. Las muchachas pubescentes podían ser criaturas excitantes. Ya se había fijado en un par de ejemplos más

que presentables. Las jovencitas, algunas de las cuales tenían el pecho bien desarrollado, alzaron los brazos, adelantaron un pie e iniciaron sus evoluciones. No lo hacían mal. Después de todo, no estaba tan mal aquella fiestecita. Sería mejor si pudiera tomarse un sorbo de *whisky*. Quizá después.

El primer baile, bastante lento, calmó los ánimos de los asistentes. Algunos se acomodaron en la hierba. Zumbaban las abejas y los violines se veían acompañados de vez en cuando por el canto de algún pájaro interesado.

Luego se avivó el ritmo. Robina, obedeciendo instrucciones que temía desoír, hizo una seña nerviosa a la orquesta. Una muchacha del último curso, que se encontraba preparada, se unió al grupo con un par de platillos.

Durante veinte segundos reinó el silencio.

La señorita Sheldon-Smythe, como siempre totalmente vestida de negro, se situó en el centro de las bailarinas. Estas dieron un paso atrás para hacerle sitio. Ella señaló los platillos con gesto imperioso. La muchacha los hizo entrechocar.

La madre Benedicta, que había visto los ensayos y sabía que aquello no formaba parte del espectáculo, se puso rígida. Le había ordenado a la hermana Inés que se separara lo menos posible de la señorita Sheldon-Smythe y que procurara que no hiciera nada inoportuno. Evidentemente había burlado a su vigilante y eso era lo que iba a hacer.

La señorita Sheldon-Smythe gritó con voz chillona:

—¿A quién queremos?

Y las bailarinas griegas contestaron:

—A Muuurphy.

—Y ¿cómo lo queremos?

—Libre, libre, libre.

Los platillos chocaron tres veces.

Y se repitió el procedimiento.

—¿A quién queremos?

—A Muuurphy.

—Y ¿cómo lo queremos?

—Libre, libre, libre.

Todavía no había llegado la época de las animadoras deportivas, pero la señorita Sheldon-Smythe sabía lo que se hacía. La guiaba un

instinto más antiguo que la humanidad. No era una agitadora de masas, pero conocía los trucos que se usaban. Doce bailarinas griegas no harían ruido suficiente, pero constituirían un bonito preludio de un *crescendo* bien orquestado.

—¿A quién queremos? —Se dirigió directamente a las alumnas en general, cuyos ojos ardían como antorchas, gritando con todas sus fuerzas.

—A Muuurphy —le contestaron, empezando a dejarse arrastrar por la histeria.

—¿Cómo lo queremos?

—Libre, libre, libre —gritaron.

Alzó los dos brazos, con los puños apretados, la cabeza echada hacia atrás y la boca en un gesto desafiante de dolor y resolución. Con las alumnas de su lado, los padres tendrían que empezar a prestar atención al asunto.

—¿A quién queremos?

Lo repitió varias veces.

Algunas niñas gemían y sollozaban. Una se había lanzado al suelo y arañaba la tierra.

Zanny permanecía estupefacta observando en silencio. Tenía la sensación de que la estaban despellejando viva. Dolly, divertida, se hallaba a su lado. Tampoco había abierto la boca.

La madre Benedicta, en una época muy lejana de su juventud, se había encontrado arrastrada por una turba histérica en el incendio de un hotel cuya puerta principal se había atrancado. Entonces era joven y consiguió conservar la calma. Ahora lo intentaba también. En un aparte, explicó rápidamente a *sir* Clifford a qué se debía el alboroto.

—Lo lamento muchísimo —le gritó al oído—, pero no sé cómo ponerle fin.

Generalmente, con su presencia y unas cuantas palmadas bastaba. En aquella ocasión hacía falta algo más.

Sir Clifford, que había desalojado la sala un par de veces, no se sentía intimidado. Aquella celebración, que un par de horas antes le había parecido extremadamente aburrida, estaba resultando todo lo contrario.

—Querida señora —le gritó a la madre Benedicta—, déjemelo a mí.

Muy pocas personas se dieron cuenta de que se acercaba al grupo que rodeaba a la señorita Sheldon-Smythe. No demostraba una actitud beligerante sino fría y sosegada. Ahora la maestra tenía los ojos cerrados y se le había enronquecido la voz con el esfuerzo.

—Señora —le dijo poniéndole la mano en el hombro derecho—. Señora.

Cuando comenzó a bajar el brazo con renuencia, percibió cómo le temblaban los músculos debajo de la chaqueta negra.

Abrió los ojos, se volvió y lo miró. Con aquella acción quemaba sus naves para siempre. La echarían del convento. No tenía adonde ir. Su futuro nunca había sido tan sombrío. Pero nunca se había sentido tan satisfecha.

No la creería, pero tenía que decírselo.

—Yo maté a Bridget —gritó con voz ronca.

Los ojillos azules del hombre la miraban casi con compasión. Las mujeres de edad que perdían la chaveta no ofrecían un espectáculo demasiado agradable. Desde luego, no tenía gracia. Un sacerdote también mayor se les acercó. Como si fuera a ofrecérsela en matrimonio, *sir* Clifford le tomó la mano y se la entregó al padre Donovan.

—Llévesela —dijo.

En medio del repentino silencio, nadie les quitaba los ojos de encima. El círculo de bailarinas se deshizo mientras el anciano de negro conducía a la anciana de negro a través del césped y por los escalones hasta la puerta principal, que se cerró tras ellos.

Sir Clifford regresó junto a la madre Benedicta y a su esposa. En esta ocasión fue él quien levantó los brazos para hacerse con el control.

—¡Por favor! —dijo. Su voz resonó en el silencio. Todo el mundo lo miró. Por algunas mejillas todavía rodaban las lágrimas y las respiraciones volvían a la normalidad en los fatigados pechos—. Ya deben de saber —continuó *sir* Clifford— que durante muchos años fui juez. En ese tiempo tuve ante mí muchos prisioneros. Algunos inocentes. Algunos culpables. Tener la vida de un hombre en las manos de uno es una gran responsabilidad. Es un poder que nadie quiere tener. Se nos impone. Es una obligación. En este hermoso convento se tiene muy poco conocimiento del mundo exterior. Sois jóvenes. Sois idealistas. No veis nada malo en nadie.

Permitidme que os convenza de esto: las leyes de la tierra están para protegeros. Son justas. Están del lado de los justos, de vuestro lado. Están del lado de los débiles, de vuestro lado. Están del lado de los vulnerables, de los amables, de los buenos..., de vuestro lado. La ley está del lado de Bridget

O'Hare

. Joven, vulnerable, buena, tristemente asesinada en días de alegría. No está del lado del brutal asesino. Guardad vuestra compasión para quienes la merecen: la familia de Bridget, sus amigos. De no ser por Murphy, Iggy Murphy, Bridget estaría entre nosotros disfrutando de este espléndido día. Estaría junto a vosotras. ¿Os gustaría que después de matarla Murphy siguiera viviendo? ¿Os gustaría que siguiera respirando este estupendo aire de otoño que ella no puede respirar? Murphy llegó a este convento y abusó de la confianza que había sido depositada en él. Actuó con horrible salvajismo. Ahora ha sido alejado de vosotras. Ahora estáis a salvo. Dejad que otros asuman la responsabilidad de lo que sea de él. Creedme, será rápido y misericordioso.

No había estado mal el discurso, pensó, sobre todo para ser improvisado y haberlo pronunciado sobrio. Estaban ya mucho más calmadas. Hacia un lado había una muchachita guapísima de unos quince años. Tenía el cabello dorado más fantástico que había visto en su vida. Su expresión era grave y estaba muy pálida. Lo miraba fijamente a los ojos.

Él apartó la vista con cierta reticencia.

—Divertíos —dijo en tono algo brusco—. Yo pienso divertirme. Habéis preparado unos puestos muy bonitos. Espero que todos los padres y visitantes sean generosos. Madre Benedicta, ¿comenzamos?

—No sé cómo agradecerse —dijo la madre Benedicta—. Estoy segura —añadió dirigiéndose a Betty— que estará usted orgullosísima de su brillante esposo.

—Sí, sí —dijo Betty de inmediato—. Sabe actuar en momentos de crisis. —«También bebe, va con mujeres y es capaz de comportarse de manera bastante sorprendente, incluso en el juzgado. ¿Por qué cree usted que se ha retirado a los cincuenta y ocho años? ¿Por amor al campo y a los pastos nuevos? No, no, madre Benedicta, por amor a la botella, y a las chicas con vestiditos griegos y traseros redonditos.»— Acuérdate de no hacer esfuerzos

—le dijo amorosamente.

Vio que la madre Benedicta ponía cara de extrañeza y se llevó la mano al corazón.

—Bobadas. Nunca he estado mejor en mi vida —dijo *sir* Clifford animadamente.

—No servirá de nada —le dijo Dolly a Zanny—. Ya puedes quitarte al ministro del Interior de la cabeza. Este solo le diría que apretara más el nudo. —Y añadió—: El discurso no ha estado mal. Para un hombre que parece una ciruela en movimiento tiene bastante buena voz.

—¿Es que no tienes sentimientos? —le dijo Zanny. Sentía punzadas en las profundidades del estómago. ¡Iggy! ¿Cómo se había atrevido a usar ese horroroso diminutivo? ¿Cómo se había atrevido a atacar de aquella manera a Murphy, a hacerlo quedar como un animal? «¡Me las pagarás! —pensó—. ¡Me las pagarás!».

Dolly tenía que poner en marcha el juego de la búsqueda del tesoro y le dijo a Zanny que ya se verían luego.

—¿No tendrías que estar vigilando tu puesto?

La apasionada intervención de la señorita Sheldon-Smythe en defensa de Murphy la había sorprendido muchísimo. Mientras se dirigía al vestíbulo, no pensó en otra cosa. Era una intrusión. La señorita Sheldon-Smythe se estaba metiendo en sus dominios. Él no pertenecía a la señorita Sheldon-Smythe. No le había pertenecido nunca. Hubiera tenido que ser ella, Zanny, la que ocupara el centro de las bailarinas gritando en favor de Murphy. No se le había ocurrido. La señorita Sheldon-Smythe le había tomado la delantera. Era una presuntuosa. Tenía la cara muy dura.

Sumida en los celos, Zanny ocupó melancólica su lugar tras la mesa cubierta de objetos ridículos. ¿Quién iba a comprar fundas para huevos de lana blanca con dibujos de caras? Y ¿quién podía haberles puesto aquel precio, un chelín y nueve peniques y medio? ¿Cuánto había que devolver de diez chelines? ¿Y aquellos mantelitos de paja? Horrores. ¿Y la cestita de cuerda? Cuerda, la hija de la sogá.

—¿Cuánto vale este portaplumas? —preguntó una voz.

Zanny levantó los ojos con la mirada nublada.

—No tengo ni idea —dijo por fin—. La encargada del puesto llegará en seguida. —Estaba a punto de marcharse cuando vio que

entraba la hermana Clemence—. Bueno, es un chelín y ocho peniques —dijo iracunda por verse descubierta—. Y no sirve de nada que me enseñe ese billete de libra, no tengo cambio.

Hacia las cuatro, *sir* Clifford entró en la sala de visitas. Estaba junto al vestíbulo principal y se usaba para recibir a los visitantes cuando el despacho estaba ocupado. Era una sala llena de macetas y de sillones de mimbre. *Sir* Clifford había observado anteriormente que era poco frecuentada y decidió recordarla para un futuro retiro. El padre Donovan acababa de echarle una gota de lo que él llamaba licor en la tienda del té. Le estaba muy agradecido por ocuparse con tanto tacto de la señorita Sheldon-Smythe. La pobre señora, dijo, estaba ahora acostada bajo la vigilancia de una monja. El juez ya se habría hecho cargo de que no estaba... bien. *Sir* Clifford dijo que ya se había hecho cargo. Y el padre Donovan le recompensó con un vaso de lo que parecía limonada pura, pero no lo era. El problema era que después no había podido conseguir nada más y era mejor no beber nada que beber un poco. La generosidad del padre Donovan estaba limitada por la prudencia, pero al menos tenía su propia petaca. Acababa de dar cuenta de casi todo su contenido discretamente oculto por una palmera, cuando advirtió la presencia de la preciosidad del cabello dorado, sentada en un rincón, junto a la ventana, observándolo.

La vergüenza se desvaneció rápidamente. Su vergüenza guardaba proporción con su grado de sobriedad.

—Hola, gatita —dijo.

—Hola —contestó Zanny.

No lo andaba buscando. No estaba pensando en él. Había ido allí porque la habían echado de su puesto. Tenía la vaga impresión de que la fama del convento descendería vertiginosamente si se quedaba un minuto más en su puesto. La hermana Clemence había oído los comentarios derogatorios que había hecho y se lo había dicho. ¿Es que era como una cría de cinco años que no sabía sumar ni restar? ¿Es que no sabía que un chelín y cuatro peniques más tres chelines y ocho peniques hacían cinco chelines y que si se restaba eso de una libra había que devolver quince chelines? No, no lo sabía. Ni le importaba.

—Es posible que te encuentres en una situación tensa —la amonestó la hermana Clemence—, pero no eres la única. Por el amor de Dios, vete a hacer otra cosa, quizá la cuba de salvado, a dos peniques el intento.

—¿Estás descansando? —le preguntó *sir* Clifford.

—Sí —contestó Zanny.

—Yo igual —dijo *sir* Clifford campechano—. Me cuesta un poco respirar y he de sentarme de vez en cuando. ¿Has oído hablar alguna vez de Anno Domini?

—¿Un santo? —aventuró Zanny.

—Más bien un demonio —dijo *sir* Clifford—. Tiene poder sobre las arterias. Ahora vivo en una casita sin escaleras. ¿Has pensado alguna vez lo poco burgués que es eso?

Zanny no lo había pensado.

«Cerdo —pensó—. Cerdo, cerdo, cerdo. Tú ahorcarías a Murphy ahora mismo, ¿no? Cerdo, cerdo, cerdo». Todo el resentimiento que le había provocado el discurso se estaba reavivando con cada palabra que era pronunciada por él.

—¿Te ha dicho alguien que tienes un cabello precioso? —le preguntó *sir* Clifford acercándose a la silla.

—Muchas veces —contestó Zanny. Hacía mucho tiempo que era consciente de su atractivo.

Había un olor... un olor parecido al que había en casa de Murphy la noche que fue a verlo. El olor, bastante desagradable, que había conseguido apartar de su mente casi todo el rato que permaneció allí. Había aprendido a pasar por alto también el diente que le faltaba, el único defectillo que tenía. La belleza perfecta era aburrida. Y Murphy no era nada aburrido.

«Oh, Murphy, sé aburrido. Viste un traje azul marino. Trabaja en un despacho. Ten un cuerpo corriente. Sé corriente. Sé libre».

—Murphy es inocente —dijo.

El juez no tenía intención de volver a ese tema.

—Y un huevo —dijo, pero luego se disculpó.

Zanny, que no entendió la expresión, se encogió de hombros. «Si te pasaran por una picadora, podrían hacer salchichas contigo», pensó.

«Una muchachita interesante —se dijo *sir* Clifford—. Bonitos pechos, no demasiado grandes. Bonitos muslos bajo el vestido. ¿Lo

tiene enganchado en el almohadón a propósito o es que no lo sabe?».

Zanny, siguiendo la dirección de su mirada, tiró de la falda y se cubrió las rodillas.

Desilusionado, *sir* Clifford se sacó un papelito del bolsillo.

—Una pista —dijo—, de la búsqueda del tesoro. «Pista número cinco. Pregunte la hora al abuelo».

—Bastante fácil, ¿no le parece?

—¿El reloj de péndulo que hay junto a la entrada del teatro? —sugirió el juez—. Allí iba cuando me he detenido aquí.

A Zanny se le estaba ocurriendo una idea.

—Ese no. Ese reloj es nuevo. La pista se refiere a un reloj muy viejo que hay en el rellano de arriba, junto al dormitorio. —(Donde las escaleras son muy empinadas).

—Ah —dijo *sir* Clifford—. Bueno, las escaleras están descartadas. ¿Te importaría subir a buscarme la pista?

—Le ayudaría con mucho gusto, pero eso sería hacer trampas, ¿verdad? —Zanny empleaba ahora una voz dulce—. Mi conciencia no me lo permitiría.

—Debes tener una conciencia muy meticulosa.

—Depende —dijo Zanny.

¿Estaban adquiriendo sus ojos un tono suave, casi tierno o eran imaginaciones de *sir* Clifford?

—¿De qué depende?

—Hay cosas que son importantes —dijo Zanny no del todo segura de lo que quería decir; era el tono de voz lo que contaba— y cosas que no lo son: Estaría dispuesta a hacer muchas cosas por las personas que aprecio.

«Estaría dispuesta a hacer muchas cosas». *Sir* Clifford había oído aquella frase en numerosas ocasiones y de diversas bocas. Bocas maduras. ¿Qué edad tenía aquella niña? ¿Dieciséis? ¿Era demasiado optimista aventurar diecisiete?

—Pero no harías trampas.

—No.

—De modo que no quieres ayudarme.

—Sí quiero ayudarle. Puedo subir con usted. —Zanny volvió la cabeza y miró hacia el techo—. Arriba.

¿Le estaba insinuando lo que él creía? ¿O era el *whisky*? El

whisky tendía a hacerle imaginar muchas tonterías, tonterías deliciosas. Le sonrió.

—Gatita preciosa —le dijo para ponerla a prueba.

—*Miau* —contestó ella.

Permaneció inmóvil unos minutos sintiendo cómo crecía la excitación en su interior. En sus tiempos había hecho muchas tonterías, pero nunca tan grandes como aquella. No era normal que uno inaugurara la fiesta de un convento y luego se tirara a una de las alumnas. «Pero ¿y si te daban la oportunidad?», dijo el *whisky*. «No —dijo el juez—. Es impensable. Desde luego que no».

Retiró la silla.

Zanny se estaba haciendo pliegues en la falda. Y al hacerlo el borde ascendía y descendía. No había seducido a nadie en su vida, pero para ser la primera vez no lo hacía mal. Miró a *sir* Clifford y sonrió tímidamente.

«Más inocente que una gota de lluvia», se dijo sin creérselo.

—Bueno, si no es muy arriba...

—No mucho —dijo Zanny—. Y podemos ir despacito.

¿Ir despacito? ¿Cuánta experiencia tendría? Suzanne, la esposa francesa de un abogado, era la más lenta que conocía. *Largo* durante mucho rato y luego un vertiginoso *prestissimo* como broche final.

No disponían de mucho tiempo.

Él era un juez retirado muy respetado.

Bueno, respetado por los que no lo conocían.

Retirado por los que lo conocían.

—Tiene muchas posibilidades de ganar —le dijo Zanny.

—¿De ganar? ¿De ganar el qué?

—El tesoro. ¿Qué va a ser? ¿No se muere de ganas de saber qué es? —«¿No se muere, juez, no se muere?»—. Venga. Se lo voy a enseñar.

—¿Enseñar?

—El reloj.

El primer tramo de escaleras, amplias y bajas, lo subió Zanny saltando. La faldita se le arremolinaba provocativamente y el juez tenía rápidas visiones de la deliciosa corva de la rodilla. *Sir* Clifford la seguía laboriosamente; el pertinaz martillo del corazón no dejaba de repicar contra el yunque metálico con golpecitos de advertencia.

—Espera —le dijo—. Espera un momento.

Zanny se volvió en el último escalón y comenzó a descender lentamente.

—Gatito —dijo—. Gatito.

—La gatita eres tú —le dijo él.

—Tú Tarzán, yo Jane —dijo Zanny a tres peldaños de él.

Qué demonio. La muy zorra. ¿Adónde lo llevaba? ¿Dónde encontrarían la intimidad suficiente?

—¿Dónde? —preguntó él.

—Más arriba, más arriba... —Señaló más allá de la Virgen azul y blanca con los pies rodeados de flores—. Más arriba.

—¿Muy lejos?

—No mucho.

—Estoy enfermo del corazón.

—Pobre corazoncito.

—Gatita.

Logró ascender hasta el rellano. Zanny desapareció a la vuelta de la esquina y comenzó a subir el segundo tramo. El juez lo que quería era tumbarse en el suelo, bajo las flores de los pies de la estatua. Tenía la frente fría y húmeda. Lo que estaba haciendo era una locura. Le convenía sentarse a descansar unos minutos, en el rincón, donde giraban las escaleras. No lo vería nadie. Necesitaba descansar. Luego bajaría. Y se quitaría aquel absurdo episodio de la cabeza.

—*Miau* —dijo Zanny. Estaba sentada en mitad del segundo tramo.

Él sacudió la cabeza.

—No puedo. No puedo.

«Cara violeta —pensó Zanny—. Verdugo. Lo has llamado Iggy, ¿no? ¿Y no le quieres dejar respirar el aire del otoño?».

—Va, inténtalo —dijo suavemente, en tono de adulto—. Ven, ven... Inténtalo.

El aire de la respiración le laceraba el pecho.

Cerró los ojos.

Zanny canturreaba una cancioncilla para sus adentros: *Las rosas de Picardía*. Él levantó la cabeza y la miró. Se había desabrochado los primeros botones del vestido. Se le veía el pezón izquierdo como un capullito rosado.

Exhaló un gruñido.

Empezó a subir otra vez.

Un peldaño más... dos peldaños... tres peldaños.

Doce en total. Había alcanzado el segundo descansillo. El martilleo del pecho hacía que le dolieran todos los huesos, los brazos, las muñecas, las yemas de los dedos. Era un suplicio. Pero seguía deseándola.

Nubes blancas al final de la ascensión. Enormes almohadones. Carne, blanca como cristal de azúcar, dulce como cristal de azúcar.

—Azúcar —gimoteó él.

—Miel —dijo Zanny. Se había quitado los zapatos. Tenía los pies cerca de la frente de él. Todavía no. Todavía no. Todavía no era lo suficientemente empinada. El tercer tramo.

El juez empezó a arrastrarse por la segunda mitad del tramo en tanto ella se agachaba delante, instándolo a continuar.

Estaba loco de remate. Pero conservaba la suficiente cordura para saber que estaba loco de remate. Estaba loco y borracho. Tenía que detenerse allí mismo, mientras todavía estaba a tiempo. Se detuvo y se volvió cara arriba. La respiración lo atravesaba con furia, igual que el viento por un desierto ardiendo.

Ella se inclinó sobre él, fría, sonriente.

—Arrástrate un poco y descansa otro poco.

Se arrastró un poco y descansó otro poco. No era capaz ni de preguntar cuánto faltaba. No podía hablar. Estaba empezando a olvidarse de por qué había subido hasta allí. Había otra montaña, más oscura, más alta.

Siempre tenía los pies de ella delante. Subieron unos cuantos peldaños. Él ascendió un poco. Los pies bajaron unos escalones. Le tocaron la frente... suavemente.

—Arriba —dijo una voz que parecía venir de muy lejos—. Gatito, gatito, gatito. Arriba, arriba, arriba.

En la montaña había piedras que se le clavaban en la carne. Una avalancha de agua fría —¿podía ser el sudor?— le inundaba los ojos. Casi había llegado arriba. Casi, pero no del todo.

—*Miau* —lo animaba Zanny—. *Miau, miau*, gatito bonito, *miau*.

Se puso los zapatos.

Abajo, en el vestíbulo, la madre Benedicta y la esposa del juez oyeron lo que interpretaron como un gemido de terror. Levantaron la vista y en la distancia vieron al juez aproximándose al último

escalón del último tramo. No vieron el puntapié de Zanny. Y seguramente el juez tampoco lo notó siquiera. Antes de que lo tocara había empezado a caer en un pozo negro. Y entonces empezó a caer de verdad. Su rollizo cuerpo rodó escalón a escalón. El pequeño descansillo a mitad del tramo, que estaba muy pulimentado, dio más impulso al descenso; siguió deslizándose por el segundo tramo golpeándose la cabeza contra la barandilla con un sonoro repiqueteo. Las macetas de los pies de la Virgen lo detuvieron en el primer rellano. Los ojos sin vida miraban a través de los pétalos de fucsia como pequeñas babosas.

Zanny descendió lentamente.

«Por ti, Murphy».

Se sentía como una esponja estrujada. Empezaron a temblarle las piernas y la mandíbula se le movía como si quisiera llorar y no pudiera.

La madre Benedicta y su esposa estaban ya junto a él. Su esposa lo había apartado de las flores y lo había puesto boca arriba. Tenía el oído contra el pecho de él. Estaba muy tranquila. Miró a la madre Benedicta y sacudió la cabeza. A la madre Benedicta parecía que le habían puesto carmín en las mejillas. Y ahora el carmín se difuminaba en círculo.

Zanny las alcanzó.

—¿Está muerto?

La madre Benedicta se volvió y la miró. Le clavó los ojos en los botones desabrochados y con dedos torpes le devolvió la respetabilidad.

—Sí —dijo.

—Lo he matado yo —declaró Zanny. En esta ocasión había testigos. Dos. En esta ocasión el sargento Thomas estaría satisfecho. No cabría duda alguna. Creerían que había matado a Bridget y Murphy quedaría libre.

—Se dan cuenta de que lo he matado, ¿no? —dijo con bastante claridad, pese a que todavía le temblaba la mandíbula.

—Pobre niña —dijo la esposa del juez, sorprendentemente. Se levantó y abrazó a Zanny—. Mi marido era capaz de hacer muchas tonterías —dijo—. Espero que no te haya asustado. Espero que no te haya hecho daño. He visto que tenías el vestido... —Se separó un poquito de Zanny y la miró muy preocupada.

—No me ha tocado —dijo Zanny haciendo honor a la verdad.

—Te agradezco que lo digas —manifestó Betty—. Te lo agradezco muchísimo.

Y entonces se echó a llorar, lo mismo que Zanny. Lloraron las dos, abrazadas, por razones distintas.

6

LA IMAGINACIÓN, pensó el padre Donovan, podía ser una cosa terrible. Por fortuna, Murphy se encontraba bastante libre de ella. Como ejemplo bastaban los libros que deseaba leer. El padre Donovan se había propuesto que no le faltara material de lectura, en su mayoría *El Granjero*, *El Ganadero* y vidas de santos. Si los santos eran también mártires, y muchos lo eran, el padre Donovan recortaba los textos cuidadosamente. Los horrendos sufrimientos de otros tendían a intensificar el miedo al inminente fin propio, o eso defendía el padre Donovan. Cuando Murphy, que de todos modos leía muy poco, le pidió una colección de cuentos de Sexton Blake, el padre Donovan trató de no proporcionársela por todos los medios. No es que él hubiera leído ninguno ni conociera gran cosa de ellos, aparte de las portadas, que eran de lo más sangriento. Para la visita de aquella semana había elegido la menos sangrienta que había encontrado, una mano enguantada con una pistola. También llevaba ejemplares de *Dandy* y *Beano*. Que un adulto leyera historietas había sido una sorpresa para él. Pero Murphy las leía. Murphy las había pedido. También había pedido un libro sobre la escasez de la patata irlandesa cuyo autor no recordaba. En lugar de eso, le llevó su propio ejemplar de *Juno y el pavo real*, de Sean O'Casey

. Murphy lo aceptó educadamente pero sin entusiasmo. Lo había visto en teatro en Dublín y no le había gustado. El alcohol y los problemas que ocasionaba eran asuntos serios.

Y tampoco era cosa de broma que él estuviera donde estaba.

La mayor parte del tiempo le parecía imposible.

Sin duda debía de encontrarse en las profundidades de una pesadilla alcohólica.

—Bueno, Murphy —dijo el padre Donovan con falsa alegría—, ¿cómo se encuentra hoy?

—Tirando —dijo Murphy.

—¿Duerme?

—Esa puede ser una explicación —dijo Murphy.

En aquellas circunstancias resultaba difícil mantener una conversación frívola. El padre Donovan le contó lo que había hecho la señorita Sheldon-Smythe el día de la fiesta.

—Casi consiguió que se presentara todo el mundo aquí a liberarte.

—Es buena mujer —dijo Murphy, sorprendido y complacido. Los chismes del convento que le llevaba el padre Donovan solían ser aburridos.

Lo que le contó a continuación tampoco fue nada aburrido. El padre Donovan le habló de lo que le había ocurrido al juez.

—Parece que subió las escaleras (sin más motivo) y se cayó. El forense determinó que fue un ataque al corazón.

Murphy se animó considerablemente. Había sido un acto de traición por parte de la madre Benedicta invitar a un juez para que inaugurara la fiesta. Y había sido un acto divino que el viejo se muriera.

—Me alegro —dijo.

El gentil rostro de anciano del padre Donovan quedó surcado por un ceño de desaprobación, pero luego lo ganó la comprensión. Si él, el padre Donovan, estuviera allí sentado con plena seguridad de que el verdugo lo había estudiado en algún momento, quizá durante el período de ejercicio, para calcular su peso y todos los demás desagradables detalles relacionados con la ejecución, probablemente también él miraría la muerte de Ponsonby con indiferencia.

—Lástima que no fuera el cabrón de juez que me condenó a mí —dijo Murphy.

El padre Donovan trató de guardar silencio, pero no pudo.

—Hijo mío, ahora deberías desear un estado de gracia. ¿Quieres confesarte?

Murphy oyó un estallido de trinos justo al otro lado de la ventana enrejada de la sala de visitas. Le recordó a sus gallinas. ¿Quién las cuidaría? ¿Y quién cuidaría del viejo que aguardaba en Irlanda próximo ya a la senectud? Entonces se dio cuenta bruscamente de que él no estaría. No tenía ninguna prisa por llegar al paraíso católico, lleno de conejos y con una Bridget celestial. (¿Habría ido al Limbo el niño de Bridget? No estaba muy enterado de estas cosas).

De repente lo sacudió un espasmo de furia. Él no había hecho nada. Estaba allí por un delito que no había cometido.

—Si tuviera una bomba —dijo—, la haría estallar.

—Que la Virgen te perdone.

—Ya lo creo que me perdonaría —dijo Murphy—. Ya lo creo.

—¿Sigues insistiendo en que no mataste a Bridget?

—Que me muera ahora mismo si la maté.

Sería una obra de misericordia, pensó el padre Donovan. Había acordado con las autoridades de la cárcel oír la última confesión de Murphy cuando llegara el momento. Y este se acercaba rápidamente. En toda su vida su propio coraje no había sido puesto a prueba hasta aquel extremo. Se imaginaba desmayándose a los pies de Murphy. La crueldad del hombre para con el hombre nunca había dejado de asombrarlo. Si le hubieran ordenado que presenciara la crucifixión de Cristo, hubiera huido corriendo.

Murphy no era Cristo.

Pero tampoco era Barrabás.

De eso estaba seguro.

Al regresar al convento, fue a ver a la madre Benedicta para informarla de la visita. Le dijo que parecía que Murphy se encontraba bastante bien. Se había quejado del almuerzo que le habían dado ese día, corazones guisados. Aunque no era melindroso con la comida, no soportaba los corazones. Le había dejado unos libros. Habían hablado. Había insistido en su inocencia. Las autoridades de la prisión habían cortado por la mitad el pastel que le mandaban las monjas por si habían metido algo dentro.

—¿Cómo qué? —dijo la madre Benedicta—. ¿Una pistola? ¿Una lima?

—Como un botellín de licor de ciruelas que había pasado en otra ocasión —dijo el padre Donovan con descaro.

La madre Benedicta se mordió los labios para no sonreír. La bondad del padre Donovan no era todo lo selectiva que debiera. Si el mismísimo diablo fuera enviado a la hoguera ante él, seguramente el viejo cura metería la mano en las llamas para sacarlo.

—Venga conmigo a la sala de arte. Quiero enseñarle una cosa.

La sala de arte se encontraba en el último piso. Estaba orientada al norte y se iluminaba mediante un gran ventanal y una claraboya. La profesora de la materia, la hermana Elizabeth, había expuesto una vez en la Royal Academy y era una experta. Además del trabajo que las alumnas hacían habitualmente en los caballetes, a la profesora le gustaba que aprovecharan las grandes paredes blancas para hacer murales. El mural del momento, que representaba la historia del rey Arturo, era el esmerado trabajo de dos trimestres. Lo único que faltaba era el puño cerrado que sostenía Excalibur. La espada apuntaba a un rectángulo negro en mitad del lago azul. En el rectángulo, escrito con letras rojas, se leía: «Yo maté a Bridget. Zannie Moncrief». Y debajo, en letras amarillas aún mayores: «mentira. la maté yo. agatha sheldon-smythe».

—La señorita Sheldon-Smythe se encuentra en estos momentos camino de un asilo de Bournemouth —explicó la madre Benedicta—. Supongo que esto es su despedida.

—¿Y la niña? —preguntó el padre Donovan.

La madre Benedicta creía que la extravagancia de Zanny Moncrief era de naturaleza temporal.

—No está dotada para los estudios —dijo—, en ninguna materia. Cuando he visto esto, naturalmente, la he reñido, y...

—He dispuesto que reciba lecciones de música, además de lecciones especiales de matemáticas. Sus padres le compraron un piano hace poco. La música podría ser un escape emocional; las matemáticas, aparte de ser necesarias, le inculcarán disciplina.

El padre Donovan pensó que era típico del sentido común de la madre Benedicta. Sobre una mesa próxima había un bote de pintura verde. No se pudo resistir. Cogió un pincel, lo metió en la pintura y escribió *Mea culpa* cuidadosamente debajo.

—Pues ahora —dijo la madre Benedicta— ya puede cubrirlo todo. —El reconocimiento de los propios pecados estaba muy bien, pero todo tenía un límite. Y ella ya estaba harta.

La noche anterior a la mañana en que Murphy sería ejecutado mandaría a Zanny a casa. Ya había empezado a desatarse nuevamente la histeria, igual que el día de la fiesta. Alguien podía creer que lo que decía la niña era cierto. Se estremeció nada más de pensar en lo que podía ocurrirle. Por suerte, ninguna niña había visto los *grafitti*. Permaneció con los brazos cruzados mientras el padre Donovan extendía la pintura verde sobre los letreros.

—Pienso hablar muy seriamente con sus padres —le dijo.

El tratamiento a base de música incluía audiciones de discos. Zanny, en tanto escuchaba muerta de aburrimiento la *Música acuática* de Haendel, pensaba en cómo podía romper el caparazón de incredulidad que la rodeaba. Se sentía como un buque hundido en el fondo del mar y cubierto de lapas. Nadie, excepto Dolly, creía ni una palabra de lo que decía. Dolly le había preguntado con cierto respeto cómo se había librado del juez. Se lo contó y la siguió creyendo incluso después de la investigación oficial. Había sido idea suya que pintara la confesión en el mural de la sala de arte. Ninguna de las dos niñas llegó a ver la inscripción de la señorita Sheldon-Smythe, que invalidaba la anterior.

Dolly, que se había visto obligada a recibir lecciones de música con ella (era capaz de decir cosas inteligentes sobre la forma sinfónica), acababa de sugerirle *sotto voce* que mandara una confesión al semanario local. Puesto que el ministro del Interior había hecho caso omiso de su carta, era poco probable que una nota a una pequeña publicación local sirviera de nada, pero valía la pena intentarlo. Dolly, fingiendo que tomaba apuntes sobre apreciación musical, le hizo un borrador. Aquella misma tarde, después de un período de aburrimiento mortal tratando de aprender una cosa que se llamaba sistema binario, Zanny la copió. Obedeciendo instrucciones de la madre Benedicta, que la vigilaba de cerca, la monja encargada de mandar las cartas la separó del montón y se la entregó a esta. La madre Benedicta rompió la carta. Había confiado en el sentido común del ministro del Interior, justificadamente, pero decidió no volver a confiar en el buen juicio de nadie más que en el suyo propio.

Ni Graham ni Clare se sorprendieron al ser llamados al convento. Zanny había salido indemne de las dos investigaciones sobre las muertes de las cuales era responsable. Entre la muerte de

Willie y la de *sir* Clifford Ponsonby mediaban nueve años, pero en ambas era evidente la intervención de la niña. Sin embargo, no tradujeron tal pensamiento en palabras. Durante estos postreros días de la vida de Murphy apenas se decían nada.

«Si muere —pensó Clare—, soy igual de culpable que si lo hubiera ahorcado yo misma».

«Si no muere él —pensó Graham—, Zanny morirá de un modo u otro». Volvieron a su mente algunas de las palabras que escuchó durante la ceremonia de su boda. «O callará para siempre». «Un día, Zanny, cuando haya pasado todo esto, experimentarás un cambio milagroso y te volverás normal. No matarás a nadie más. Te casarás con una corona de azahar en la cabeza. Sin una mancha de sangre en ningún sitio. Excepto, quizá, la que señale el fin de tu virginidad la noche de bodas. Este es tu futuro, Zanny, si yo no abro la boca. Y no la pienso abrir».

«De todos modos, no lo sabemos con seguridad. Nunca lo hemos sabido. Y, probablemente, no lo sabremos nunca».

—La madre Benedicta cree que sería conveniente que la drogáramos —dijo Clare lánguidamente.

—¿Qué?

—La otra noche, cuando llamó, sugirió que le diéramos una pastilla para dormir la noche anterior a la ejecución de Murphy. Cuando despierte ya habrá terminado todo.

—¡Dios mío! —dijo Graham.

Se fue a lavar el coche. Estaban haciendo las tareas más horribles. El césped y las flores nunca habían estado tan cuidados. Clare había abillantado los metales como una loca. Música y matemáticas para Zanny. Y trabajo también para Clare y para él. Pero nada resultaba efectivo. A todos ellos les convendría tomarse pastillas para dormir.

¿Y a Murphy?

¡Dios santo!

Hacía tiempo que Peter Tolliston se había trasladado a Yorkshire para ocupar un puesto más lucrativo. Su sucesor, Caradoc Davis, conocido familiarmente como doctor Caradoc para distinguirlo de otro doctor Davis de la zona, había nacido en Rhondda. En el

ambiente relativamente refinado del Gales central su modo de hablar populachero no estaba bien visto. Con el tiempo había aprendido a dominarse cuando estaba en presencia de mujeres, pero en general no era muy tratable. No creía en las drogas. Le dijo a Clare que pasaba mucho tiempo poniendo remedio a curas de otros. Además, añadió mirándola intensamente, tanto Graham como ella habían gozado de una desagradable buena salud desde siempre, de modo que ¿qué le pasaba ahora?

Clare había ido a verlo sin Graham. Ambos estaban muy excitados, pero de los dos ella era la más tranquila.

—No he venido a hablar de mí —dijo—, sino de Zanny. Está preocupadísima por la ejecución del jardinero irlandés. Ya lo habrá leído en los periódicos.

Caradoc lo había leído y pensaba que la aplicación de la pena de muerte era demasiado severa. Le parecía que se trataba de un asesinato impulsivo. El pobre desgraciado había tenido mala suerte con el juez y el jurado que le habían tocado.

—Algún día —dijo—, el sistema judicial ha de volverse más civilizado.

Clare, percibiendo un matiz de compasión, le explicó su versión adaptada. Usó con frecuencia la palabra alucinación, así como sensibilidad y empatía, para andar sobre seguro.

—Piensa que si dice que fue ella Murphy quedará libre. Una profesora de edad también se ha visto afectada de la misma manera. Si usted pudiera darle a Zanny algo que la hiciera dormir la noche anterior a la ejecución...

Caradoc había oído hablar de la relación que había existido entre su predecesor y la señora Moncrief. Todavía estaba de buen ver. A la hija no la conocía. Durante el curso la visitaba el médico del convento y parecía que durante las vacaciones no había sufrido ninguna enfermedad. En ocasiones, con la llegada de la menstruación se producían desequilibrios emocionales. Le preguntó si tenía la menstruación.

Clare, pensando que ojalá todo fuera tan sencillo, dijo que sí.

—Físicamente está bien. Lo que necesita es algo que la calme.

—Las pastillas para dormir —dijo Caradoc— son para los viejos que esperan que les llegue el momento de dormir eternamente. ¿Cuántos años tiene Zanny?

—Quince.

—¿Y quiere que empiece a suministrar pastillas para dormir a una niña de quince años?

—Solo esta vez, por favor. Las necesita. —«Igual que yo».

El ruego mudo fue transmitido telepáticamente. El médico no lo entendía. Y era de los que necesitaban entender las cosas. Nunca hacía nada sin reflexionar considerablemente.

—Tráigamela —le dijo—. Intentaré inculcarle un poco de sentido común. Cuando termine la consulta, a eso de las siete y media.

—Está histérica —declaró Clare alarmada—. Le contará las cosas más asombrosas.

—A mí ya no me asombra nada —dijo Caradoc—. Si necesita pastillas, se las daré. Si no las necesita, no se las daré. ¿Satisfecha?

Clare no estaba satisfecha, pero lo intentó.

Los últimos dos días de la vida de Murphy fueron para él un período artificial que pasó sentado, meditando, o dando vueltas por el patio, meditando. Como si el tiempo transcurriera en círculos, había regresado a la niñez, con mocos en la nariz y rasguños en las rodillas. Olía la corteza de los árboles a los que se subía. Chapoteaba descalzo por el barro. La primera experiencia sexual la había tenido con la hermana de su mejor amigo. Los enormes pechos de la chica le habían dado miedo; siempre se metían en medio y le impedían llegar a ella. La muchacha se reía como un burro rebuznando. Bridget tenía unos pechos muy bonitos.

El viejo padre Donovan, con aspecto enfermo y envejecido, parecía que no sabía qué decirle. Le resultaba vergonzoso que estuviera allí. «No es culpa mía que yo esté aquí —pensó Murphy—. Y no es culpa mía que usted esté aquí. ¿Qué quiere que confiese? ¿Que me gustaban las tetas de Bridget?».

—Espero que le hayan dado una comida decente —dijo por fin el padre Donovan.

—Bastante buena —dijo Murphy—. Pollo. —La manduca era cada día mejor. Le recordaba a las pobres ocas cebadas para que los cabrones de los jueces pudieran comer paté de foie gras.

—No hay igualdad —dijo Murphy—, eso es lo que pasa.

El padre Donovan, dispuesto a defender el comunismo radical, lo que hiciera falta para calmarlo, mostró su acuerdo.

Quería abrazar a aquel hombre. Quería huir de él como de la peste. Quería llorar y no se atrevía.

Clare y Graham quedaron en ir a buscar a Zanny el jueves por la tarde, a eso de las seis y media, antes de la ejecución, que había de celebrarse el viernes.

La planificación de la madre Benedicta hubiera sido la envidia de un psiquiatra. El té era a las cuatro y media. Entre las cinco y las cinco y media, Zanny, con la ayuda de una monja, preparó la maleta que se iba a llevar. Entre las cinco y media y las seis, las niñas asistían a la bendición. (Aquel podía ser un momento cargado de emoción, o podía venir marcado por la paz de la bendición divina; la madre Benedicta tenía que esperar que fuera lo último, y así lo hizo). A las seis, Zanny recibiría la clase extra de matemáticas de la hermana Clemence, que tenía una personalidad más fuerte que la profesora habitual y no permitiría que los pensamientos de la niña se desviarán de la materia. Zanny permanecería con la hermana Clemence hasta las siete menos cuarto. Entonces bajaría al despacho y se encontraría con sus padres. Si la madre Benedicta no había terminado de hablar con ellos, esperaría fuera. Puesto que los padres iban a llevarla a la consulta del médico a las siete y media, y quedaba a media hora de distancia, procurarían no llegar tarde.

Una resistencia a enfrentarse a Zanny estropeó el programa por diez minutos, Graham y Clare, pálidos y alicaídos, llegaron a las siete menos veinte. Zanny todavía no había bajado al despacho, de modo que no importaba demasiado; aún así, la madre Benedicta estaba molesta.

—¿Mucho tránsito? —preguntó irónicamente.

—Bastante —dijo Graham.

La madre Benedicta había preparado un pequeño discurso, de modo que procedió a pronunciarlo.

—El mundo —dijo— está lleno de personas insensibles capaces de soportar los horrores de la vida sin inmutarse. Su hija no está entre ellas. Lleva una temporada sufriendo lo indecible por Murphy. Mañana lo acompañará mentalmente a la horca. Si puede pasar ese tiempo dormida creo que será capaz de aceptar su muerte y comenzar a recuperarse. Por eso la mando a casa con ustedes. Es

responsabilidad suya. Solo su médico puede asumir la responsabilidad de proporcionarle ese sueño. ¿Lo hará?

—Sí, creo que sí —dijo Clare—. Pero no quiere darle las pastillas sin verla primero.

«Una precaución razonable —pensó la madre Benedicta—, aunque quizá innecesaria en este caso». Antes había tanteado ya al médico del convento, Harry Williams, al respecto. Las pastillas para dormir, le había dicho, más valía dárselas a Murphy antes de que se durmiera para siempre. En general, los médicos trataban la muerte con demasiada familiaridad. Tendían a trivializarla.

—Todas las monjas están rezando por Murphy —prosiguió la madre Benedicta—. Yo, personalmente, diré unas oraciones por Zanny. Una imaginación sensible puede ser una cruz. Necesita mucha ayuda para llevarla.

—Sí —dijo Clare—. «Y Zanny es nuestra cruz. ¿Por qué no nos ayuda nadie?».

—Yo había pensado mandar a Dolly Morton a casa con Zanny —continuó la madre Benedicta—, pero Dolly se ha negado con insistencia. —En los ojos de Dolly apareció brevemente un miedo profundo, tan brevemente que la madre Benedicta pensó que se lo había imaginado. Por lo general, las niñas ayudaban a las demás niñas, pero en este caso en concreto era evidente que a Dolly no le apetecía.

«Ni con la puerta del dormitorio cerrada con llave y atrancada pasaría la última noche de Murphy con Zanny —pensó Dolly—. Mira lo que le pasó al juez».

—Es un asunto de familia —dijo con tacto—. Creo que sería mejor que yo no estuviera presente. Quiero decir que sería mejor para Zanny y para sus padres.

—Tienes razón —dijo la madre Benedicta. Dolly casi siempre tenía razón. Su único desliz, acompañar a Zanny a la comisaría de policía, ya había sido olvidado.

La madre Benedicta estaba a punto de protestar por la tardanza cuando Zanny llamó a la puerta y entró. Se había quitado el uniforme y vestía una blusa y una falda. Encima se había puesto la gabardina y un sombrero de paja con una cinta azul. Colgada del hombro llevaba una cartera llena de deberes que le había puesto la hermana Clemence.

—Nena —dijo Graham con repentina emoción. Se levantó y se acercó a besarla.

Ella respondió con frialdad, como una sonámbula. Estaba muy pálida y tenía ojeras. A pesar de su juventud y de ir bien aseada, parecía agotada.

Incluso Clare sintió un poco de lástima.

—Hola, cariño —dijo.

—Hola, mamá. —Zanny levantó la cara para recibir el beso.

Clare la besó.

—Mira Zanny —dijo la madre Benedicta—, vas a pasar unos días en casa y tus padres conocen la razón. No servirá de nada que les digas que tú mataste a Bridget

O'Hare

. No servirá de nada que se lo digas a nadie. Es absurdo y nadie se lo va a creer. Nada de lo que hagas o digas va a ayudar a Murphy. Solo el Señor puede ayudarlo. Déjalo en manos de Dios.

La madre Benedicta, consciente del peso de la autoridad, nunca besaba a ninguna alumna, pero aquella vez hizo una excepción. El áspero roce de sus labios sobre la frente de Zanny había pasado casi antes de que esta se diera cuenta.

—Que Dios te bendiga —dijo.

Besada y bendita, Zanny se acomodó en el asiento posterior del automóvil con su maletín. Mamá y papá iban delante como dos efigies de cera. Pero de pronto empezaron a hablar a la vez.

—Qué bien que puedas estar en casa unos días —dijo papá.

—De camino vamos a pasar por la consulta del doctor Caradoc —explicó mamá.

—Te dará vitaminas o algo así para echar en la leche —dijo papá.

—Todo el mundo tiene que intentar... —dijo mamá incomprensiblemente.

—Quiero decir que... —dijo papá.

—Sí... eso mismo... —dijo mamá.

—Así son las cosas —dijo papá.

—¡Callaos! —dijo Zanny.

Y se callaron, perplejos.

Caradoc tenía una consulta muy concurrida y los últimos dos casos habían sido particularmente graves. Se había olvidado de la

niña de los Moncrief y estaba a punto de cerrar cuando vio que llegaban. Observó que Graham tenía el detalle de quedarse en el coche. La niña —¿niña?, más bien una colegiala muy atractiva— siguió a su madre hasta la sala de espera. La recepcionista consultó el reloj, suspiró y les indicó que entraran.

—Yo tampoco quiero estar aquí —le dijo Zanny con insolencia—. Por el amor de Dios, ¿por qué no nos vamos todos a casa?

Estaba al borde de la histeria. Los diez últimos minutos de trayecto los había pasado repitiendo la tabla del doce.

—El doce —le había dicho la hermana Clemence— es la tabla de los chelines y los peniques. Si te la hubieras sabido, no hubieras hecho el ridículo en el puesto de trabajos manuales. Necesitas una buena base de cosas sencillas. Repite...

Caradoc percibió la súplica en los ojos de la señora Moncrief y respondió a ella. En lugar de decirle a la descarada jovencita que se largara, le dijo que entrara.

—Llegas tarde. A mí no me haces ningún favor viniendo, de modo que siéntate. —Se volvió hacia Clare—. ¿Problemas?

—Está muy nerviosa. —«E insolente», pensó.

—Tú también estarías nerviosa si alguien fuera a morir por tu culpa —dijo Zanny malhumorada.

—Ah, lo del asesinato... —Caradoc chasqueó los dedos al recordarlo. Acercó la silla a la de Zanny y la miró de frente—. Todo el mundo se las carga por tu culpa, ¿no es eso?

—Si usted llama cargárselas a ser ahorcado, entonces sí —repuso Zanny.

—Y mataste a Bridget O'Hare

, ¿no?

—Sí. Y a otros.

—Hay pasatiempos mejores. —Caradoc la observaba indulgentemente.

Acababa de visitar a dos casos graves; aquel era el tercero. Tuvo el valor de reconocerlo. Muy bien, le daría tiempo a la chica, lo necesitaba.

—Cuéntamelo —dijo.

—No me creará.

—Quizá no, pero cuéntamelo de todos modos.

Zanny se repantigó en el asiento y clavó la vista unos centímetros por encima de la cabeza del médico. Parecía que la gráfica del examen oftalmológico estuviera llena de oes, como un lazo corredizo. Su confesión fue como una pequeña arma de fuego disparando proyectiles. Si flaqueaba, él volvía a cargarle el arma. Su alocución recorrió toda la gama del sonido, desde el susurro al grito, y en una ocasión se echó a llorar. Clare, como un fantasma amilanado, escuchaba horrorizada.

Finalizada la alocución, Caradoc quedó tan poco impresionado por la verdad de Zanny como todo el mundo. Willie y Bridget casi se podían creer, pero no el juez Ponsonby. Los jueces respetables no se dejaban seducir en los conventos por las colegialas. ¡Imposible! Lo que ocurría era que tenía una gran imaginación en technicolor y veía demasiadas películas. Ahora mismo estaba en mitad de un film de terror y no sabía salir de él. Necesitaba dormir. Después, durante un tiempo, era posible que necesitara un psicólogo. Probablemente le iría bien un placebo; un reconocimiento le haría tener más fe en la píldora. Le dijo que se desnudara hasta quedarse en camiseta y bragas y que se tumbara en la camilla.

Zanny, sorbiéndose los mocos que siguieron a las lágrimas, aceptó el pañuelo que le ofrecía Clare y, después de limpiarse la nariz, preguntó:

—¿Por qué tengo que tumbarme en la camilla?

—No pienso violarte, caray —dijo Caradoc cogiendo el estetoscopio. («Un día tu lengua será tu perdición», le había dicho una matrona ofendida en cierta ocasión, pero en general le gustaba).

A Zanny, entre moco y moco, también estaba empezando a gustarle. Era el primer hombre de verdad que había conocido desde Murphy. Le pasaba unos cuantos años a Murphy y estaba empezando a perder el cabello, pero tenía los hombros de un buey y no le faltaba ningún diente. Llevaba las uñas limpias y olía a antiséptico.

Le puso el frío estetoscopio sobre la cálida carne y le dijo que inspirara. Ella inspiró, se estremeció un poco y volvió a inspirar. Luego la hizo volverse boca abajo y se puso a auscultarle la espalda. Su cuerpo, hasta entonces helado por el horror de Murphy, comenzó a caldearse.

—Vuélvete otra vez —dijo—. Te voy a mirar el vientre.

Era todo bastante innecesario, pero una buena acción.

—La pastilla que te voy a dar es un prodigio —dijo—. No habrás dormido mejor en tu vida. —Volvió a apretarle el vientre—. ¿Qué notas?

—Nada —dijo Zanny. «En realidad, me gusta. No pares».

—Muy bien. Vístete y vete a casa. Deja de crear problemas. Bueno, mataste a Bridget y a otros. Ya me lo has dicho. No sé qué caray esperas que haga yo. No sé qué caray esperas que haga nadie. Ya lo has escupido de tu conciencia. Pues muy bien. No puedes hacer nada más. Una vez le quitas la pus al golondrino, se cura. Así que... empieza a curarte. Ven a verme dentro de cinco años y te invitaré a cenar.

Sonrió. Zanny no le devolvió la sonrisa, pero sintió que su frustración cedía un poco. Su mente había dejado de convertir peniques en chelines. Sus manos habían dejado de aporrear puertas cerradas. La puerta de él se había abierto un poco. La incredulidad que demostraba estaba algo mellada. Se habían comunicado. Bajo el ombligo, donde la había tocado con las manos, sentía un ligero ardor.

—¿Nada más que una pastilla? —oyó que preguntaba mamá decepcionada.

—Es muy efectiva —mintió Caradoc.

—Había pensado que... quizá... yo también... —se aventuró a sugerir Clare.

—Ay, y ¿qué crimen ha cometido usted, un incendio premeditado?

Clare salió resueltamente en silencio.

—Es un hombre imposible —le dijo Graham—. No me extraña que se esté quedando sin consulta. ¿Te has fijado lo plebeyos que son ahora los médicos? Debería estar cargando carbón en un tren.

—¿Quieres decir que no es adulator como Tolliston? —dijo Zanny entrando en el coche.

Era una observación falta de tacto y lo sabía. Ya se encontraba mejor. Si hubiera sido Murphy el que le hubiese palpado el vientre, se habría sentido igual de bien. Eran unos dedos firmes y masculinos. «Pero a ti se te metía la tierra en las uñas, Murphy, y no tenías tiempo para lavarte.

»Me muero de dolor por ti. Suspiro por ti. Esta noche estaremos juntos en la mente. Lo que tú sufras, sufriré yo. Te acompañaré cada paso del camino».

Se negó a tomarse la pastilla de Caradoc.

Clare, disgustada y harta de todo el asunto, dijo:

—Por mí ya te puedes pasar la noche en vela dando vueltas —y salió del cuarto.

Graham, más cariñoso, más paciente, menos sensible, y menos culpable, la deshizo y se la echó en la leche caliente.

—Te juro que no hay pastilla —le dijo.

—Entonces ponme cacao.

—Se nos ha acabado —mintió—. Cariño, por favor.

Se la tomó porque lo quería.

Él se inclinó, la besó y le apartó el cabello de la frente. No volvería a ocurrir, estaba seguro. En esta ocasión había sufrido demasiado. No volvería a matar.

Sobre el sufrimiento de Murphy había corrido un tupido velo. Y para que el velo no se descorriera pensaba beber todo lo que pudiera. Clare bebería con él. Se preguntó si Murphy bebería también. ¿Le permitirían adobar su mente con alcohol para que al final todo fuera una espesa y misericordiosa neblina?

No pienses.

No pienses.

No pienses.

A las dos de la madrugada Clare bajó al salón y se sentó con el teléfono en el halda. Todavía no había llamado a la comisaría de policía, pero cuando fuera capaz de hablar con voz firme, llamaría. Las últimas horas de empinar el codo no habían servido de nada, en realidad el alcohol lo había empeorado todo. Una pequeña ráfaga de viento procedente de la ventana del salón hizo entrechocar suavemente los colgantes de la araña en lo que le pareció una angustiada lucha. Graham, que tampoco se había acostado, se dirigía al cuarto de baño de arriba cuando la vio allí sentada. Le preguntó afablemente qué estaba haciendo.

—Todavía nada.

Él cambió de rumbo y se dirigió a la cocina.

Cuando regresó, llevaba en la mano un par de tijeras.

—¿Piensas cortar el cable?

—Sí.

Clare no hizo siquiera un amago de protesta; sostuvo el cable del teléfono y trató de dejar de pensar en la soga de Murphy.

—Tengo que decirlo —dijo tensando el cordón.

—Ahora no puedes —dijo él en tono consolador, y lo cortó.

Clare empezó a sollozar suavemente, aliviada.

—Tontita —dijo él cariñoso—. Eres una madraza tontita. Esperemos que esté dormida.

Zanny estaba dormida.

La magia de Caradoc no tenía nada que ver con la pastilla prodigiosa. El médico la acompañaba en sus sueños. Habían sido transportados al hundimiento del *Titanic*. La orquesta tocaba *Abide with Me*. La abuela Morton dirigía el coro. Abatida, sin dientes y con una voz que recordaba a una vaca enferma, se hallaba sobre una tarima dirigiendo a los empapados pasajeros en su postrer canto. Zanny, con el agua hasta las rodillas y lágrimas en los ojos, alzó su voz con los demás. Y entonces, milagrosamente, Caradoc llegó junto a ella.

—Larguémonos de aquí —dijo.

En cubierta brillaba el sol. El mar, que quedaba muy abajo, tenía un intenso color verde.

—¡Salta, caray! —dijo Caradoc.

La sujetaba por la cintura con el brazo y flotaban juntos a través de un humo azulado mientras el *Titanic* se ladeaba.

Estaban juntos en una balsa en medio de un mar en el que no se veía ningún barco. Era un mar eterno, suave, azul y hermoso. Ella no llevaba ropa.

—¡Maldita sea! —exclamó él palpándole el vientre—. ¡Estás como un tren!

—Tú también —murmuró ella—. Tú también. —El cuerpo masculino desnudo tenía algo familiar; sentía una punzadita de dolor intermitente. Del cielo totalmente despejado cayó una gota de lluvia. Se estrelló en su ombligo y se convirtió en una diminuta perla rosada y perfecta. Él la tocó asombrado y ella lo tocó a él. Las olas comenzaron a ir y venir, ir y venir, siguiendo un maravilloso ritmo. Zanny gimió suavemente.

Graham y Clare se detuvieron ante la puerta del dormitorio, oyeron el gemido y lo interpretaron como señal de pena y

remordimiento. Luego se dieron cuenta con sorpresa de que su interpretación podía estar lejos de la verdad. «Zorra», pensó Clare. «La fuerza de la vida», pensó Graham y propuso a Clare irse a la cama. Destrucción y creación, el equilibrio. Una vida desaparecía y otra nacía. Filosofando en su borrachera, le explicó detalladamente a Clare por qué no quería ponerse condón. Pero a ella le importaba un comino.

—Es extraño que el teléfono esté tan callado —dijo el sargento Thomas al salir del pueblo en el coche.

—Seguramente, dadas las circunstancias, más vale así —dijo el inspector detective Warrilow. Hacía una mañana espléndida. Sobre los montes no se veía ni una nube. El aire estaba muy limpio—. Déjemelo a mí —le recordó Warrilow—. Nada de ese amor a la patria galés. —Ligeramente ofendido, Thomas no contestó. No comprendía qué tenía que ver el éxtasis religioso con lo que les esperaba. Ojalá pudiera dar media vuelta y regresar a casa. Salchichas para desayunar. Té del color del cuero, espeso de azúcar. Warrilow, delgado como Casio, tampoco había desayunado. «Ladino —pensó Thomas—. La maleza de tu mente oculta a tu sabrosa presa. Esta es una mañana de sangre. No está bien».

Graham se estaba afeitando cuando vio que el coche de la policía se detenía ante la puerta. Eran las nueve. Murphy llevaba una hora muerto. A las ocho, Clare y él se habían vuelto de espaldas y habían fingido dormir. Ella temblaba bajo las sábanas. Graham bajó a la cocina a prepararle un té. También le preparó uno a Zanny, pero por fortuna todavía dormía. Sonreía ligeramente y tenía las mejillas encendidas.

Al mirar por la ventana del cuarto de baño recordó la horrible mañana de hacía nueve años. Entonces Zanny era una niñita regordeta con un lacito en la cabeza. Y Dolly un sabueso en miniatura. Los policías eran distintos. Hoy en día conducían un vehículo más grande y más elegante. ¿Venían a comunicarles que Murphy ya había sido ahorcado? Seguramente no. Sería una cortesía poco usual. ¿Cortesía? ¿Estaba todavía borracho? Pronto saldría en los periódicos. En la radio. Fue a avisar a Clare.

—Más vale que te vistas.

—No me encuentro bien.

Tenía los labios resecos y la piel demasiado tirante sobre los pómulos.

—Ya te encontrarás mejor cuando te hayas lavado —le dijo. Era un tópico, pero cierto. Las abluciones no te limpiaban de culpa, pero después te sentías algo más normal.

Ella lo miró con hostilidad y bajó las piernas hasta el suelo. ¿Para qué venía la policía? ¿Tenía tiempo de darse un baño? ¿Por qué seguía la vida? ¿Por qué no era posible coger un buen pedazo y enterrarlo bien hondo? Pensó que ojalá tuviera ya sesenta años y estuviera en el umbral de la senilidad. Si Graham la había dejado embarazada aquella noche, abortaría.

Sonó el timbre.

—Tienen un jardín bonito —le dijo Thomas a Warrilow por decir algo. Warrilow no contestó. Si le daban pie, Thomas empezaría a felicitar a los Moncrief por sus crisantemos y les anotaría el nombre de su fertilizante favorito. Oyó que el señor Moncrief se acercaba. Cuando abrió la puerta le deseó los buenos días cortésmente y se presentó a sí mismo y a Thomas.

—¿Sabe usted que Murphy ha sido indultado? —preguntó.

Evidentemente no lo sabía. Warrilow observó que su reacción no guardaba relación con la noticia. Reaccionó como un pariente. No sabía qué hacer. Retrocedió al recibidor. Jugueteeó con el gong de bronce que había sobre la mesa. (Warrilow llegó a pensar que iba a hacerlo sonar). Ascendió unos escalones y volvió a bajar.

—Tengan la bondad de pasar al salón. Y sírvanse algo de beber. He de decírselo a mi mujer, y, santo Dios, a Zanny.

—Espere un momento, por favor —dijo Warrilow bruscamente.

Pero Clare lo había oído desde arriba. Iba descalza y en bata. Se deslizó escaleras abajo como si no estuviera del todo segura de dónde estaban los peldaños. Se sentó en el último escalón y se echó a llorar. Graham se sentó a su lado.

—Está un poco sorprendida —dijo.

—Ya me doy cuenta —comentó Warrilow ásperamente—. No sabía que lo conocieran.

Graham y Clare, como dos luchadores sonados en el cuadrilátero, oyeron la campana que anunciaba un nuevo *round* e hicieron un esfuerzo para abandonar su rincón para enfrentarse a lo

que hiciera falta. ¿No había nada más? ¿Aquello era todo? Murphy había ganado. La vida había ganado a la muerte. Amén. Podían correr las cortinas personales. Habían vivido unos momentos de horror que eran irreales. Les habían pegado y apaleado, y ahora, ensangrentados y doblegados, podían recoger la toalla e irse a casa. Aquella noche dormirían. Pero entre tanto allí había dos policías que los miraban de una manera muy extraña. La puerta de la sala estaba abierta y se veía que estaba llena de polvo y desordenada. Había media botella de *whisky* sobre la mesa y un par de vasos vacíos. En el suelo yacían un almohadón y el periódico de ayer.

«Ayer, Murphy, estabas a un paso de la muerte. No deberías haberlo estado. Aunque hubieras cometido el crimen, hubieran tenido que conmutarte la pena de muerte hace mucho tiempo». Bueno, eso defendían los reformistas. Las pruebas eran débiles pruebas circunstanciales. No había nada sólido en que basarse.

—¿Así —dijo Clare recuperando la calma— los jueces del Tribunal de Apelación han recobrado el buen juicio? (Pero no habían sido ellos; a estas alturas tenía que haber sido el ministro del Interior. ¿Por qué no contestaba Warrilow?).

Se levantó y los acompañó a la sala.

—Ha sido muy amable de su parte venir a comunicárnoslo personalmente. —Cogió el almohadón, lo ahuecó y lo colocó sobre el sofá.

—Supongo que habrían llamado por teléfono, pero como está estropeado... —aventuró Graham.

Warrilow, que ya se había fijado en el cordón roto, no hizo ningún comentario. Thomas y él ocuparon un par de butacas junto a la ventana. No podía saber que era una repetición de una escena pasada. La habitación era alegre, acogedora. Se dio cuenta de que Thomas se había recostado contra los cojines.

—Una niña muy guapa —dijo Thomas al observar la fotografía de Zanny a los diez años que había sobre el piano. Llevaba el cabello cogido en dos trenzas y tenía la mirada perdida en el vacío.

Warrilow lo miró ceñudo.

—Ahora parece perfectamente posible que Murphy no matara a Bridget O'Hare

Observó la reacción de Clare y Graham. Estaban sentados en el sofá, uno junto a otro, de cara a la ventana, controlados, en calma. Los ojos de la madre se habían entrecerrado ligeramente, como si deseara proteger a las pupilas del escrutinio. La reacción emocional se veía en las pupilas. Pero seguramente no lo sabía. El padre alargó el brazo hasta la mesita auxiliar para coger un cigarrillo de una caja, sin embargo, luego pareció que los dedos se habían olvidado de qué iban a hacer. Quedaron en el aire mientras el cerebro volvía a activarlos.

—¿Un cigarrillo, inspector?

Warrilow declinó el ofrecimiento.

—¿Sargento?

Thomas, a quien sí le apetecía fumar, hubo de negarse también. Se sentía como un diácono ante la mirada de un ministro del fuego del infierno. Lo único que se le permitía era decir amén de vez en cuando mientras Warrilow hendía el aire. Warrilow llevaba la contienda discretamente; el amén había de ser un susurro.

—¿Quiere decir que la muerte de la chica fue accidental? —sugirió Graham.

—No tenía intención de dar a entender tal cosa —respondió Warrilow.

—¿Entonces?

—Querría darle la noticia del indulto de Murphy a su hija. Tengo entendido que está aquí —dijo el inspector.

—Sí, pero está en la cama, durmiendo. —«¿Qué demonios pretende? No se trata precisamente de comunicar una buena noticia», pensó.

—¿Podría entonces llamarla desde aquí? Dígale que la necesita abajo.

Graham, levantando estacas de protección en torno a su hijita amenazada, estaba a punto de estallar en una furiosa diatriba contra los métodos de la policía cuando Clare lo evitó.

—Es lógico que quieran darle la noticia —dijo en tono sumiso—. Debí de extrañarles mucho que Zanny quisiera cargar con la culpa. Es de agradecer que se tomen la molestia. —Dedicó a Graham una mirada de advertencia. Él se llevó el cigarrillo a la boca en silencio.

Zanny estaba en un baile con Caradoc cuando oyó que su madre la llamaba. Llevaba un vestido de brillante satén azul con lazos en

los hombros.

—Un vestido cojonudo —decía él—, pero estás más guapa sin. —Se encontraban de luna de miel en Grecia—. Un sitio cojonudo para una luna de miel —le había dicho. Y lo era. La arena estaba muy caliente. La comida griega picante. Hacían el amor apasionadamente en la casita blanca de la playa.

—Maldita interrupción —dijo Caradoc en su imaginación.

Estaba despertando lentamente. Mamá la llamaba desde abajo.

El desayuno estaba listo.

Sí, tenía apetito.

Era extraño que, haciendo tan poco que conocía al doctor Caradoc, tuviera la sensación de que lo conocía tan bien. Tenía la vaga idea de que existía una señora Caradoc que regentaba una escuela de equitación. Seguramente una mujer basta, robusta y caballuna. Quizá era allí donde había aprendido a hablar tan mal. No es que le importara. Las escuelas de equitación eran peligrosas. Los caballos se desbocaban. Daban coces a la gente. Si un caballo se desbocaba en un espacio reducido, como un establo, las posibilidades de salir vivo eran remotas. Los caballos eran criaturas excitables. Quizá durante las vacaciones podría decirle a papá que le gustaría aprender a montar. Sería muy interesante conocer a la señora Caradoc. Esta la invitaría a casa. Con el tiempo la tensa relación entre el doctor y su esposa se pondría de manifiesto.

—Querida niña —le diría Caradoc—, ya lo ves: tú eres un consuelo para mí. —Sus manos se rozarían en silenciosa complicidad.

Zanny comenzó a vestirse.

Se puso el primer vestido que encontró, uno verde de algodón. Los zapatos del uniforme no pegaban, pero daba lo mismo. Después de desayunar daría un paseo hasta el pueblo. Seguramente entonces ya habría terminado la consulta y habría salido a hacer las visitas. ¿Qué coche tendría? No demasiado elegante. Quizá le preguntaría si quería que la llevara a algún sitio.

Se lavó superficialmente y se pasó un peine por el cabello. Hacía un día precioso. Lucía un sol espléndido.

Las sombras comenzaron a avanzar cuando llegó al vestíbulo. No olía a beicon. Había unos extraños en la sala. No eran extraños. A uno lo conocía. Era Thomas, de la policía del pueblo.

¿Thomas?

¿Murphy?

El reloj del vestíbulo dio las nueve y media. Llevaba una hora y media muerto y no había pensado en él ni una sola vez. Anonadada, entró en la sala.

Un hombre pequeño y delgado, de abundante cabello oscuro y ojos como las cuchillas de afeitar de papá se acercaba a ella. Le decía que Murphy no estaba muerto. Murphy había sido indultado. ¡Qué bien! ¡Qué buena noticia! Brillaba el sol con nuevo esplendor.

—¡Dios mío! ¡Esta sí que es una buena noticia, caray! —exclamó Zanny dejándolos a todos estupefactos.

Se sentó en la silla más próxima y les dedicó una amplia sonrisa.

—Un indulto —explicó Warrilow una vez recuperado— no quiere decir que Murphy vaya a salir libre. Quiere decir que en lugar de que lo cuelguen, se pasará el resto de la vida encerrado.

—Mientras hay vida hay esperanza —declaró Zanny.

Una vez le habían puesto un ejercicio sobre dichos y refranes. Por lo visto, era deseable aprenderlos. Blanco como la nieve. Negro como el carbón. «Blanco, brillante y espléndido como nuestro futuro juntos, Caradoc. Y a Murphy no le va a pasar nada terrible. No soy voluble. No. Le he tenido mucho afecto durante mucho tiempo. Pero cuando me tocaste anoche... Él no me había tocado nunca. Ahora no me apetece en absoluto que me toque. Tú eres limpio. Me gusta tu olor. Creo que aquella noche, en su casa, estaba borracho. Entonces no quería admitirlo, pero ahora sí. Al fin y al cabo, la verdad es la verdad. Y no me gustaba que le faltara un diente. Fingía que no me importaba, pero en realidad sí. Hay que aprender pasando de un hombre a otro. Sin embargo, creo que me detendré contigo. Estoy segura. Una cena dentro de cinco años, dijiste. No seas tonto, Caradoc. Dentro de cinco años tendré veinte. No pienso perder todo este tiempo. Tenemos el presente».

«Ni rastro de culpa —pensó Warrilow—. Una psicópata».

«Como una florecilla que se abre al sol —se dijo Thomas—. Lástima que en su interior haya maldad».

«Dios santo —pensó Clare reconociendo el modo de hablar—, el doctor Caradoc».

«Tú eres tal como te veo ahora, Zanny —dijo Graham para sus adentros—. Contenta. Sonriendo como un gato de Cheshire. Ojalá

podiera sentarte en las rodillas. Ojalá pudiera mandar a esos policías al infierno. Ojalá no hubiera ocurrido nada».

—Si ve usted a Murphy en la cárcel —le dijo Zanny a Thomas—, salúdelo de mi parte y dígame que me alegro muchísimo.

—Ya lo creo —dijo Thomas—, encantado. —Tenía la sensación de que se encontraba en un país fantástico en el que las cosas más descabelladas eran normales.

El país de Warrilow era muy racional. Seguía su ruta con precisión, perfectamente seguro de adonde se dirigía.

—¿Crees que Murphy mató a Bridget O'Hare

, Susannah? —preguntó.

—Zanny —le corrigió Zanny—. Creo que es posible que se cayera —dijo ella con precaución.

—En la declaración que le entregaste al sargento Thomas decías que la habías matado tú.

—Fue una tontería —afirmó Zanny—. La señorita Sheldon-Smythe fue por el convento diciendo lo mismo.

—La señorita Sheldon-Smythe se encontraba en la peluquería a la hora de los hechos —dijo Warrilow. (Una observación casual del agente Jones, marido de la peluquera, les había proporcionado aquella prueba, si bien no le habían dado mucha importancia. La señorita Sheldon-Smythe no era entonces sospechosa, como tampoco lo era aquella niña).

—Yo estaba recogiendo flores —dijo Zanny—. Y casi todo el rato estuve con mis amigas. Cualquiera se lo dirá. Yo no empujé a Bridget O'Hare

—Pero después insistías en que sí.

—Para salvarle la vida a Murphy.

—Un gesto muy noble —dijo Warrilow con una leve sonrisa—, pero ¿por qué tanto interés por Murphy?

—Pues es que... me gustaba —declaró Zanny sonrojándose.

—Si todavía te gusta, la perspectiva de que cumpla una condena tan larga debe de disgustarte bastante.

—Lo lamento muchísimo por él —dijo Zanny revolviéndose intranquila en el asiento—, pero no veo qué puedo hacer yo.

«Murphy, lo siento, hoy las cosas han cambiado. Hoy conozco a Caradoc. Tú eres ayer, Murphy. Tú perteneces al pasado».

Warrilow se volvió hacia Graham y Clare.

—La confesión de su hija parecía entonces descabellada. No obstante, si ustedes la hubieran corroborado la hubiéramos creído.

—Era una cosa absurda, como acaba de decirle la niña —objetó Clare.

—Una soberana tontería —convino Graham.

—Los colocó a ustedes en una posición difícilísima —prosiguió Warrilow sin inmutarse—. Quizá por eso cortaron el cordón del teléfono. —Eran las acciones pequeñas como aquella las que delataban complicidad. Los Moncrief sabían desde hacía rato que el inspector estaba seguro. Su seguridad había aumentado durante las últimas doce horas. Se había equivocado con respecto a Murphy. Ya durante el juicio había empezado a dudar de su culpabilidad. La psicología del asesino era la incógnita que resolvería la ecuación, pero hasta ahora permanecía sin despejar.

—Se me quedó enganchado en el aspirador y se rompió —dijo Clare.

—Cuando se trata de la propia sangre —continuó Warrilow con toda calma— uno tiende a pasar por alto la ética de una situación. En algunas circunstancias es casi perdonable, casi, pero no del todo.

—Si hablamos de ética —replicó Graham—, ¿debería también aplicarse a los procedimientos de la policía? ¿Es esto una acusación? ¿Una investigación? No nos ha informado de nada oficialmente. ¿Debo ponerme en contacto con mi abogado?

Warrilow reconoció la crítica pero no se amilanó. Si usaba un procedimiento tortuoso, y lo utilizaba, era con motivo.

—Ya se pondrá en contacto con su abogado en su momento, señor Moncrief. Si se le acusa de algo, será de negligencia criminal. Los virus letales hay que controlarlos.

El cigarrillo de Graham le quemaba ya los dedos. Lo aplastó en el cenicero.

—No lo comprendo —dijo—. ¿Está usted acusando a mi hija de matar a Bridget

O'Hare

?

Warrilow se apoyó en el respaldo del asiento. Todos sus

movimientos eran sosegados.

—¿Qué, Susannah —dijo—, te parece que te estoy acusando?

No le cabía duda alguna. Entonces, ¿había algún testigo? ¿Quizá alguien que se ocultara de la policía y no se había decidido a hablar hasta el último momento? ¿Un desertor del ejército?

—Los testigos mienten —dijo—. Si tienen algún testigo, miente.

Le sostuvo la mirada a Warrilow. Las palabras que pronunciaba él eran como dolorosos pinchazos en los globos oculares, pero se resistió a bajar los párpados. Sus manos descansaban tranquilas en el regazo.

«Menuda sangre fría», pensó el inspector.

—¿Testigos? —Graham tenía la voz alterada por la tensión—. ¿Nos está diciendo que hay testigos? Jamás había oído un absurdo semejante. Mírela bien... ¿Trata usted de decir que es capaz de hacerle daño a nadie? ¿Que subió al promontorio...? ¿Que Bridget y ella...? Dios mío, me parece que está loco. ¿Para qué demonios ha venido? ¿Para decirnos que han indultado a Murphy porque mi hija... porque Zanny... porque alguien ha acusado a mi hija, Zanny...? —Estaba perdiendo la coherencia presa de la rabia y del terror.

A Warrilow le recordaron una familia de leones salvajes; el macho gruñendo al acecho mientras los cazadores los acorralaban.

«Su hija es un felino malvado —pensó—. Ni siquiera se esconde detrás de usted. Está en primera fila, con una tranquilidad pasmosa».

Naturalmente, sería difícil demostrarlo. Casi imposible. Nadie lo intentaría, pero él iba a tratar de sacar todo lo que pudiera. Estaba claro que la señorita Moncrief no volvería a confesar. Después de un irrefrenable impulso de decir la verdad, ahora se echaba atrás. ¿Por qué lo haría?

Debía contestar a las preguntas del padre, de modo que procedió a hacerlo.

—No sé si su hija mató o no a Bridget

O'Hare

—dijo—. No sé si dijo o no la verdad cuando afirmó que la había matado. No sé si dice o no la verdad ahora que afirma que no. No hay testigos. Murphy ha sido indultado no porque haya ninguna prueba adicional, sino porque en los asesinatos de este tipo, los no

premeditados, no siempre se ejecuta la pena de muerte.

Graham estaba sofocado. La ira y el alivio formaban una mezcla explosiva que hacía que el corazón le latiera con tal fuerza que pensaba que le iba a estallar. Un retorcido policía lo había llevado por sinuosos senderos. Había jugado con él. Quizá le había sacado peligrosas afirmaciones mediante rastreros subterfugios. O quizá se las había sacado a Zanny. Ella había tenido el buen juicio de negarlo todo. Warrilow pagaría por aquello. Se quejaría a sus superiores. Haría que lo degradaran. Había actuado fuera de la ley. No tenía derecho a estar allí.

Warrilow, que tenía una ligera idea de lo que pasaba por la mente de Graham, le dio unos instantes para que se calmara. Miró a la madre de la niña. Estaba muy pálida y mantenía el dominio de sí misma. Con sus dedos largos y delgados arrancaba bolitas de la bata. Parecía un paciente a quien acabaran de dar un pronóstico favorable. Y ahora iba a caer de nuevo bajo el bisturí.

En momentos como aquel le desagradaba su trabajo. Pero había que hacerlo.

Se volvió hacia Zanny.

—Lo echaste por detrás del radiador, ¿verdad? —le dijo—. Y supongo que el uniforme lo habrás escondido en algún sitio.

Zanny no contestó. Iba demasiado de prisa para ella. Necesitaba tiempo. El testigo inexistente se había desvanecido en el aire del promontorio. Acababa de sonreírle a Caradoc y de decirle que todo iba bien. Y ahora volvían otra vez al convento. Volvían a la tarde anterior. Regresaban a la actualidad sucesos que parecían pertenecer a un pasado borroso y distante.

—No es que necesitemos el uniforme —prosiguió Warrilow—. Los zapatos que llevas puestos ya son prueba suficiente. —Señaló las manchas de la piel negra—. Sangre, naturalmente.

—Si usted lo dice —declaró Zanny en tono cortés.

—No tienes por qué creerme —contestó Warrilow con igual cortesía—. No ha muerto hasta las cinco de la madrugada. Y quizá no hubiera muerto si la hubieran encontrado antes. Pero ha podido hablar y tenemos su declaración. Un compás de pizarra, ¿no? Según ella, había trazado un círculo y había escrito números del uno al doce. ¿Un reloj, quizá?

—No —dijo Zanny—. La tabla del doce. La una era un chelín y

así sucesivamente. Me la hizo repetir diez veces.

—¿Y luego?

—Luego se cayó encima del compás. La aguja se le clavó en la garganta.

—Una verdadera lástima. —Thomas despertó de su silencio.

—Era una pesadilla —dijo Zanny sin alterarse—, y me exasperaba. La hermana Clemence era una monja muy nerviosa, un poco desequilibrada, ya me entienden.

El silencio duró varios minutos. Las cortinas ondeaban suavemente movidas por la brisa y el aroma del otoño se filtraba con ella.

—Dijo que rezaría por ti —declaró Thomas—. Esas fueron sus últimas palabras. —«Eres como un ángel de cementerio —pensó—, pero con el aliento de la vida, que es aún peor. El ángel de la muerte».

Zanny estaba segura de que la madre Benedicta también rezaría por ella. Tanto rezar era un poco aburrido. Que mala suerte que se hubiera muerto la hermana Clemence, aunque en el momento de hacerlo eso era lo que deseaba. Lástima que no hubiera muerto inmediatamente, antes de poder hablar, como los demás. No la había incluido en la confesión que le había hecho a Caradoc porque al marcharse ella del convento no estaba muerta y le había parecido que no valía la pena mencionar una mera agresión. Además, no la había agredido por Murphy. A diferencia de Bridget y del juez, la hermana Clemence no tenía nada que ver con él. Le clavó el compás antes de poder dominarse ni pensar en las consecuencias. Así de sencillo. Después de todo, Caradoc quizá había acertado en lo de los cinco años. Iría a verla a la cárcel. Se darían la mano a través de las rejas. Ella llevaría un uniforme gris con el cuello blanco, y el cabello corto hasta la nuca. Sus pómulos, altos y dramáticos como los de la Garbo, acentuarían el azul intenso de los ojos. Estaría pálida, interesante, hermosísima, y madura. Aparentaría por lo menos diecinueve. Él le diría cuánto la amaba. «Caray —diría—, me muero por ti». Entre tanto, su esposa habría sufrido una caída fatal del caballo, sin ayuda. O se habría enamorado de otro y se habrían divorciado. Al final todo acabaría bien. No le ocurriría nada desagradable. Nunca le había ocurrido, ¿por qué iba a ocurrirle ahora?

¿Por qué temblaba y gemía mamá en el sofá?

¿Por qué la miraba papá de aquella manera?

—No serán más que unas cuantas avemarías —les dijo animadamente—, y la policía siempre ha sido amabilísima.

—Muy bien —dijo Warrilow levantándose—. Entonces no te importará acompañarnos.

—En absoluto —dijo Zanny, y le dedicó una resplandeciente sonrisa.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *DE MUERTE,*
FULGOR
Elmore Leonard
2. ,
CALIFORNIA
ROLL
Roger L. Simon
3. *APTO PARA MUJERES,*
No
P. D. James.
4. *MALDITA,*
HERENCIA
Eric Ambler
5. *EN EL,*
ASESINATO
SAVOY
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *ANOCHECER,*
EL
David Goodis
7. *SINGULAR,*
INOCENCIA

Barbara Vine (Ruth Rendell)

8. *EL MAÑANA*,
CONTRA
William P. McGivern
9. *EN EL DIQUE*,
MUERTE
Janwillem Van de Wetering
10. *PARA*,
BLUES
CHARLIE
DARWIN
Nat Hentoff
11. *EN LA SINAGOGA*,
ASESINATO
Harry Kemelman
12. *TERRORISTAS*,
LOS
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *DURO*,
JUGAR
Elmore Leonard
14. ,
RATEROS
David Goodis
15. *SIN ROSTRO*,
VÍCTIMA
Janwillem Van de Wetering
16. *AMOS DE LA NOCHE*,
LOS
Nicholas Freeling
17. *ESPECIAL*,
AGENTE
Nat Hentoff
18. *HUIDA*,
LA
Charles Williams
19. *MORTAL*,

- CHANTAJE*
Elmore Leonard
20. *SANGRIENTA,*
SIDRA
Peter Lovesey
21. *ZAPATO HOLANDES,*
EL
Ellery Queen
22. *DE UN CÓMICO,*
CAÍDA
Roger L. Simon
23. *INFANTILES,*
CRÍMENES
B. M. Gill
24. ,
ABRACADÁVER
Peter Lovesey
25. ¿ *QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?*
POR
, Nicholas Freeling
26. *CLUB DEL CRIMEN,*
EL
B. M. Gill
27. *A LOS INFIERNOS,*
DESCENSO
David Goodis
28. *DE MÁSCARAS,*
BAILE
Anthony Berkeley
29. *VIENTO DEL NORTE,*
EL
Nicholas Freeling
30. *FALSO INSPECTOR,*
EL
DEW
Peter Lovesey
31. *EN,*

DETECTIVE

JERUSALÉN

Harry Kemelman

32. *CHICA DE,*

LA

CASSIDY

David Goodis

33. *MORTAL,*

CAÍDA

B. M. Gill

34. *PELIGROSOS,*

SECRETOS

William P. McGivern

35. *DEL MATADERO,*

CAMINO

Ruth Rendell

36. *CON ESA MUJER,*

CUIDADO

David Goodis

37. *CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR,*

UN

QUEEN

Ellery Queen

38. *MUERO POR CONOCERTE,*

ME

B. M. Gill

39. *Y EL JOCKEY,*

SU

ALTEZA

Peter Lovesey

40. *CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS,*

EL

Anthony Berkeley

41. *DESPEDIDA,*

ETERNA

Ruth Rendell

42. *VIUDA,*

- LA*
Nicholas Freeling
43. *DE MADRE,*
AMOR
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *PARA TRES DETECTIVES,*
MISTERIO
Leo Bruce
45. *JURADO NÚMERO DOCE,*
EL
B. M. Gill
46. *SUCIOS,*
TRAPOS
Roger L. Simon
47. *CONDENADOS,*
LOS
Malcolm Bosse
48. *NO NATURALES,*
CAUSAS
Thomas Noguchi
49. ,
ESTACIÓN
TÉRMINO
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *POR EL VIENTO,*
ARRASTRADO
Janwillem Van de Wetering



BARBARA MARGARET TRIMBLE

(1921-1995)

fue una escritora británica de novelas de crimen y suspense.

Nació en Holyhead, Anglesey, Gales y escribió bajo los seudónimos B. M. Gill, Barbara Gilmour y Margaret Blake.

Empezó a escribir desde muy joven, sin embargo, no fue hasta que su último marido la convenció, que se puso a escribir en serio. Se convirtió en poco tiempo en una de las más celebradas autoras británicas.

Ganadora con su novela *El jurado número 12* (*The Twelfth Juror*) del premio Gold Dagger en 1984, y nominada en dos ocasiones para el premio Edgar de los Mystery Writers of America, raro privilegio para un autor británico, ha publicado en español, entre otras: *Crímenes infantiles* las atroces perversidades de una peligrosa mente infantil, *El club del crimen* una magnífica lección magistral de deducción en el más puro estilo británico y *Me muero por conocerte*.